

WILSON
LIBRARY



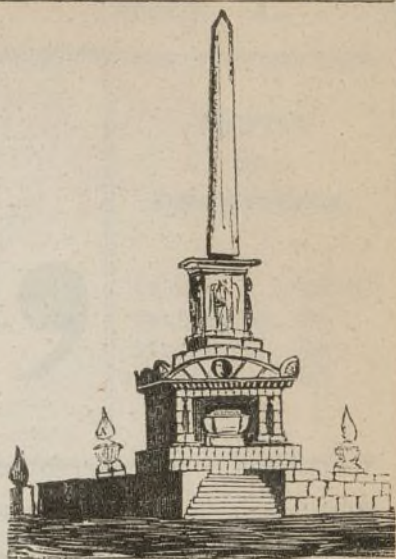
LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

LA SEMANA

PERIÓDICO PINTORESCO UNIVERSAL

211-P.



LA SEMANA,

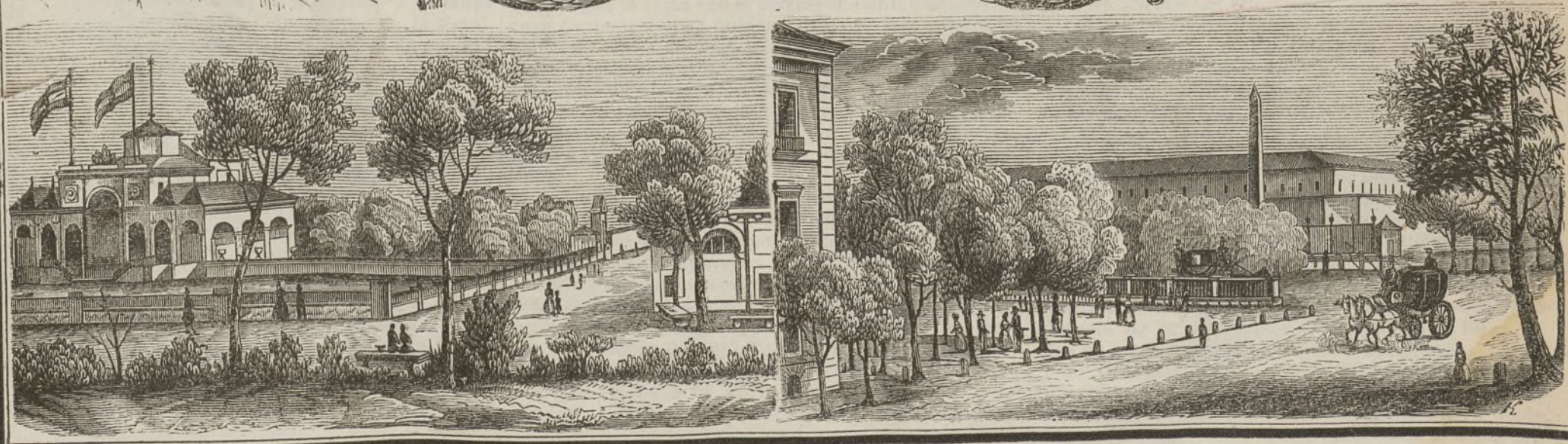
PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

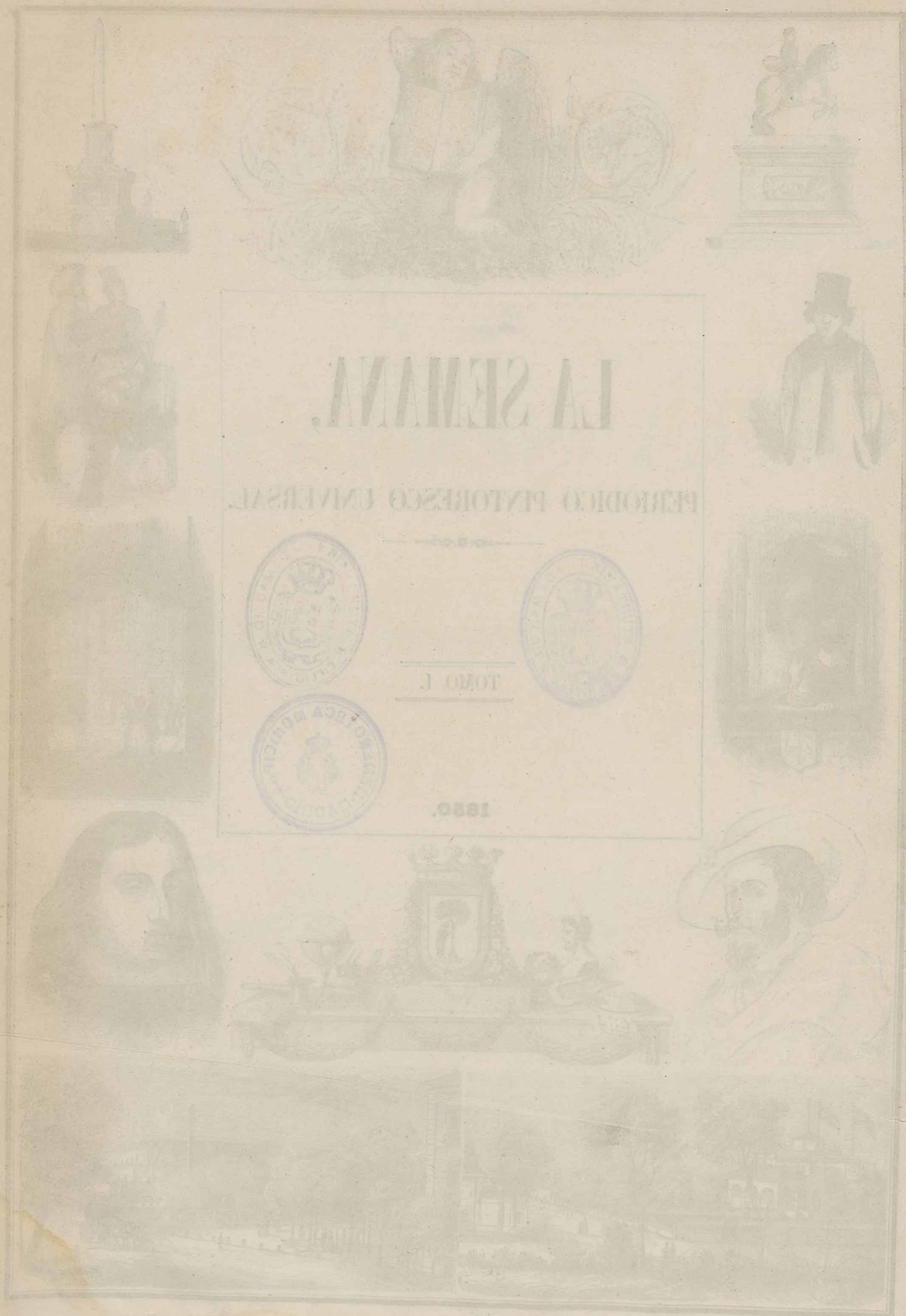


TOMO I.



1850.





SUSCRICION
EN
MADRID.

UN MES. . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION
EN
PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

SUMARIO.

Historia de la Semana.—Revista de Madrid.—Noticias sueltas.—Causas célebres, Clara Wendel.—Tribunales, los hermanos Marina.—Noticias.—Biografía de don Baldomero Espartero.—Geografía, Argel.—Los cuervos marinos.—La pesca con redes, novela por A. Dumas.—Costumbres, un día de toros en Madrid.—La conmemoración de los difuntos.—Historia y cronología de los papas.—Calendario de la Semana.—Gaceta religiosa de la capital.—Mosaico.—Caricatura.—Logogrifo.

Este número lleva doce grabados.

ADVERTENCIAS.

Rogamos á nuestros lectores que no juzguen del mérito de LA SEMANA por solo el presente número; en tan corto espacio no es posible desenvolver todo el vasto plan que nos hemos propuesto en esta importante publicación, tanto en su parte literaria como en la material. Siguiendo nuestro sistema de mejoras progresivas, estamos resueltos á dar al periódico todo el interés y toda la belleza de que es susceptible, para cuyo fin no perdonaremos gasto ni diligencia de ninguna especie.

El crecido número de suscritores que se ha aglomerado á última hora, podrá ser causa de que se noten algunas faltas en la distribución; pues apenas hemos tenido el tiempo suficiente para verificar las operaciones materiales. Suplicamos á los que nos favorecen que disimulen por esta vez y avisen al punto para poner el oportuno remedio.

Teniendo en consideración las observaciones que nos han dirigido algunos de nuestros corresponsales, se proroga hasta el 30 de noviembre el plazo para disfrutar la indemnización de cincuenta por ciento en obras los que se suscriban á LA SEMANA. Desde 1.º de diciembre en adelante esta indemnización quedará reducida al treinta por ciento sin mas próroga.

HISTORIA DE LA SEMANA.

ESTERIOR.

El suceso mas importante que ha ocupado esta semana la atención del mundo, porque ha podido producir una guerra general, y alterar la paz que á costa de tantos sacrificios y concesiones se esfuerzan en mantener las naciones, y que no ha bastado á interrumpir la revolución de Francia de febrero del año anterior, y las revoluciones, que como un sacudimiento simultáneo aparecieron á la vez en todos los países de Europa, y que sucesivamente han sido vencidas, es la respuesta de la Puerta Otomana á la nota colectiva de los embajadores ruso y austriaco en Constantinopla, reclamando la estradición inmediata de los húngaros y polacos que han tomado parte en la desgraciada guerra de la Hungría, y que rechazados de posición en posición por las fuerzas evidentemente superiores del coloso moscovita, reunidas á las del Austria, han concluido por verse obligados á demandar un asilo á esos mismos turcos, que apenas hace dos siglos tenían cercada á Viena, y amenazaban concluir con el imperio austriaco. El diván rehusó categóricamente la entrega de los refugiados, cuya suerte hubiera sido la de tantas ilustres víctimas como han ensangrentado el cadalso, sin respeto á las capitulaciones. El embajador ruso pidió sus pasaportes y marchó á Odessa. Los embajadores de Francia é Inglaterra acudieron en auxilio de la humanidad, para animar al diván á resistir las insolentes pretensiones de la Rusia, y prometerle en caso de necesidad el apoyo enérgico de ambos gobiernos.

De aquí el germen de una guerra europea, de un inmenso conflicto en el que Francia é Inglaterra unidas tendrían que luchar con las potencias absolutistas. Estas noticias han excitado las mas vivas alarmas en París y en Londres. Muchos de los emigrados húngaros y polacos han abrazado el Islamismo y alistado en los ejércitos del sultan. La actitud de la Francia y de la Inglaterra, que han hecho saber su resolución al autócrata de todas las Rusias, lo justo de la causa que en honor de la humanidad habían tomado sobre sí, ha hecho que el emperador de Rusia haya tomado en consideración la carta que le ha dirigido el sultan, limitándose á pedir ya solamente que los refugiados sean expulsados de la Turquía. Sin duda alguna, esta cuestión preñada de tantos peligros, camina á una solución pacífica, y todo nos induce á creer que no se turbará por ella la paz del mundo. El gabinete ruso, siempre paciente, aplazará para mejor ocasión, para tiempos mas favorables, la ejecución de su política tradicional relativa al Oriente y á Constantinopla; empero por haberse apartado un poco de su proyecto no debemos estar seguros de que el peligro no aparezca de nuevo de un día á otro, tal vez dentro de muy poco, porque la posesión de Constantinopla es hace siglos el sueño dorado del autócrata ruso.

En la asamblea de Francia, se ha dado la gran batalla parlamentaria con motivo de la política que se sigue después de la ocupación de la capital del mundo

TOMO I.

cristiano por el ejército francés, y las bases sobre que ha de reconstruir su gobierno Pío IX.—Dos magníficos discursos se han pronunciado. Victor Hugo, el célebre poeta, ha sostenido las doctrinas de la montaña, ha abogado por la libertad del pueblo romano.—Montalembert, órgano del mundo católico, ha sostenido que el papa debía ser libre en la elección de su política. Se ha hablado de la Hungría y de su sangriento martirio, de la Italia y la odiosa reacción á que la somete el Austria, empero de todas estas animadas discusiones, ningún alivio resulta á los pueblos cuyas simpatías se decantan. Cuando en política se han pronunciado estas fatídicas palabras: *Es demasiado tarde*, no hay poder en nadie, pueblos ó reyes para detener el sol, y hacer retrogradar los tiempos. El presente, el porvenir es lo que los pueblos deben mirar friamente y con decisión, en lugar de llorar como Jeremías sobre el pasado inevitable ya.

El gabinete francés por esta cuestión de Roma se hallaba en completa disolución, mientras la asamblea vacilaba no sabiendo porque política decidirse, ó por la de Mr. Thiers ó por la del presidente de la república formulando sus ideas en la famosa carta á Mr. Edgar Ney anunciando la intención de hacerlas decididamente prevalecer en su consejo, y retirándose despues, lo que ha hecho que todos se hayan entendido, que se haya hecho la paz entre los disidentes, que todo se haya olvidado, y que una mayoría compacta haya rechazado las proposiciones y órdenes del día motivadas de la oposición sobre los créditos suplementarios para la expedición de Roma, y que se haya dado un veredicto de no culpabilidad en favor del ministerio.

Despues de tanto hablar la cuestión se halla en el mismo estado. El partido liberal en Roma descontento, el pontífice Pío IX ofendido de la política francesa y resuelto á volver á Gaeta, donde halló la hospitalidad cuando tuvo que huir de su capital hace un año, teatro de sangrientas escenas.

También la asamblea nacional ha pronunciado su fallo sobre la proposición de Napoleon Bonaparte, hijo del rey Gerónimo, embajador que fué de la república en Madrid, y uno de los mas ardientes individuos de la montaña, y cuyo objeto era el de dividir la mayoría moderada. Proponía la abolición de las leyes que incapacitan civil y políticamente á los príncipes de la familia de Borbon. Bajo la aparente inspiración de un corazón noble y generoso había una red pífida. En la discusión se ha admirado el talento con que Mr. Berrier ha sabido separar las ardientes dificultades de semejante cuestión, permaneciendo fiel á sus íntimas convicciones sin faltar á las conveniencias políticas. La proposición fué desechada por 484 votos de 581 votantes: 97 la aprobaron, y esta es la evaluación exacta del partido de la montaña en la asamblea.

INTERIOR.

Restablecido el ministerio bajo la presidencia del duque de Valencia, despues que sufrió un eclipse de veinte y cuatro horas, por el nombramiento del ministerio Cleonard, Manresa-Balboa, que puede considerarse como un relámpago, sin haber dejado en pos de sí mas que la memoria del universal asombro con que fué recibido, se han abierto las cortes de la nación el martes 30 de octubre, segun se habia prevenido, por medio de un real decreto, que leyó á cada uno de los cuerpos colegisladores reunidos en sus respectivos palacios el presidente del consejo. Muchos hubieran querido que las cortes del reino se hubiesen abierto por la reina con el correspondiente discurso, en cuya contestación se hubieran tratado las cuestiones políticas. Otros celebran el método nuevamente adoptado, creyendo que así desde luego podrán las cortes ocuparse en objetos de economías y de interés material para el país; empero la oposición por medio de interpelaciones y proposiciones que ha presentado ya, tratará de abrir el campo donde dar una batalla política.

La corona ha nombrado presidente del senado al marqués de Miraflores y vice-presidentes el príncipe de Anglona y duque de Veragua. El congreso el día 30 no tenía número de diputados suficientes para constituirse definitivamente, nombró presidente á don Luis Mayans, que lo habia sido en la anterior legislatura, y vice-presidentes á los diputados conde de Vista-hermosa, Gonzalez Romero, Vahey y Zaragoza, á los mismos que ha reelegido al constituirse definitivamente en la sesión del día 2 de noviembre. Desde la vuelta del gabinete Narvaez al poder el día 20 con motivo de un decreto para que todas las disposiciones relativas á la Real Casa y sus dependencias, sean autorizadas, comunicadas y mandadas ejecutar por el gobierno, radicando el negociado en la secretaría de Estado, al-

gunos altos gefes de palacio hicieron dimision de sus destinos, hablándose de reuniones de la grandeza, de compromisos de no aceptar los puestos que dejaban los dimisionarios, y de rumores de una nueva crisis ministerial. Crecieron estos, repetíanse en todas partes, designábanse hasta los nombres de futuros ministros y existía la crisis en la convicción de todos. Los ministros en esta situación se presentaron á la reina, adquirieron de ella la declaración de que continuaban poseyendo su real confianza, recibieron las mas lisonjeras demostraciones de aprecio y la autorización para declararlo así en las cortes.

En la sesión del miércoles 31 de octubre, en el senado, el senador Peña y Aguayo interpelló al ministerio sobre los rumores de crisis ministerial, y el duque de Valencia refirió las seguridades que habian recibido de la reina de poseer su confianza, con la que y el apoyo de los cuerpos colegisladores se proponia gobernar, procurando economías y bienes materiales al país. Aun no han empezado los trabajos legislativos de las cortes, ocupadas hasta ahora en constituirse.

ACTOS DEL GOBIERNO.

El gobierno ha publicado varios decretos. Uno para que en ningún empleo civil de los dominios de Ultramar, de cualquier ramo ó carrera que sea, se nombre á funcionario ni particular alguno con el carácter de agregado, ó supernumerario ó escudante.

Otro haciendo estensivas á las provincias de Ultramar las reglas generales sobre las clases pasivas, que contienen la ley de 26 de mayo de 1833 y el artículo 3 de la de 23 del mismo mes de 1843.

Real orden mandando que en las contadurías generales de ejército y hacienda se abra pliego para llevar la cuenta de cada una de las atenciones del presupuesto.

Un decreto arreglando el servicio de los correos de gabinete.

Otro encargando al clero la administración de los bienes de las encomiendas y maestrazgos vacantes en las cuatro órdenes militares.

Revista de Madrid.

En los momentos en que escribimos estas líneas, el mes de octubre de 1849 acaba de espirar. Consagrémosle, pues, un instante de recuerdo, siquiera sea tan breve y transitorio como son todos los instantes de esta variada y bulliciosa vida. El mes de octubre se ha llevado consigo esos días serenos, donde ostenta toda su belleza el despejado cielo de Madrid. A él solo pertenece, como un exclusivo privilegio, esa benigna temperatura, cuya influencia se deja sentir tan dulcemente entre las aromáticas flores del jardín y los frondosos árboles del bosque. Con él desaparecieron ya para siempre esas tardes apacibles, donde son gratos todavía los tibios ardores del sol, y donde no traen el mas ligero soplo de viento las sombras del crepúsculo: donde apenas cae del árbol una hoja, ni arruga un solo rizo la inmóvil superficie de las aguas. El mes de octubre de 1849 ha sido hermoso como ningún otro quizá: nunca como en él se han podido disfrutar en tan delicioso abandono los placeres puros del campo y los amenos y variados goces que ofrece la naturaleza.

Pero ademas de estos encantos, la sociedad madrileña tiene otros muchos recuerdos inseparablemente unidos al mes que acaba de pasar. El mes de octubre es la continuación de esa animada vida que comienza en la época mas alegre y bulliciosa de Madrid, en los días de la feria; es el periodo en que reunida esa misma sociedad, poco antes dispersada por los ardores de la canícula, y fresca todavía la memoria de las impresiones que cada cual ha recibido en las bóvedas del Escorial ó en los jardines de la Granja, en las arenas de las playas del Norte ó bajo el cielo encantador de Andalucía, no queda ya mas deseo que el de hallarse entre los suyos, el de cultivar las nuevas amistades que con carácter tan íntimo y duradero se contraen generalmente fuera de los salones y de la etiqueta de la corte. El mes de octubre en fin, es el mes de los encuentros, de las felicitaciones, de las bienvenidas, y de los ofrecimientos amistosos. Cada uno refiere á sus amigos adonde se dirigió despues de su última entrevista, que nuevas escursiones ha hecho desde ese día y cuando tomó el asiento de la diligencia ó del correo que le condujo á Madrid. En esos animados y espresivos diálogos se deja ver todavía la grata impresión que han dejado en el ánimo aquellas dulces

memorias, cuyo encanto no viene á turbar el recuerdo de un solo momento de tristeza.

Para disfrutar de los hermosos días de octubre la sociedad madrileña ha escogido el paseo que da una idea mas ventajosa de su buen gusto y que hace mas injustificable su caprichosa eleccion de paseos para otras épocas del año. Hablamos de los espaciosos jardines del Buen-Retiro. Es verdad que al recibir en las tardes del otoño á sus amables huéspedes, el Retiro no hace mas que continuar poseyendo el privilegio que tuvo en algun tiempo, de ser la corte y asiento de nuestros monarcas y albergar de continuo los mas altos personajes, los mas apuestos galanes, las mas graciosas damas y los mas esclarecidos ingenios españoles. Dos siglos han pasado ya desde aquellos tiempos felices, y todavía, sin embargo, cuando contemplamos nuestros ojos aquel dilatado estanque y el gracioso embarcadero situado á su frente, en pos del cual se extienden los frondosos bosques de los jardines reservados, creemos que va á tener lugar alguna magnífica representación teatral, iluminada con millares de luces, ó que vamos á ver convertidos los bosques en decoración natural, donde jueguen, formando parte del espectáculo, algunos escuadrones decaballería, como sucedió mas de una vez en los buenos tiempos del rey don Felipe IV.

Pocos serán ya entre los nebulosos días del mes de noviembre aquellos en los que veamos embellecidos por una elegante concurrencia las frondosas alamedas y los jardines del Buen-Retiro. Al comenzar el mes en que vivimos, el cielo se ha mostrado cubierto de nubes y la primera mañana de sus días ha robado á la atmósfera de Madrid la clara transparencia que ostentaba en los últimos días de octubre. Es verdad que entre los recuerdos de la vida pasada y las esperanzas de la que va á venir, entre la vida del campo y la algazara de los salones, era necesario hacer un breve paréntesis y destinar algunos momentos á la triste conmemoracion de los difuntos. Por eso quiza, vistiéndose de luto el alegre cielo de Madrid, ha querido llamarnos por este medio hácia el cumplimiento de tan sagrado deber. Y á la verdad debemos decir que se ha cumplido religiosamente. Inmenso era el gentío que poblaba los cementerios en la tarde del jueves, y grande el interés que todos mostraban por visitar los lugares sagrados donde descansan los restos de sus deudos y amigos. Es verdad que pocos momentos despues acudia diligente la numerosa concurrencia á festejar á Todos los Santos de la manera que en tales días acostumbra hacerlo. Mas no es otra la condicion de la humanidad. La memoria de los muertos no basta de ordinario á sofocar el bullicio y la algazara de los vivos.

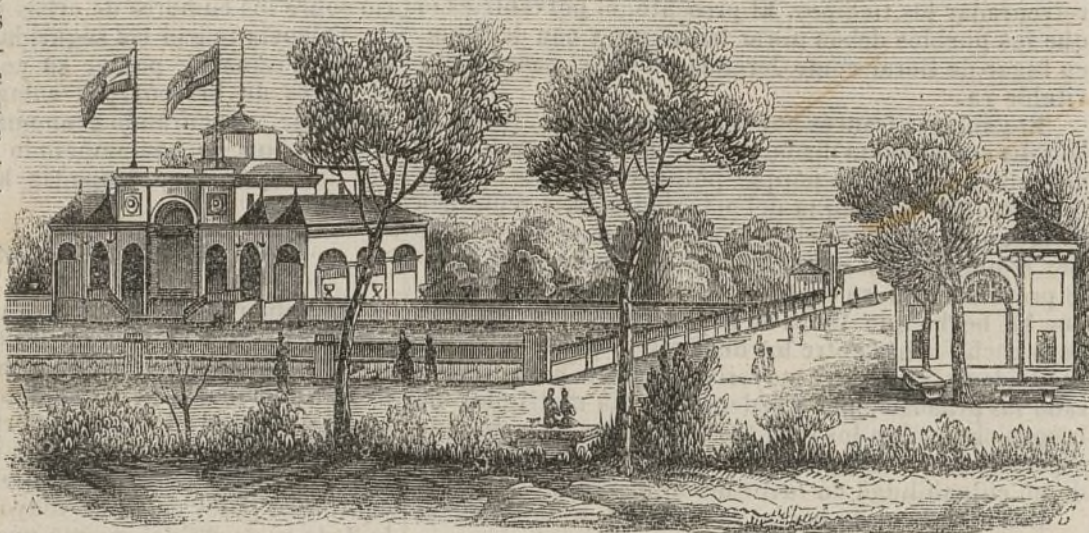
Pero si los nubarrones de noviembre han venido á interrumpir por algun tiempo las escursiones por el campo y los paseos por el Retiro, devuelven en cambio á Madrid la animada vida de los salones, de los teatros y de los círculos. No ha mucho que el régio alcazar inauguró sus saraos con una suntuosa fiesta, habiéndole precedido poco antes el de la reina madre, y seguidole despues alguna otra casa muy conocida en Madrid por la elegancia y el buen gusto que suele ostentar en los suyos. En ella, asi como en otras que nos abstenemos de nombrar, se anuncian para la próxima temporada magníficos bailes, y todo hace presumir que el invierno de 1849 heredará por completo las glorias del que le ha precedido.

El Teatro Español acaba de ofrecernos tambien una muestra brillante de sus tareas, una solemnidad dramática que ha producido impresiones nuevas y agradables en cuantos han concurrido á presenciarla. Nuestros lectores comprenderán que hablamos del *Saul*, tragedia bíblica debida á la pluma de la señora Avellaneda y puesta en escena en la noche del lunes. La obra de la señora Avellaneda ofrece un cuadro de magníficas proporciones, que revela una inspiracion sublime y grandes facultades para desempeñarla en todos sus detalles. Eligiendo en el inagotable tesoro de la Biblia un argumento grandioso, la señora Avellaneda ha sabido revestirlo de las formas convenientes, conservando, asi en el desarrollo de la accion, como en los caracteres y en el diálogo, ese carácter sencillo y augusto que corresponde á las obras de su género. Añádase á esto que la tragedia ha sido puesta en escena con gran lujo y aparato; que las decoraciones son magníficas y sorprendentes; y que asi en la parte de representación como en la del decorado han sido fielmente interpretadas las bellísimas concepciones de la señora Avellaneda; y se encontrará justificado el buen éxito que ha obtenido en el público esta produccion por tantos títulos apreciable.

Es verdad que á los ojos de algunos no tiene la tragedia bíblica en cuestion todo el interés que hubieran de desear; que sus bellos diálogos les han parecido largos y pesados, y fria la accion hasta el punto de sostenerse por las bellezas del decorado. Pero la auto-

ra de Saul no tiene ciertamente la culpa de que en la época actual los ánimos de los espectadores se hallen en lo general poco dispuestos á escuchar con interés la representación de un drama religioso. Cuando las creencias faltan, cuando la fé ha dejado de existir en los corazones, cuando el sentimiento religioso ha cedido su lugar á otra clase de sentimientos, cuando la lectura de la Biblia ha sido sustituida por la de otros libros, no mas bellos en verdad, pero de mas grata recreacion para el ánimo; un drama bíblico no está llamado á producir hondas impresiones en el público. El autor que en alas de su fantasia se eleva hasta aquella region sublime, donde la grandeza del pensamiento brilla con esas formas sencillas y severas, se mecera solo en los espacios, como se cierne el águila sobre las nubes donde la condujo, alejándola de la tierra, su rápido y atrevido vuelo. La autora de Saul ha debido encontrar muy pocos ánimos dispuestos á seguirla hasta las regiones donde elevó su pensamiento en busca de la magnífica concepcion de su drama.

Esta ha sido sin disputa, la novedad mas importante que han presentado en algun tiempo los teatros de Madrid. A todo esto, el Español sigue adquiriendo cada día nuevas obras con que entretener y cautivar la atencion del público en la próxima temporada. Segun parece, deberán representarse en el mes que corre, cinco comedias nuevas de diverso género: tales son: *A un tiempo amor y fortuna*, imitacion del teatro an-



Vista del embarcadero del Retiro.

tiguo: *Las flores de don Juan*, refundicion de Lope de Vega por el señor Escosura, en que brilla sobre manera, segun hemos oido, el ingenio y la habilidad del refundidor; y *Los tres ramilletes*, comedia en un acto que se debe á la pluma de uno de nuestros mejores poetas dramáticos. Tambien ha refundido el señor Hartzenbusch su conocido drama *Los amantes de Teruel*, para ponerlo de nuevo en escena, y con no menos curiosidad, con no menor entusiasmo se espera la comedia titulada *¿Quién es ella?* cuyo autor continúa todavía encubierto con el velo del misterio, dando ocasion á los infinitos comentarios y á las multiplicadas versiones que da cada cual á este extraño y prolongado silencio.

Los demas teatros de Madrid no han ofrecido en esta semana ninguna novedad que merezca mencionarse, si se exceptua el drama *Camino de Portugal*, y *El baile de máscaras*, puesto en escena el miércoles último en el antiguo coliseo de la Cruz. El de Variedades ha encontrado la piedra filosofal en la graciosa zarzuela, cuyo número de representaciones escende ya al de las obras que hemos visto acogidas en Madrid con mayor entusiasmo. Siempre son oidos con el mismo interés los chistes de *El Duende* y siempre se hace repetir en medio de los aplausos la cancion final de la graciosa jardinera de Alcalá.

Se espera además otra novedad interesante en el coliseo de la Cruz, y es la organizacion de una compañía de ópera y otra de baile, que dará sus representaciones en el insinuado teatro. Mucho nos alegraremos de que sean completamente ciertos los avisos que nos han dado todos los periódicos de Madrid sobre la certeza de este hecho.

Mas no es solo en los bailes y los teatros donde comienza á sentirse ya la animacion y la vida del invierno. El Ateneo, el Liceo, el Casino, el Círculo de la Juventud y otras muchas sociedades de este género, van adquiriendo el incremento propio de esa época del año en que las lluvias y los frios dejan desiertos los paseos para llenar los salones; y todas se apresuran á ofrecer á sus asociados nuevos motivos de reunion y nuevos medios de pasar agradablemente las noches del invierno. En la del viernes acaba de verificarse con solemne aparato y en medio de una numerosísima concurrencia, la apertura de las cátedras del Ateneo para el próximo curso de 1849 á 1850. En ella pronunció su digno presidente el señor don Antonio Alcalá Galiano uno de esos discursos que tanta celebridad le tienen conquistada como orador y como hombre de letras. Recorrió en su peroracion la historia del Ateneo, desde su primera fundacion en 1820, hasta la época actual, enumerando los servicios que ha prestado á la sociedad española en tan largo periodo, y recordando los nombres de algunos antiguos y sabios profesores y de otros jóvenes ilustrados que tantas muestras han dado en él de sus profundos estudios y de su distinguido talento. Concluido el discurso inaugural, y con esa asombrosa facilidad que tiene el se-

ñor Galiano para usar de la palabra en varios y diversos asuntos, continuó en otra peroracion no menos brillante las lecciones de historia política del siglo XVIII, que en el curso anterior habia dejado pendientes antes de comenzar los hechos que se refieren á la revolucion francesa de 1789.

Tambien ha abierto el Liceo sus cátedras de inglés y de alemán, y el Conservatorio de Artes las de física, química, geometría mecánica y delineacion; de suerte que los aficionados á las ciencias y á las letras tienen en los varios establecimientos científicos que cuenta Madrid, sobrada ocasion de consagrarse durante el invierno al estudio de todos los conocimientos humanos, desde las mas abstractas concepciones políticas hasta las deducciones mas materiales y tangibles de las ciencias matemáticas.

Entre las sociedades á quienes ha dado un prodigioso aumento de vida la proximidad del invierno, debemos mencionar el *Círculo de la Juventud*, franca y amable reunion que proporciona á sus jóvenes asociados todos los recursos y los medios de distraccion que son compatibles con las facultades de una asociacion naciente, pero que cuenta con elementos de prosperidad y de vida. El Círculo de la Juventud no cultiva las ciencias, ni las letras: no abre al público cátedras de enseñanza; pero en cambio procura por todos los medios imaginables hacer mas llevaderos los pesares y las tristezas de esta vida. En sus alegres y animados salones no hay un intervalo de reposo ni un instante de silencio, si ya no le guardan los numerosos jugadores del tresillo ó los que consagran algunos ratos al gabinete de lectura. El ruido de la sala de armas, á cuyo manejo hay muchos aficionados, el del billar, ó el mas grato y armonioso del piano, donde se oyen de continuo la cancion de *Los pollos* y algunas otras á su tenor, solo cede su lugar á las animadas conversaciones ó á las amistosas contiendas de los socios. El número de estos ha aumentado hasta cerca de ciento sobre los anteriores en todo el mes de octubre que acaba de pasar.

Es verdad que esta época animada para la vida de los salones trae consigo la muerte de las diversiones al aire libre, y aun de esas que siempre se verifican con la cláusula de «si el tiempo lo permite.» Asi los aficionados á toros han venido á quedar de duelo en la semana, cuya revista nos ocupa, y el lunes ha perdido por ahora el carácter de día de fiesta que para la generalidad de los habitantes de Madrid conserva desde tiempos anteriores sin permiso de la iglesia. En cambio nadie le hará perder jamás el carácter de día de holganza á que por aquella consideracion tiene adquiridos los títulos mas solemnes y respetables.

Terminaremos esta revista mencionando un triste suceso que ha presenciado el público de Madrid el día 31 de octubre. Hablamos de la ejecucion de los hermanos Antonio y Clara Marina, condenados al último suplicio como autores de un doble asesinato. Por aceptable que sea á los ojos de Dios y de los hombres la ejecucion y castigo del delincuente, estos espectáculos son siempre dolorosos para la sociedad, que se encuentra en la dura precision de utilizar, respecto de sus individuos los medios mas terribles y violentos. Pero en el caso en cuestion, esta desgracia ha venido acompañada de otra todavía mas lamentable. Una hermana de los difuntos reos, no pudiendo sufrir con resignacion la afrenta que recaía sobre ella y sobre su inocente familia, tomó la desesperada resolucion de arrojarle al canal, en cuyas aguas sobrenadaba hace pocos días el cadáver de la infortunada jóven. Nos horroriza pensarlo: cinco victimas ha costado á la sociedad la perpetracion de un solo delito. Quiera el cielo que tanta sangre vertida no sea en esta ocasion estéril é infecunda!

Estas tristes memorias nos han alejado de los agradables objetos que se presentaban á nuestra imaginacion al comenzar esta revista; pero nos parece llegado ya el momento en que toque á su término. No la concluiremos sin embargo, antes de haber advertido á los que lean por primera vez nuestro periódico que el sistema que hemos adoptado al escribirla, será poco mas ó menos el mismo que adoptaremos en los números sucesivos. Meros observadores de los hechos ocurridos durante la semana, nuestra mision no va mas allá de presentarlos como han pasado á nuestra vista; completamente ajenos á toda clase de pretensiones y de empeños, solo pensamos en escribir de las cosas por las impresiones que en nosotros produzcan: libres en fin de toda afeccion ó compromiso y de todo espíritu de partido, no guiáran nuestra pluma otros móviles que la verdad y la justicia.

Noticias sueltas.

El jueves principiaron en esta corte, como en toda España, las elecciones para la renovacion de la mitad de los ayuntamientos en los términos que la ley previene. El resultado ha sido favorable en Madrid al partido moderado, habiendo protestado el progresista el primer día en todos los distritos.

Aun no se ha recibido el correo de la Habana que debió llegar á mediados de octubre; parece que el buque se halla en Mahon haciendo cuarentena, de resultas de haber muerto algunos individuos de la tripulacion en la travesia.

Dáse como positivo que el miércoles último se firmó la escritura de arrendamiento del teatro del Circo, donde dentro de poco aplaudirá el público de esta corte á una gran compañía lírica, en la cual figurarán artistas de los mas acreditados en el mundo filarmónico. A este fin va á marchar inmediatamente á París un comisionado de la empresa con fondos suficientes para contratar y garantizar sus ajustes á las cantantes.

Ya han llegado á esta corte los artistas que habian anunciado los periódicos: Mr. Bassini, que dicen hace prodigios en el violín; Mlle. Landi, que ha cantado en la ópera italiana de París con la Grissi, y en los conciertos que daba Luis Felipe en su palacio con la señora Montenegro; y Mlle. Luchesi, joven pianista que toca con rara perfeccion y que ademas canta. No pueden llegar mas á tiempo, pues los oídos madrileños están ansiosos de música, obligados como se ven hace tiempo á no oír otra que la del *Duende*. Despues de Rubinis, Morianis, Persianis y Ronconis, hemos quedado reducidos á la tonadilla; á la manera de los calaveras, que gastando como príncipes, consumen su patrimonio, y se ven luego reducidos á comer sopas de ajo.

En una de las calles cercanas á la parroquia de San Ildefonso riñeron el jueves por la tarde dos hombres, consecuencia de una disputa sobre el juego, y uno de ellos dió al otro una puñalada de la cual murió. El agresor fué conducido al cajón de salvaguardias, de San Ildefonso, y desde allí á la cárcel.

Estos dias se ven diversos grupos delante de la librería de Monier, mirando los retratos de los reos que fueron ajusticiados el miércoles. Con este motivo recuerda un periódico que diversas veces se ha prohibido aquí, y hasta en Francia, que se retrate á los criminales ni se cuenten en romances sus fechorías, y esta medida nos parece tan acertada, que lo único que sentimos es que no se observe rigurosamente. En muchas imaginaciones, y especialmente en las de las gentes sin educacion, obra efectos perniciosos el afán de celebridad, sin mirar de que especie sea, y pública es la confesion de un gran bandolero que fué sentenciado á muerte, y que declaró le habia decidido á abrazar aquella vida el deseo de que la inscribieran en romances. Nosotros estamos conformes con nuestro colega y nos parece que no sería inútil estender la prohibicion á esos dramas cuyo objeto es ensalzar las virtudes de un bandido ó de un criminal por el estilo, para conquistar los aplausos de la muchedumbre. Afortunadamente creemos que la junta de censura se halla en esta parte muy de acuerdo con nuestra opinion.

Los fondos se han mantenido toda la semana última con muy pocas variaciones, á 27 1/4 el 3 p, 11 1/6 el 5 p y 3 7/8 la deuda sin interes. Los cambios tambien se han sostenido á los siguientes precios.

Londres á 90 dias, por 1 ps. fs. 30 40 p.	
París á 8 dias, por 1 ps. fs. 3 fr. 34 p.	
Burdeos.	
Marsella.	
Bayona á 8.	
Hamburgo.	
Alicante, 1/2 d.	Málaga, 1/4 p.
Barcelona, 1/4 p.	Santander, 3/4 d.
Bilbao, 3/4 d.	Santiago, 1 d.
Cádiz, 3/8 d.	Sevilla, 1/2 d.
Coruña, 1 d.	Valencia, par.
Granada, 3/4 d.	Zaragoza, 3/4 d.

SEMANA JUDICIAL.

Cuando tanto ha llamado la atencion en Madrid, y creemos que en España, el crimen, causa, sentencia y ejecucion de los dos hermanos Marina, nos parece que no desagradará á nuestros lectores el extracto de otra causa celebre que insertamos á continuacion, en la que figuran tambien hermanos y tampoco se descubre con claridad la causa del crimen. Persuadidos de que los dramas judiciales excitan un vivo interés y reúnen la doble ventaja de servir de entretenimiento á todos y de leccion para los encargados de administrar justicia, hemos reunido para esta seccion de LA SEMANA, cuanto bueno se ha escrito sobre la materia en todos los países y, podemos asegurar, sin temor de que se nos desmienta, que la seccion judicial será una de las mas amenas é importantes de nuestro periódico.

CAUSAS CELEBRES.

CLARA WENDEL.

Con este mismo título se representó en París hace ya algunos años un drama que obtuvo gran éxito en el teatro de la Puerta de San Martin, y cuya heroína era una joven suiza, con talle de sifide, ojos radiantes y puros, boca infantil, voz dulce y melodiosa, y frente tierna y fresca como la flor de la margarita: en cuanto á su posicion social, no era mas que la capitana de una cuadrilla de malhechores, el jefe de los bandidos mas feroces que se han reunido jamás en las gargantas de la Selva Negra. Cuando llegaba la noche sin que hubiesen degollado algunos viajeros, ó sin haber incendiado una ó dos casas de campo, se entristecian por haber empleado mal el dia, aunque ellos nada perdian. Habian asesinado mas lores ingle-

ses y príncipes rusos, que habitantes contienen Londres y Moscou.

Clara Wendel ha existido, pero no se asemeja al personaje fantástico puesto en escena. Durante dos años se atrajo la atencion de la Suiza y de una parte de la Alemania: su nombre era lo que buscaba antes de nada el que leía un periódico, y su retrato agrupaba á los curiosos junto á las tiendas de los vendedores de estampas; por que habia figurado en un proceso de los mas estraños, que excitaba las mas vivas pasiones, drama siniestro que referiremos aqui para demostrar lo que ya ha dicho el autor de Child-Harold: la verdad supera algunas veces á la ficcion, bajo el aspecto de lo extraordinario.

La noche del 12 de setiembre de 1816, estalló sobre la ciudad de Lucerna, una de las tempestades mas violentas: en lo mas fuerte de la tormenta, el schultheiss ó corregidor de la ciudad, Keller, salió del Casino; sus dos hijas le esperaban á la puerta, y dejando la poblacion, se dirigió á una casa de campo que poseia á muy corta distancia, y en la cual residia habitualmente. Eran cerca de las ocho y media. La mañana siguiente se supo que Keller no habia llegado á su casa, y habia desaparecido en el camino. Aquella estraña noticia produjo la mas viva sensacion; el empleo de schultheiss, era el primero y mas importante á que podia ser llamado un ciudadano del canton.

El camino que debia seguir el magistrado, estaba situado todo á lo largo de la orilla del Reuss, y en algunos parages se elevaba como cortado á pico por encima del cauce del torrente, muy engruesado con las lluvias. Cuando Keller se puso en marcha llovía con mucha fuerza, y la oscuridad era completa. Segun la declaracion de sus dos hijas, una iba delante de su padre y otra detrás; le habian perdido de vista en las tinieblas, y mas de una vez le oyeron gritar que tuviesen cuidado pues el sendero era resbaladizo y peligroso. Ningun otro ruido habia llegado á sus oídos como no fuese el de la lluvia, el viento, y el de las aguas del torrente. Al llegar sucesivamente á la casa, observaron que no se hallaba allí su padre, de quien una se creia seguida, y otra precedida. Inmediatamente retrocedieron acompañadas de dos criados provistos de linternas, pero sus pesquisas no produjeron resultado alguno. Debemos advertir aqui, que Keller era el jefe del partido liberal, y que este partido se hallaba en guerra abierta con el llamado ultramontano. La animosidad era muy viva por una y otra parte. Cada partido tenia en el consejo que gobernaba el canton, fuerzas casi iguales.

Era presumible que cegado por la lluvia, el schultheiss se hubiese aproximado mucho á la orilla del Reuss, y que falseando el terreno cayese en el rio sin que tuviese tiempo para gritar, ó que no se le oyese con el estruendo de las aguas y de los elementos desencadenados. Tal fué la conjetura que formó el público, porque parecia la mas verosímil. En su sesion del 13 de setiembre, el consejo mandó á todas las autoridades que practicasen las mas activas diligencias para descubrir el paradero del magistrado muerto ó vivo, y se las recomendó además que vigilaran sobre los falsos rumores que pudieran esparcirse con este motivo.

Dos dias despues, el 15 de setiembre, se encontró en el Reuss el cadáver de Keller encallado en un banco de arena, á unos cuatrocientos pasos del sitio en que se presumia que habia caido. La autoridad se apresuró á formar proceso verbal, y hubo reconocimiento de médicos. Ninguna señal de violencia exterior se descubrió en el cuerpo del desgraciado Keller, ninguna fractura, y solo se observaron algunas desolladuras en el rostro y brazos, producidas por los guijarros sobre que habia rodado. El difunto habia conservado todos sus vestidos, y aun el sombrero; nada se habia sustraído de los bolsillos, tenia en ellos el dinero, y su reloj se habia parado á las nueve y diez y siete minutos. La muerte habia sido resultado de la inmersión: el schultheiss fué enterrado con honor, y no se volvió á hablar de él durante diez años.

Algunas personas que no veían en aquella catástrofe el efecto de un accidente deplorable, se inclinaban á creer habria sido un suicidio; otros pronunciaban á media voz la palabra asesinato. Como particular, Keller no tenia ningun enemigo; pero como hombre público tenia muchos. Cuando se cede al impulso de las animosidades políticas, se atribuyen fácilmente crímenes á los adversarios: sin embargo, nada concurrió á apoyar aquella conjetura, y se concluyó por olvidar la muerte de Keller; pero no siempre habia de ser así.

Existen en Suiza unas tribus errantes, especie de bohemios ó gitanos, parias despreciados en todas partes, que ningun canton quiere albergar, y que todos se apresuran á enviar á sus vecinos. Estos desgraciados son conocidos con el nombre de heimatlosen, gentes sin patria ni hogar. Sus profesiones ostensibles son las de chalanes, adivinos, pajareros, lañadores ó compositores de loza rota, y conductores de osos: la mendicidad y el robo constituyen de hecho sus principales recursos. Estraños á todo sentimiento de moralidad, aprenden desde su mas tierna edad á infringir las leyes y á sostener contra la sociedad una guerra incansable. Con todo, es muy raro que se aventuren á cometer cualquier crimen capaz de atraerles una reprobacion demasiado viva: están educados en el saludable temor del patíbulo. Los cantones de

Soleure, Zug, Lucerna, Saint-Gall y Appenzell, son los lugares que habitan, ó mas bien los que recorren con preferencia. No se crea que escondidos en los bosques, en las quebradas ó barrancos, ó detrás de una peña, con el puñal en el cinto y la carabina en la mano, esperan la ocasion de asaltar á los pasajeros; completamente estraños á esos arriesgados hábitos de los bandidos clásicos, vagan al rededor de las granjas, no sin temblar y siempre acechando: se deslizan entre las gallinas, pavos y ansares, los degüellan mientras todos duermen pacíficamente, y huyen con una rapidez que podria hacer honor á un ciervo. No desprecian tampoco el lienzo que se pone á secar ó blanquear sobre la yerba. Sus hijos aprenden por sí mismos, y antes que principien á andar solos, á apoderarse con presteza de todo lo que se encuentra al alcance de su manos impacientes. Habitados á arrostrar la intemperie de las estaciones, los heimatlosen, no tienen ni médicos, ni enfermos; para ellos el sol no es ardiente en estío, y el invierno no tiene hielos ni nieves. Son demasiado filósofos para buscar la felicidad en esta tierra, pero no ignoran que los sabios la colocan en el aguardiente y el tabaco.

En el mes de mayo de 1824, fue robada la casa de un comerciante de Nafels, en el canton de Glaris, y desapareció una buena cantidad de mercaderías. Tres semanas despues, fué presa una joven en el canton de Schwiz, en el acto de vender algunos de los objetos robados. Sostuvo que los habia comprado, pero era el colmo de la inverosimilitud, porque habia sido reconocida por *heimatlosa*, llamábase Clara Wendel. Al dia siguiente de hallarse en la prision, confesó que habia recibido aquellos efectos de otros compañeros suyos. Apurada por las repetidas preguntas, hizo confesiones mas explícitas, y dió pormenores circunstanciados acerca de la organizacion de aquellas bandas, funestas para la tranquilidad de la Helvecia. Clara tenia diez y ocho años, su figura no tenia ningun atractivo, y su carácter presentaba una estraña mezcla de franqueza y doblez; astuta á veces como un antiguo curial, desconcertaba las investigaciones de la justicia; otras, candorosa y crédula como un niño, respondia á cuantas preguntas se la hacian, hablaba voluntariamente, y entre muchas mentiras fáciles de conocer, esparcia verdades importantes.

El jefe de las principales bandas de heimatlosen, se llamaba Krusihans, y gozaba de una funesta celebridad; apenas tenia veinte y cinco años, y era el mas intrépido y diestro de los ladrones de Suiza. Sangre fria, audacia, habilidad, presencia de ánimo, nada le faltaba. Sus delitos eran innumerables, y sin embargo, jamás habia sufrido ninguna condena. Siempre se habia sustraído con maña de los procedimientos, y no se le pudo nunca justificar nada. Súpose entonces que el verdadero nombre de este personaje era el de Juan Wendel, y que era hermano de Clara. Esta convino en que él fué quien ejecutó el robo de la tienda del comerciante de Nafels, y que tenia muchos cómplices; entre ellos designó especialmente á su hermana Bárbara Wendel, y al mejor amigo, el ayudante de campo de toda la confianza de su hermano, José Twerenbold, soldado que habia servido en un regimiento á sueldo del gobierno napolitano, y que de regreso á sus montañas habia abrazado la profesion de ladrón. Era ademas hombre de cabeza y de recursos.

Perseguidos con actividad los bandidos, no tardaron mucho en caer en poder de la justicia, y fueron conducidos á la cárcel de Glaris, que jamás se habia previsto debia contener tantos presos. Todos aquellos ladrones tenian comunicacion continuá entre sí, y se hallaban en relaciones con sus amigos de fuera. Se temia una evasión, ó un ataque á viva fuerza, y para evitar uno y otro, los presos fueron trasladados con buena escolta á Lucerna, en donde se los colocó en un castillejo, que era mucho mas á propósito para el objeto.

Clara, hacia ya seis meses que estaba presa, y habia confesado un gran número de robos, por lo que parecia que ya no tenia nada mas que declarar: empero habia llegado á ser para ella una necesidad el sorprender á los magistrados y tenerlos en expectativa con las revelaciones que se dejaba arrancar poco á poco, ó que parecia prometer. De este modo disipaba la tristeza y el fastidio de su encierro. Bien pronto denunció incendios y asesinatos en que ella misma habia tenido parte; mas como las noticias que daba carecian de exactitud ó no convinieron con las diligencias que en su consecuencia se practicaron, se miraron como sueños de un cerebro perturbado por la dilatada prision, ó como invenciones para neutralizar los efectos de las investigaciones de los jueces dirigiéndolas por caminos tenebrosos y sin salida, al mismo tiempo que adquiria cierto grado de importancia. Hasta entonces Clara habia vivido al aire libre, independiente como las aves, y completamente estraña á toda idea de fuerza y opresión; mas de repente se encontró con que su horizonte se limitaba á las sombrías y frias paredes de su calabozo, y esto era en verdad suficiente para perder la razon, ó concebir el proyecto de vengarse mientras encontrase medios para ello.

De improviso se difundió un nuevo rumor que dejó confusos y estupefactos á todos: confirmóse la noticia, voló desde el uno al otro extremo de la Suiza, é hizo que se olvidase todo lo demás. Clara Wendel acababa de confesar que se habia encontrado en un asesinato que permanecía todavia impune: declaró que algunos

individuos de su banda precipitaron á Keller en el Reuss la noche del 12 de setiembre: que el crimen se cometió por instigación de dos ciudadanos de los mas notables de Lucerna, Leodegardo Orelli, y José Plyffer, gefes del partido ultramontano y ambos enemigos decididos del desgraciado schultheiss. Uno y otro habian desempeñado los principales empleos de la república. El consejo del canton de Lucerna, comunicó aquella denuncia á la dieta helvética, y se decidió que se formase un nuevo proceso, y se siguiese en pieza separada del de los demas delitos imputados á los *heimatlosen*: el honor de la confederación estaba comprometido y exigía que no se omitiese medio ni diligencia alguna para descubrir la verdad, toda la verdad.

Desde el 23 de setiembre de 1823 hasta el 3 de noviembre, Clara sufrió nueve interrogatorios: hé aqui en sustancia su declaración. Fuimos cinco los que cometimos el atentado de que Keller fué víctima; mi hermano Krusihans, sus dos compañeros Twerenbold y Backeler, mi hermana, y yo. El 12 de setiembre nos hallábamos reunidos en una taberna situada á poca distancia de la puerta de Lucerna, Orelli, fué á buscarnos, pasó con mi hermano á una habitación separada, y estuvo conversando con él un largo rato. A cosa de las cinco de la tarde, nos trasladamos á una casa de campo que poseía Plyffer, y que solo distaba de la de Keller quinientos ó seiscientos pasos. Plyffer nos aguardaba allí, nos dió de beber y bebió con nosotros. Llegó la noche; mi hermano y sus compañeros se embadurnaron la cara con color negro; al separarse de nosotros, nos dijo Plyffer: Acordaos de lo que habeis prometido. En seguida nos dirigimos al camino que debía llevar el schultheiss; mi hermana y yo nos mantuvimos á alguna distancia, y los hombres se tendieron boca á bajo en medio de la yerba y cerca del sendero. Cuando pasó Keller, se levantaron de improviso Krusihans y Backeler, y asíéndole por medio del cuerpo le arrojaron al precipicio. No pronunció una palabra ni hizo un gesto inútil; aquello se hizo en un abrir y cerrar de ojos.

Al momento nos alejamos. La oscuridad era tan grande que apenas se veía lo que se tocaba: nos costó algun trabajo volver á encontrar la casa de Plyffer: este nos aguardaba, y al ver á mi hermano, hizo un movimiento casi imperceptible con la mano, á que aquel contestó con un signo de cabeza; en seguida nos sirvió vino caliente. Al día siguiente, Orelli volvió á buscarnos á la taberna en que se habia verificado nuestra primera entrevista: dió cinco lises de oro á mi hermano, y cuatro escudos á cada uno de sus camaradas. A mi hermana y á mí, no nos tocaron mas que tres monedas de 10 batz (cada batz, no llega á medio real). Dos dias despues ya nos hallábamos bastante distantes y apenas nos acordamos del día 12 de setiembre.

A los cómplices se les hicieron nuevas preguntas. Bárbara Wendel, Krusihans y Backeler, convinieron en que efectivamente habian tomado parte en el asesinato del schultheiss, estuvieron contestes con Clara en los puntos principales; pero no permanecieron conformes sobre algunos pormenores, especialmente en cuanto al dinero que recibieron de manos de Orelli. Cada uno fijó por precio de la sangre una suma diferente. Manifestaron que tambien se habian encontrado con ellos en la taberna, y en casa de Plyffer, dos compañeros suyos A. Zimmermann y M. Ulrich: pero el uno habia muerto, y el otro pudo burlar las pesquisas de la justicia. Twerenbold negó tenazmente su participación en el crimen, y sostuvo con energía que las declaraciones de Clara no eran mas que un tejido de fábulas.

Quedaban, pues, cuatro procesados transformados en acusadores, que envolvian en una causa criminal de suma gravedad, á dos ciudadanos los mas distinguidos del canton de Lucerna. Su testimonio se hubiera desatendido, porque sus hábitos de rapiña y de guerra contra el estado social, bastaba para que se recibiesen con desconfianza sus palabras y no fuesen creidas; pero habia una circunstancia estraña é inesplicable, cual era la de que al denunciar á los instigadores, se denunciaban á sí mismos.

Los dos ciudadanos, sobre quienes se trataba de hacer recaer la vindicta pública, rechazaban con horror la idea de semejante crimen, y trataban á los *heimatlosen* de infames calumniadores. Ambos eran padres de familia, de suaves y apacibles costumbres, y de edad avanzada: Plyffer se aproximaba á los sesenta y siete años cuando tuvo lugar la catástrofe de Keller. No se les conocía ningun motivo particular de odio contra el schultheiss; mas tambien era cierto que no podia explicarse el encarnizamiento con que los procesados querian perderlos arruinándose á sí mismos. En la vida de los dos magistrados no se encontraba nada que pudiera esponerlos al resentimiento de sus calumniadores. ¿Deberia creerse en un fanatismo político, bastante exaltado ó bastante vengativo, para concebir y ejecutar el crimen? Pero aun suponiéndolos capaces de aquel atentado, no era presumible que hombres tan graves y esperimentados, hubieran cometido la imprudencia de confiar tan arriesgado secreto, á media docena de malhechores, sumamente jóvenes, porque en 1816 Krusihans no tenia mas que diez y nueve años, Backeler diez y ocho y Clara y su hermana, catorce y doce. ¿Y estos bandidos habrian permanecido diez años sin cometer la menor indiscreción, y sin procurar exigir á aquellos elevados funcionarios una retribucion mayor que la que les habian dado? ¿Habría ido un magistrado dos veces y en medio del día, á conferenciar con asesinos en una taberna de tercero ó

cuarto orden, situada en los arrabales de la ciudad? Además ¿podia preverse que la oscuridad, quela tempestad, separaría al schultheiss de sus dos hijas, que estas tres personas se encontrarían á larga distancia unas de otras? ¿Si hubieran ido reunidas como debia suponerse, se habia resuelto un triple asesinato? ¿Se queria que las hijas corriesen la suerte del padre? Habia pues un vasto campo para las conjeturas.

Interrogados acerca de lo que hubieran hecho si su víctima se les hubiese presentado sola, y si circunstancias, imposibles de prever, no hubieran ocultado su desaparición á todo el mundo, los procesados manifestaron grande embarazo. Uno dijo que en aquel caso se habrian vuelto sin hacer nada, y otro que se hubieran compuesto de cualquier otro modo para deshacerse del desventurado cuya muerte habian estipulado. Era muy delicado adoptar una denuncia que se presentaba con circunstancias tan inverosímiles, mas por otra parte, aquel era un hecho de que no habia ningun ejemplo: cuatro procesados se confesaban culpables de un homicidio de que no existia ni aun el menor indicio ni la mas leve sospecha contra ellos. No podia atribuirse su espontaneidad á los remordimientos de su conciencia, porque ninguno de ellos daba muestras de arrepentimiento.

La instruccion de las actuaciones estaba confiada á una comision de cuatro miembros nombrados por la Dieta, y que ofrecian todas las garantías apetecibles de independencia y sagacidad. Tres miembros ocupaban puestos importantes en los cantones de Lucerna, Berna y Zurich, la presidencia se dió al landmann del canton de Zug. Los interrogatorios, y demas diligencias se habian multiplicado hasta tal punto, que aquel gigantesco proceso formaba ya trece abultados volúmenes en folio: las divergencias de los acusados entre sí, y las contradicciones que con ellas ofrecian ciertas circunstancias de sus declaraciones no eran muy considerables: podian explicarse facilmente por la imposibilidad de poder retener fielmente en la memoria todos los pormenores de un hecho que habia tenido lugar ya hacia diez años. ¿Debía suponerse una perfecta lucidez de ideas, y una rigurosa lógica en personas que no habian recibido educacion alguna? ninguno sabia leer ni escribir.

Hallábanse presos los dos magistrados á quienes se culpaba, y que se encerraban con firmeza en un círculo de negativa absoluta. El partido á que pertenecian, proclamaba á voz en grito su inocencia, y sus adversarios se complacian en divulgar cuanto podia serles perjudicial, y aparentaban un hipócrita pesar por verlos tan fuertemente comprometidos. Las viejas, los jóvenes de ambos sexos, y los necios que forman en todas partes una mayoría con que es preciso contar, el pueblo en fin, siempre envidioso de los que le gobiernan, querian que hubiese allí crimen, y tratar de disuadirle de aquella creencia, hubiera producido un disgusto general. Ya se desesperaba de aclarar este sombrío é inesplicable misterio, cuando sobrevino una circunstancia que hizo variar de aspecto al negocio.

Krusihans y Backeler se retractaron, y sostuvieron que habian faltado á la verdad en sus anteriores declaraciones. «No hemos tenido, dijeron, la menor parte en la muerte del schultheiss, ni estábamos en Lucerna el 12 de setiembre; si hemos usado otro lenguaje, fué porque hemos sido compelidos é interrogados capciosamente por uno de los magistrados de Lucerna, encargado de formar nuestro proceso, cuando solo se trataba de los robos que se nos atribuian en un principio.»

El magistrado á quien atacaban, habia sido uno de los amigos de Keller. S. Am-Rhin, uno de los agitadores del partido liberal, conocido por su estrema animosidad, sino contra los principios, contra las personas de Orelli y de Plyffer ¿habría sido capaz de urdir una trama para perderlos? Los presos declararon que él era quien les habia franqueado el camino, preguntándoles inopinadamente si no tenian alguna noticia de la muerte de Keller, y apremiándoles á declarar lo que supiesen tocante á aquel acontecimiento. Como sostenian que lo ignoraban completamente, los hizo poner á pan y agua, y mandó que se les diese ciento y cincuenta palos, que les aplicaron con exactitud los carceleros sin perdonarles ni uno solo.

En efecto, se comprobó que los procesados habian sido azotados; pero magistrados y carceleros alegaron que habian exagerado mucho los palos que habian sufrido, que tenian bien merecidos por su insubordinación y mala conducta.

Los dos *heimatlosen* afirmaron que Am-Rhin les enteró en seguida de las declaraciones de Clara, haciéndoles saber todas las circunstancias de un crimen imaginario, y que les habia compelido á que dijese la verdad, y prometido que no tenian nada que temer, por que su franqueza les haria obtener la indulgencia de los jueces, y no les dejó un momento de reposo hasta que confesaron lo que habia dicho Clara. Am-Rhin, convino en una parte de aquellos hechos, pero trató de darlos su verdadero valor, presentándolos como el resultado de su celo, para llegar al descubrimiento de la verdad: que sus procedimientos eran arreglados á la táctica que debe seguir un juez instructor para arrancar la verdad á unas gentes muy poco dispuestas á decirla. Aquella apología no carecia de apariencias especiosas. Clara y su hermana se ratificaron constantemente en cuanto habian dicho sobre el atentado cometido en la persona del schultheiss. Las retractaciones de Krusihans y Backeler no las hicieron la mas mínima impresion.

Los amigos de Plyffer y de Orelli, tomaron inmediatamente la ofensiva, y se desencadenaron contra unos enemigos políticos capaces de urdir tan infernales tramas, y les devolvieron la acusación de asesinato. «Un accidente funesto concluyó con la existencia de Keller, bien lo sabeis, y sobre él forjais una novela para concitarnos la execración pública: inculcáis á unos bandidos palabras para que acriminen, y tal vez arrastren al cadalso, á ciudadanos dignos de respeto, á quienes echais en cara un crimen imaginario, mientras que vuestras horribles combinaciones son el mas infame de todos los delitos.» Los liberales contestaron: «Vosotros sois los que por medio de ocultas maniobras habeis inducido á los dos *heimatlosen* á que se retracten: no ha sido difícil decidirlos á que se esfuerzen en destruir la terrible acusación que habian lanzado contra sí mismos, y en la que envolvian á los que los habian sugerido que cometieran el asesinato. Vuestra astucia no engañará á nadie.»

Por una y otra parte no podian alegarse mas que suposiciones, porque se apoyaban en probabilidades que se destruian mutuamente, y que á decir verdad, tan improbables eran unas como otras. ¿Que confianza podia tenerse en el testimonio de aquellos malhechores, que negaban lo que habian afirmado, y que disculpaban al hombre contra quien habian dirigido cargos, para acusar en seguida á otro personaje, de un crimen enteramente nuevo? ¿Quedaban las declaraciones de las dos hermanas; pero los fastos judiciales y los anales de psicología, no presentan mas de un ejemplo de procesados que confiesan crímenes que no han cometido? Y las palabras, alucinación, voluntad pervertida, perversidad de inteligencia, é imitación contagiosa, resonaban de continuo en los debates que cada vez se iban acalorando y embrollando mas.

La Suiza entera lo habia olvidado todo para no pensar mas que en aquel estraño proceso, y mas de una vez llegó á su colmo la animosidad entre unas gentes cuya opinion se hallaba dividida. —No hay crimen.—Es un tegido de maldades.—Despues de haber hecho perecer á Keller se valen de los mas indignos recursos para salvar á sus asesinos.—Combinan un asesinato quimérico, para dirigir contra unos inocentes la mas infernal de las maquinaciones.—Los amigos mas íntimos se concibieron un odio mortal, algunas familias se separaron para siempre, y en varios puntos faltó muy poco para que estallase la guerra civil. La curiosidad pública habia llegado hasta el mas alto grado: la prision de aquel cómplice, que en sus antiguas confesiones habian denunciado los bandidos, la convirtió en frenesí. Ulrich fué reconocido en el Piamonte: se solicitó su estradición, y obtenida, se le interrogó y contestó que no tenia conocimiento del crimen, y que jamás habia cometido ninguno de semejante naturaleza. Persistió con tenacidad en su dicho.

Despues de innumerables sesiones, y de el mas escrupuloso exámen de tantas y tan estraordinarias circunstancias, la comision dictó por unanimidad una sentencia que mereció la aprobación de muy pocos, la de todos los hombres sensatos é imparciales: reconoció que no existia ninguna prueba por la que pudiese concluirse que habia habido crimen en la muerte de Keller: absolvió libremente á Orelli y Plyffer: declaró que las acusaciones de los *heimatlosen* contra aquellos dos magistrados, y contra Am-Rhin, no merecian mas calificación que las de unas fábulas, inventadas por el deseo de causar perjuicios y darse importancia, y condenó á los cuatro procesados á prision perpétua, en castigo de sus muchos robos.

El régimen de la cárcel fué mortal para Clara: no vagar ya por los campos y poblaciones, sin sujeción, sin trabas, yendo, viniendo, y durmiendo á su antojo, no era ya vida para ella, y sucumbió á una peritonitis aguda, segun certificación de los dos doctores del establecimiento correccional. Krusihans se fugó, Bárbara y Twerenbold continúan todavia presos, y parecen hallarse resignados. Un *heimatlosen* no cree mas que en la fatalidad. No hay un viagero que atravesase por Lucerna y tenga alguna noticia de ellos, que no vaya á hacerles una visita.

Tribunales nacionales.

LOS HERMANOS MARINA.

La célebre causa de los hermanos perpetradores del horrible crimen cometido en la calle de la Montera, de que nuestros lectores deben tener conocimiento, se vió el 29 del pasado en grado de revista, en la sala primera de esta audiencia. A las 10 en punto fueron conducidos ambos acusados á la presencia del tribunal. Clara Marina, aunque con semblante sereno, revelaba alguna mas agitación que las últimas veces que compareció al público. Antonio llevaba la cabeza caída sobre el pecho; su mirada rastrera, la palidez de su semblante, y la barba á medio crecer, le daban un aspecto sombrío y terroroso. Concluida la lectura del proceso, el abogado defensor usó de la palabra, y dijo con corta diferencia lo mismo que en la vista anterior. Pero el fiscal de S. M. La Hoz estuvo elocuente, claro y enérgico en el discurso de su acusación, y por último, apoyado en el artículo 324 y párrafo 2.º del 70 del Código penal, pidió la confirmación de la sentencia de muerte. El presidente entonces se dirigió á los acusados, y les preguntó si tenian algo que alegar

en su defensa, y ambos se pusieron en pie. Clara Marina se adelantó, y con voz fuerte y clara dijo:

—Nosotros no hemos visto ese difunto que dicen que estaba en el corredor, y que le arrojamos al patio, ni sabemos nada de eso.

El procesado Antonio se adelantó hasta las gradas del tribunal, y con la cabeza erguida, voz fuerte, y acento altanero, dijo:

—¿Quién me ha visto á mí en los billares, y dónde he robado yo, ni quién tiene nada que decir de mí? Yo tengo buena conducta, y soy tan hombre de bien como cualquiera otro, y á ninguno de mi familia tienen que echarle en cara nada.

Clara le interrumpió gritando:

—A nosotros nos quieren mal, y por eso tratan de perdernos... Pero Dios nos protegerá.

Antonio volvió á hablar y dijo:

—Yo no sé nada de todo eso que se dice, pero nos quieren mal... Dios nos perdone.

El presidente dió por terminada la vista, y el tribunal se retiró á deliberar.

La sala confirmó la sentencia, por la cual fueron condenados Antonio y Clara Marina á sufrir la pena de muerte en el sitio de costumbre. A las tres se citó á los reos á las puertas de las respectivas capillas, donde se les notificó la sentencia. Clara la oyó serena é impasible, pero derramó algunas lágrimas cuando el ruido de los grillos le anunció que bajaba su hermano. Este lloró al oír la sentencia, y se afectó de manera tal, que á las cuatro y media estaba atacado de una fuerte convulsion y fué preciso que el médico acudiese á la capilla. Después se propuso guardar profundo silencio, siendo inútiles cuantos esfuerzos se hacían para impulsarle á hablar: luego que le exhortaron los sacerdotes para que se confesara, se presentó en la capilla el duque de San Carlos, le aconsejó que hiciese lo que los ministros del Señor le pedían para salvar su alma: el reo pidió por señas papel para escribir y escribió lo siguiente: *No debo nada á nadie, ni tengo nada que confesar.* Viendo el duque que fumaba cigarrillos de papel, le dió un puro y se negó á tomarle tirándole al suelo. Llamaron á su compañero de calabozo por si lograba persuadirle. Acudió el preso y dirigió varias frases á Marina, mas este volvió á escribir: *Dios quiera que te halles aquí pronto como yo.* Tendido en el suelo sobre tres sáculos colchones permaneció Marina manifestando un furor concentrado y experimentando convulsiones continuadas.

Su hermana Clara estuvo tranquila y serena. Cenó muy bien en compañía de algunas mugeres y conversó con cuantas quisieron hablarla. Al día siguiente estuvo el patriarca á visitar á los reos, y sus piadosas exhortaciones han sido escuchadas por Clara, quien recibió los Sacramentos después de haber confesado, según aseguran, que ayudada de su hermano y de un amigo de éste habían asesinado á su amo y que luego entre los dos mataron al cómplice por no querer seguir sus consejos de robo; que el asesinar al desgraciado Lafuente fué porque este le dijo días antes que había resuelto casarse con... (y nombró la persona) á lo que Clara le contestó que no se casaría, habiendo concebido desde entonces el proyecto de asesinarle, como en efecto lo hizo.

Cerca de las doce del día 31 del pasado salieron los reos de la cárcel recorriendo la carrera señalada: ambos iban sobre caballerías, llevando jamugas la de la muger y vistiendo los dos túnicas negras. Clara Marina iba firme y casi risueña, conversando con algunas personas y respondiendo á las exhortaciones del sacerdote. Su hermano era casi un cadáver, y mas bien marchaba echado sobre la caballería que sostenido por sí propio. El Cristo casi se desprendía de sus manos, y apenas sus labios podían expresar una palabra. Sin embargo, en el tránsito pidió vino de Cariñena y comun, y una chuleta; esto último no se lo concedieron, pero sí le dieron un poco de vino con agua. Subió al patíbulo con paso firme; no así su hermano que lo hizo con paso vacilante. El Antonio pidió ver la argolla y se la enseñaron. Por la mañana el arzobispo de Toledo había suplicado de rodillas en la capilla al reo que se confesase, mas este se negó tenazmente á ello, pero al pie del patíbulo hizo una confesion bastante ligera.

Clara hizo testamento, y dejó á su madre la ropa, y dispuso que el dinero de las limosnas que se recogiesen, fuera para misas por las almas suya y de su amo.

Aseguróse que á la misma hora que espiraban en el patíbulo los desgraciados Antonio y Clara, una hermana de estos se arrojó al Canal, del que se le estrajo cadáver; añadiendo que esta infeliz no era la misma que trató de suicidarse en los primeros días del proceso, sino otra, que habiendo sido despedida de la casa donde estaba sirviendo, imaginó un nuevo crimen para huir la deshonra que sus hermanos arrojarían sobre toda la familia. Pero después se ha desmentido este hecho, y parece indudable que dos hermanas que en efecto tenían los reos, y se hallaban en Madrid sirviendo, se han ido al pueblo de su naturaleza en compañía de su madre anciana é impedida.

El sábado 27 del pasado por la noche, al retirarse de su casa un dependiente del Saladero con su esposa, fué esta insultada en la plazuela de la Berengena, por un hombre que por allí pasaba en compañía de otros dos. Como es natural el marido salió á la defensa de su esposa, mas el provocador tiró de la na-

Tomo I.

vaja é hirió mortalmente al indefenso marido: la muger, cuentan que se avalanzó al cuello del asesino gritando y pidiendo auxilio, á cuyas voces acudieron un agente y un sereno, que lograron coger al agresor, quien no pudo á pesar de sus esfuerzos, evadirse de aquella valerosa muger. La navaja fué hallada á corta distancia del sitio del crimen. A la hora en que escribimos estas líneas, parece estar la causa muy adelantada, y aun aseguran que impuesta al matador la última pena.

En Málaga fué pasado por las armas el día 23 del pasado el carabinero de mar Salvador Pastor, por haber muerto alevosamente en la noche del 30 de setiembre al paisano Manuel Pavon. Este desgraciado ha manifestado en la capilla señales evidentes de su arrepentimiento: tenía un hijo de ocho años fruto de relaciones ilegítimas, y antes de marchar al suplicio quiso legitimarle, para lo cual se casó en la capilla, ofreciendo esta ceremonia el cuadro mas triste y desolador. He aquí como le describe el *Avisador malagueño*.

«Desde que el reo manifestó el deseo de legitimar ciertas relaciones que había tenido con una muger, se empezaron á dar los oportunos pasos al efecto. Por algun tiempo se creyó que el matrimonio no se verificaría, pues se habían llevado fuera de Málaga á la presunta esposa; pero á instancias de Pastor, se espidió un propio al lugar donde se hallaba. Por lo demás, todo estaba preparado. El reo pasó la tarde en un estado lastimoso, sin hacer otra cosa que llorar y lamentarse, y tener continuamente en la memoria á un hijo que tenía, niño de ocho años: tampoco tomó otro alimento que un poco de caldo que se le suministró casi por fuerza.

«A las nueve y media de la noche, y cuando ya todos creían, y aun el mismo reo estaba consentido en que no se casaría, se presentó en la cárcel su futura, acompañada, ó mas bien sostenida, por otras mugeres, pues la infeliz llegaba en un estado imposible de describir. Preparado el reo para recibirla, tuvo lugar la entrevista, acto que presenciaron todos con lágrimas de compasion, mientras que los futuros esposos las derramaban de dolor y de amargura. Abrazáronse estrechamente, y conociendo que sería aquel el último abrazo que se daban, permanecieron así largo rato, costando no poco trabajo el separarlos. Procedióse en seguida á la augusta ceremonia, siendo preciso sostener á los principales actores de ella, pues parecía que la vida los dejaba á cada instante. La hora, el sitio, el motivo, las fúnebres ideas que embargaban á todos al ver enlazarse la vida con la muerte, todo se reunió para prestar á esta ceremonia de alegría y regocijo, una tinte de horror, de luto, que hizo estremecer á los que la presenciaron. ¡Y con cuánta conmiseracion contemplaban todos aquella desgraciada esposa y viuda á un tiempo; á aquella infeliz muger que daba á aquel desgraciado la última y mayor prueba que podía exigírsele de cariño y abnegacion! De abnegacion, si; pues al desposarse no le aguardaban otros bienes, no le quedaba otro porvenir que el nombre de un sentenciado, un niño que no era suyo á quien cuidar y educar, y una perspectiva de soledad y de luto. ¡Si esa muger cometió algunas faltas, cuán purgadas deben haber quedado en este momento!

«La separacion fué no menos cruel, no menos desgarradora que todo el acto, y renunciamos á describirla.»

SEMANA BIOGRAFICA.

Habíamos pensado dar juntas en este número las dos biografías de los generales ESPARTERO y NARVAEZ, con objeto de presentar á un tiempo los hechos que constituyen la vida pública de los dos hombres que mas se han distinguido en esta última época en nuestro país; pero hemos tenido que desistir de la idea por su mucha estension, relativamente á los límites que un periódico consiente. Hubiéramos podido reducirlas, mas esto era encerrar en proporciones demasiado mezquinas sucesos muy importantes de la historia contemporánea: por esto nos decidimos á insertar hoy la de ESPARTERO atendiendo para la preferencia únicamente al orden cronológico; en el número próximo irá la de NARVAEZ y en los sucesivos las de CABRERA, ZUMALACARREGUI y demas personajes que en uno y otro bando han figurado en la última revolucion de nuestro país; así como las de todos aquellos que han tomado parte activa en los grandes acontecimientos de Europa. Nuestro objeto es, por medio de las biografías y de artículos históricos ó cronológicos, hacer de esta seccion de LA SEMANA un verdadero tratado de historia moderna, á cuyo fin contamos con documentos y datos inéditos, memorias de generales y apuntes preciosos que contienen revelaciones importantes de utilidad suma para la historia, no para los partidos.

DON BALDOMERO ESPARTERO,

DUQUE DE LA VICTORIA.

I.

Vamos á retratar á una celebridad histórica, en cuya vida se distinguen tres períodos importantes: el del militar, el del político y el del ciudadano. En el primero ostenta por testimonio sus títulos de grandeza ganados en el puente de Luchana, ante los baluartes de Morella, y llevando en su frente los laureles y en su mano las olivas; en el segundo, miramos su asiento cabe el escaño del trono, y en el tercero su vida actual, asociada á la de sus honrados y sencillos convecinos. Estas tres épocas de su historia, son otras tantas, y

bien distintas, de la de España. Pero no es nuestro intento enlazar la del hombre á la de la nacion. Conocemos la influencia que aquellos ejercen en estas, mas no la reconocemos como el sello característico de su marcha. Un hombre, puede impulsar ó contener á un pueblo en su carrera, desviarle tal vez de ella, pero no le hará avanzar si su destino es retroceder, ni el dique que le oponga servirá mas que para acumular la fuerza impulsiva que ha de vencerle para desbordarse.

Espartero, sin embargo, no ha sido de esos hombres que han hecho prevalecer sus sentimientos sobre los de la nacion. Una no interrumpida cadena de sucesos le dieron la regencia del reino; y bien podemos asegurar que hasta el año de 1840, no pensó en medir la distancia que había desde la humilde villa de Granátula al palacio de Buena-Vista, y del soldado que *sienta plaza*, al aclamado gefe de España.

En la citada villa de Granátula fué donde nació el 27 de febrero de 1793, siendo sus padres don Antonio Fernandez Espartero y doña Josefa Alvarez, humildes y honrados labradores mas ilustrados que muchos de su clase, porque cuidaron de educar con el mayor esmero posible á su hijo, cuya viveza revelaba precoces disposiciones. Aprendió los primeros rudimentos de la enseñanza, incluso el latin, y dos años de filosofía en la universidad de Almagro adonde marchó en 1806, pasando luego á Baza y despues á Sevilla, donde el 10 de noviembre de 1809 *sentó plaza, para servir voluntariamente en el regimiento infantería de Ciudad-Rodrigo, durante la guerra*, que comenzaba entonces.

A los nueve dias de su presentacion se halló en la memorable batalla de Ocaña. Agregado luego al batallón de voluntarios de Toledo, pasó á la isla de Leon y á la Academia militar de dicha isla, encontrándose en la batería del Portazgo en los meses de febrero y marzo, y en la batalla del Pilar de Chiclana.

Nombrado subteniente el 1.º de enero de 1812, le trasladaron al cuerpo de ingenieros, demostrando así la suficiencia de sus conocimientos: perteneció luego al regimiento de Soria, y se hallaba en el de Estremadura cuando tomó parte en las acciones de Cherta, Amposta y en el bloqueo de la plaza en Tortosa; hechos que tuvieron lugar en los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1813. Promovido á teniente en 1814, y pacificada ya la península, se embarcó voluntariamente con la expedicion de Ultramar; acudió á la toma de la isla Margarita, y destinado al Perú, en mayo de 1815, llegó á Lima haciéndose á la vela en Panamá. Contribuyendo con sus servicios á la pacificación de la provincia de Charcas, cubrió sus hombros con las dos charreteras, á pesar de tener cargos de mayor responsabilidad, pues mandaba una division de 300 hombres con la que batió completamente á los caudillos Prudencio, Zárate y Pereira, hallándose ademas en once acciones parciales.

Distinguido de sus gefes, y querido de sus soldados, acometia árduas empresas coronadas siempre con la victoria. Fué nombrado segundo comandante en agosto de 1817; empleo que requería el número de fuerzas que tenía á sus órdenes; fuerzas que no podían estar mejor encomendadas, porque ganó con ellas solas diferentes acciones contra triple número, hizo presas considerables de prisioneros, municiones de boca y guerra, armamentos, caballos y ganados; efectuó sorpresas y descubrió conspiraciones tan importantes como la tramada por el gobernador de la plaza de Oruro, ministros de la real hacienda, el gefe de la guarnicion, y otras personas de influencia, apresandole é inutilizando á todos.

Merció el ascenso de primer comandante que le confirieron en 1821, y en mayo del siguiente año el grado de coronel, cuya efectividad ganó en la notable accion de Calana en 1.º de enero del 23, en el reconocimiento de Tagua que mandó el general Valdés, y en la sangrienta batalla de Torata el 19 del mismo. En ella, con solo el batallón de su mando que estaba de vanguardia, contuvo los 4,000 hombres de que constaba el ejército enemigo, haciéndoles frente por espacio de dos horas sin variar de posicion; hasta que emprendió la retirada con todo el orden de un ejercicio, vendiendo caro el terreno que dejaba, disputado palmo á palmo. Unido á la division de Valdés, dispuso el ataque con toda la fuerza: carga Espartero á la bayoneta con dos compañías del cuerpo de su mando; desordena el ala derecha enemiga, la pone en precipitada fuga, y el valiente gefe que mandaba á los insurgentes americanos se para ante su contrario que abriéndose paso se presenta á él con la espada desnuda. El gefe enemigo tenía un batallón á su espalda, mas no le arredra á Espartero, que trava un combate personal y dá la muerte al americano. Continúa luego en la accion, de la que no fueron bastante á separarle ni la muerte del caballo que montaba, ni las tres considerables heridas de bala que recibió. Reunido á su cuerpo, tomó parte en todas las cargas á la bayoneta, hasta que decidida la victoria por las armas leales, puso la noche fin á la persecucion.

Hechos análogos tuvieron lugar en el resto del año, en cuyo mes de octubre fué nombrado brigadier. En 1824 le comisionó el virey del Perú para pasar á España á dar cuenta al rey del estado de aquellos dominios. Se embarcó en 5 de junio en el puerto de Quilca; llegó á Madrid el 12 de octubre, y á fin de diciembre regresó al Perú. El 4 de mayo arribó á las costas del Pacífico, cuyo país se hallaba en poder de los insurgentes á consecuencia de la malograda

batalla de Ayacucho, que tuvo lugar el 9 de diciembre, día precisamente en que Espartero salía del puerto de Burdeos con dirección á aquel país, por lo cual no puede atribuírsele parte alguna en aquel suceso, cuyo nombre se le ha aplicado como título denigrante. Hecho prisionero de guerra por las tropas de Bolívar, permaneció tres meses en oscuros calabozos, procesado de orden de aquel gefe. Hubiera sido fusilado á no conseguir fugarse á fuerza de sacrificios, con pérdida total de su equipage. Con solo su persona llegó á Burdeos á fin de noviembre de 1823, á España el 4 de marzo de 1826; al día siguiente fué destinado de cuartel á Pamplona, y en 1828 á Logroño, de comandante de armas y presidente de la junta de agravios, hasta que pasó de coronel al regimiento infantería de Soria, con el que estuvo de guarnición en Barcelona. Marchó á las islas Baleares con su regimiento el 1.º de noviembre de 1831, donde le halló la noticia de la muerte de Fernando. Saberla y solicitar de la Gobernadora permiso para ir con su regimiento al campo de batalla á pelear en favor de los derechos de su hija, fué pensado tan pronto como ejecutado. Concedióle S. M. regresar á la península con un batallón, y el 20 de diciembre saltó á tierra en el Grao de Valencia.

III.

Hemos pasado con toda la rapidez que nos ha sido posible los hechos militares de Espartero hasta esta época: hechos de interés solo para la historia, pero que no podían quedar desapercibidos sin dejar incompleta esta biografía. Los que ahora narremos, con brevedad también, presentan un interés mas palpitante, y mas grata amenidad. Nos detendremos en los mas importantes, y bosquejaremos los que solo merezcan delinear.

Digna fué y honrosa la solicitud de Espartero; y al concederle Cristina el puesto que anhelaba en las filas de los combatientes, premió, mas bien que favoreció sus patrióticos sentimientos. Deber era del soldado mostrarse reconocido á quien en su valor confiaba. Recibió al punto órdenes del capitán general del reino de Valencia, y marchó á perseguir una partida de 400 hombres, mandados por Magraner, que se había levantado en San Felipe de Játiva. Cuatro días hacia que desembarcara Espartero, cuando en virtud de su activa persecucion ya no existía la partida de Magraner, á cuyo gefe mandó fusilar en el mismo pueblo donde se pronunció. Estos hechos tuvieron lugar el 24 y 23 de diciembre, días favorables á Espartero, y que parecían el augurio de otros mas gloriosos.

Corrió Espartero á la corte á deponer á los pies del trono los laureles que tan fácilmente había conquistado, y la reina gobernadora, que veía en el entusiasta brigadier, al militar resuelto á sacrificarse por la causa de su hija, le nombró el 1.º de enero de 1834, comandante general de la provincia de Vizcaya. El 9 se hallaba ya en Vitoria, y con la actividad que siempre le ha distinguido, marchó al día siguiente al frente de una columna, á Bilbao, abriéndose paso con la mitad de la fuerza que llevaba, por medio de los carlistas, que al mando de Luque le salieron al encuentro desde Arrigorriaga, trabándose una refriega, cuyo tiroteo duró tres horas, en las inmediaciones de Barambio. La otra mitad quedó en Arrigorriaga, hasta que acudió el refuerzo de Bilbao á rescatarla.

El 12 se encargó del mando de la provincia, y de las tropas que en ella operaban; arregló la administración; aseguró la tranquilidad pública, y ardiendo en deseos de pelear, salió de Bilbao el 14 en persecucion del enemigo, con quien midió sus fuerzas en Miravalles, Ceberio, Orozco, Ibarra, Salva y Dinca. Todos estos encuentros se sucedieron unos á otros, en cuatro días. El 19 entró en Durango, se ocupó en fortificarle, salió el 22, repitieronse nuevamente mayores encuentros, salvó á Guernica el 27, y el 30 se hallaba de regreso en Bilbao, disponiendo las obras para ponerle en un estado respetable de defensa. Fortificó también á Portugalete y Olabeaga, organizó el cuerpo franco de cazadores vizcainos de Isabel II, y sin desatender sus escursiones, salvó otra vez á Guernica del inminente riesgo en que se hallaba de caer en poder del enemigo, que contaba triplicadas fuerzas que el total de las que se componían la guarnición y la columna de Espartero juntas; si bien volvieron los carlistas en cuanto supieron la inferioridad de las tropas liberales, é hicieron prevalecer el número de las suyas.

Posteriormente reunió Espartero el total de su gente en Bilbao, dividiéndola en tres columnas á los respectivos mandos de Meer, Solar de Espinosa y Benedicto, combinando Espartero sus movimientos con la columna que se reservó. En su virtud, comenzó á obrar hasta conseguir la division en trozos de las fuerzas enemigas, que uniéndose luego en Oñate, fueron atacadas, desalojadas del pueblo, y puestas en completa dispersion. Otra ventaja no menos notable consiguió en el paso del puente colgante de Burceña, al acudir al socorro de Portugalete, asediado por 1,000 carlistas, quedando herido levemente de un balazo; pero consiguiendo su objeto.

El progresivo aumento de los carlistas, hacia pensar seriamente en la guerra; ibanse ademas organizando, merced á los buenos gefes que adquirían, y era necesario calcular las operaciones. Dispuso una Espartero, en que, aparentando á vista del enemigo retirarse ordenadamente por escalones de la altura de Sollube, defendiendo el terreno palmo á palmo, atra-

jera al carlista al campo que deseaba. Cargóle entonces el confiado enemigo con bravura, al grito de ¡Hoy no se da cuartel! y contestando Espartero con los de ¡Viva Isabel II! ¡a la bayoneta! se posesionó del camino real y altura de Sarraya, y toda la línea liberal rompió en cuatro columnas á la bayoneta sobre la línea contraria, apoyando la caballería, que aumentó el número de los cadáveres, é hizo sangrienta esta accion, que valió á Espartero ceñirse la faja de mariscal de campo.

No menores fueron los triunfos que obtuvo en su nuevo destino; pues sin embargo de no ser mucho mayores las tropas puestas á sus órdenes, no dejaba descansar á los carlistas, aumentados cada día, á pesar de lo que en contrario publicaba el gobierno en Madrid.

De vuelta Rodil de su expedicion de Portugal, se le confirió el mando en gefe del ejército del Norte, que á fin de que formara un cuerpo, se agregaron á él todas las divisiones. Encargado Espartero de fortificar el importantísimo punto de Bermeo, lo efectuó en 48 horas, con 800 hombres. Dejó esta fortificación, y marchó rápidamente á Navarra con los 2,500 hombres de que constaba su fuerza disponible. Hallóse en la accion que tuvo lugar entre Baquedano y Artaza; mereciendo su comportamiento los honoríficos y especiales elogios que de él hizo Rodil al gobierno. Infatigable siempre Espartero, constituían sus opera-

combate, en el que venciera el enemigo, sino de una manera inesplicable. A la anterior pérdida siguieron la de Vergara, Villafranca, Eibar. Tolosa, Balmaseda, Plencia y otros puntos importantes. Ensancharon los carlistas el radio de sus operaciones, avanzaron hasta los puertos de Arlaban, y se decidieron á sitiar á Bilbao, ante cuyos muros perdieron á Zumalacárregui, caudillo en quien cifraban con justicia sus esperanzas.

Pronto, sin embargo, se inbennizó Espartero de la pérdida de Descarga, mandando en la célebre batalla de Mendigorria el ala izquierda del ejército, y siendo el último que dejó de perseguir al enemigo que tenia destrozado; acudió en setiembre á levantar el segundo sitio de Bilbao; sosteniendo luego la retirada de Arrigorriaga, y la accion de Bolueta, únicos hechos notables con que finalizó el año 33, si exceptuamos los severos castigos que ejecutó en el ejército para poner coto á graves excesos.

Los puertos de Arlaban, esas frondosas montañas de robles, cuyas raices ha alimentado por mucho tiempo la sangre que allí se ha derramado, presenciaron al comienzo de 1836 nuevos hechos de armas, á los que siguieron las acciones de Orduña y Unzá, donde tan merecidos laureles consiguió Espartero á la cabeza de los valientes húsares, que cargaron briosos al carlista. Pérdidas dolorosas hubo en estas acciones, cuyo triunfo fué comprado á precio de mucha y preciosa sangre, contándose entre los muertos el bravo coronel don Pedro Regalado Elío, comandante general de la caballería. Muerte que ademas de enlutar los corazones de sus compañeros, hizo á la division vestir luto por tres días, ordenando Córdoba que mientras durase la campaña, el regimiento de húsares de la Princesa, á cuyo frente murió, no pasase revista sin que se pronunciara su nombre y grado, respondiendo el primer húsar en alta voz: *Muerto en el campo del honor, por la causa de la Patria; pero despues de cubrir de gloria á las armas de este regimiento, y al ejército del Norte en que servia de voluntario.*

Reproducimos esto, porque hallándose á su lado Espartero, le corresponde la misma gloria. En el ejército y en el país, comenzaba á adquirir el afortunado mariscal de campo, esa lisongera popularidad que constituye la base de las altas posiciones. Este prestigio que crecía al par que disminuía el de Córdoba, no podía menos de molestar á quien estaba al frente del ejército, y comenzó á demostrar alguna rivalidad, poco honrosa, porque hallándose frente á los enemigos tenia los mismos medios que Espartero para conseguir igual ó mayor popularidad. Escogió otro camino, menos digno de su reconocida ilustracion, é hizo que Espartero se emancipase en cierto modo de su influencia, y obrase á su voluntad con la division que mandaba. Así fué, como, sin orden de su gefe y contra el parecer del gobierno, salió de las provincias en persecucion de Gomez el 23 de junio, cinco días despues de recibir el grado de teniente general. Este acto mirado por algunos como de marcada indisciplina, y por de inmensa utilidad para la causa liberal por otros, destruyó por el pronto ciertos planes de transacion, y ostentó sus deseos de no dar tregua ni descanso al enemigo. Espartero desde entonces se colocó al frente de la opinion pública, que se condolia de ver en la inaccion á muchos generales; y la consecuencia lógica de esta posicion del nuevo teniente general, era la investidura de gefe del ejército acordada el 17 de setiembre, recomendado por el mismo Córdoba, que guiándose solo por la nobleza de sus sentimientos obró como lo exigian su patria y su corazon. Antes de recibir su nombramiento de general en gefe encomendó el cargo de perseguir á Gomez al general Alaix, y se quedó enfermo en Lérida, donde recibió el deseado decreto, que le hizo temer recayese en Oraá el cargo que anhelaba. Restablecióse inmediatamente, y su primer pensamiento fué á acudir á levantar el tercer sitio de Bilbao.

Crítica hasta lo sumo la situacion de esta villa, solo cifraba en Espartero su salvacion: alhagábale á él que se la debiera; pero reflexionando los inconvenientes de la empresa no se atrevia á abordarla con fuerza. Ocupaban los sitiadores ventajosísimas posiciones, parapetadas y bien defeadidas, y apenas había una vara de terreno donde el nuevo general en gefe pudiera operar con ventaja. La conquista de Bilbao hubiera sido una colosal adquisicion para don Carlos, tanto por la importancia material del hecho de armas, como por el ascendiente que recibían estas y la fuerza moral que adquiría la errante corte carlista, que tenia puestos los ojos en aquella villa para asentar en ella sus reales. Pasando por multitud de preliminares sabidos de todos, diremos que queriendo sin duda Espartero compartir la responsabilidad de esta empresa, reunió un consejo de generales, brigadieres y coroneles, para discutir lo mas acertado en tan críticas circunstancias. Oraá, Meer, y otros pocos denominados cordobistas, votaron por salvar el ejército aunque se perdiese Bilbao; pero la mayoría opinó que debía socorrerse la plaza á



El duque de la Victoria.

ciones un paseo no interrumpido y glorioso por Navarra y Alava, Guipúzcoa y Vizcaya; no terminando día sin que tuviera lugar algun encuentro ó pequeña escaramuza. Así finalizó el año de 1834, que si fué pródigo en acontecimientos, no lo fué menor el que le sucedía. No bien había comenzado, cuando Ormaiztegui, Villareal de Zumárraga, Miravalles y Villaro, fueron testigo de sangrientas escenas, en las que se ostentó triunfante Espartero, nombrado en 1.º de mayo comandante general de las provincias vascongadas; cargo que inauguró con el suceso mas desastroso que hallamos en su vida, pues jamás olvidará Espartero la terrible noche del 2 de junio ni los altos de Descarga.

Las divisiones de Mirasol, Solar de Espinosa y Ulibarri, al mando todas de Espartero, salieron de Vitoria, y trasponiendo las siempre verdes y elevadas cumbres de Arlaban, se dirigieron á levantar el sitio de Villafranca de Guipúzcoa, de concierto con don Gerónimo Valdés. Avanzó Espartero hasta Descarga, donde estableció su vivac, bien ordenado á juicio de los inteligentes, y temiendo sin duda su situacion á pesar de las ventajosas posiciones que ocupaba, emprende la retirada en una noche fria y lluviosa. Los carlistas que observaban y calculaban estos movimientos, lanzan su caballería contra la retaguardia liberal, sorprenden las centinelas avanzadas de la retaguardia, y caen bruscamente sobre esta, que llena de un horrible pánico, se dispersa y se pierde y se destruye por aquellas escarpadas breñas y hondos barrancos, que por todas partes ponen límites al camino real. El mismo conde de Mirasol cae prisionero, logrando fugarse por la oscuridad de la noche, y por lo cebados que se hallaban en la persecucion los vencedores. Aquella fué una noche funesta para todo aquel valiente ejército, que tantos laureles había conquistado, y el cual llegó á Vergara fugitivo, ostentando en su aspecto la consternacion y la vergüenza, porque no había sido derrotado despues de algunas horas de

toda costa. Espartero y Ceballos Escalera se abstuvieron de votar; mas estaban de acuerdo con los que consideraban el borron que se echaba el ejército no acudiendo á salvar á los heroicos sitiados. Obró pues, Espartero; y á las 11 de la noche del 24 de diciembre, hallándose el general refugiado en el caserio de Jado, á un cuarto de hora del puente Luchana, y tendido en un mal gergon, peleando con sus dolencias y el estado de su espíritu alterado á cada instante con las incesantes noticias de caer heridos ó muertos sus mayores amigos, llega su gefe de E. M. el general Oráa, seguido del coronel Toledo, le participan haberse empeñado la batalla en las líneas del monte de Cabras y falda del de San Pablo, haber pasado las tropas el puente de Luchana, y lo necesaria que sería su presencia á la cabeza del ejército. Sin mas oír, lánzase del lecho poseído de aquel entusiasmo que tanto sabia inspirarle como sentirle; monta á caballo, y ensangrentando sus hijares se traslada al campo del combate, que estaba en aquel momento poseído de cierto estupor causado mas bien que por el temor de los enemigos por el que infundia aquella espantosa noche de tempestad. Apercibido el ejército de la presencia de su gefe, se reanimó su valor y comenzó á victorearle. En un momento de silencio, interrumpido solo por el estampido de los cañonazos enemigos, arengó á las tropas que oían aquella estentorea voz que inflamaba de entusiasmo los corazones, y mas al oírle decir: «Los soldados valientes como vosotros no necesitan mas que un solo cartucho: ese solo se disparará en caso necesario; y con las puntas de vuestras bayonetas, tan acostumbradas á vencer, daremos fin á esta grandiosa empresa, batiremos á los enemigos de nuestra idolatrada reina, los arrollaremos; y tanto vosotros como yo, que soy el primer soldado, el primero delante de vosotros, los veremos morir ó abandonar el campo llenos de oprobio y de ignominia, corriendo precipitadamente á ocultarla en sus encumbradas guaridas. Marchemos pues, al combate...» Y prorrumpiendo en enérgicos vivas á la libertad y á la reina, ordenó tocaran las bandas el paso de ataque, y rompiese la marcha en columna hacia la elevada cumbre de Banderas bizarramente defendida por los enemigos. A los dos ejércitos que mutuamente peleaban, combatió un enemigo mas formidable: el cielo. Rotas las cataratas de las nubes que arrojaban una furiosa tempestad, acompañada de un desecho huracan, se vieron divididos los dos ejércitos, y obligado á guarecerse cada individuo tras de una peña, en alguna gruta, ó con los inanimados restos de algun malogrado compañero. Dos horas pasaron en tan mortal angustia; al cabo de las cuales volvió á entusiasmar Espartero á los soldados, alentándoles con la palabra y el ejemplo; y al despuntar en el horizonte los matinales albores del 25, blandía el general en gefe su espada victoriosa en la culminante altura de Banderas. Esta eminencia facilitó la posesion de las demas; y á las nueve de la mañana entró triunfante en Bilbao; causando su entrada un inexplicable entusiasmo en aquellos invictos españoles que tenían que alimentarse con los animales mas inmundos, pagados á peso de oro.

El gobierno, las cortes, el pais liberal, recibió con delirante júbilo tan plausible noticia: Madrid se iluminó instantáneamente: leida en los teatros desde la escena, se desocuparon en un momento las localidades, porque no era el teatro recinto bastante para la expansión que necesitaban los corazones de los liberales. Pero mejor que nuestra pluma, pinte la sublime improvisación de Lopez, ministro entonces de la Gobernación el efecto que causó la salvación de Bilbao. «Las cortes, dijo, acaban de oír la relacion de todo lo ocurrido: en ella todo es admirable, todo elevado, todo heroico. Con tales gefes y soldados, señores, nada es imposible, nada difícil; se hace cuanto se quiere, se manda al destino y se escala hasta el cielo realizando la fábula de los Titanes.»

«Nuestro ejército no ha peleado solo con otro enemigo, tenazmente empeñado en la operacion y poseionado de posiciones formidables en que el valor y la desesperacion habian reunido todos sus esfuerzos; no, ha peleado con la naturaleza, con el furor desencadenado de los elementos, y hasta de los elementos ha sabido triunfar. Azotado por la tempestad, abrumado por la lluvia, por la nieve y por el granizo, en medio de la noche mas espantosa, se ha hecho superior á todos los obstáculos; y no ha necesitado decir como aquel célebre capitán de la antigüedad en el sitio de una ciudad acaso no mas famosa que Bilbao: ¡Gran Dios vuélvenos la luz, y pelea contra nosotros! No, nuestros soldados saben vencer así en la luz como en medio de las tinieblas, y no necesitaban entonces la claridad sino para que iluminarasu triunfo, y dejase ver el pendon radiante de la libertad, que se elevaba ondeando en los campos de Bilbao sirviéndole de trono á los cadáveres de sus enemigos!»

Después de tales sucesos no nos detendremos en relatar otros que desmerecen á su lado, y menos, ciertas miserables rencillas impropias de generales, á las que dió ocasion el gobierno por una parte, y Evans por otra, en la célebre cuestion de las líneas, que dió pábulo á tantas disputas.

Después de dejar don Carlos las provincias; lo hizo el conde de Luchana, llegando á las inmediaciones de Madrid á tiempo que obligó á retirarse á los carlistas que estuvieron vivaquendo en las lomas de Vallecas. Entró Espartero en la corte á pesar de la orden que recibió en contrario, desfiló con su ejército por delante de la reina gobernadora y su hija, y continuaron hacia las Rozas, sublevándose antes en Pozuelo de Ayacaca

los oficiales de la guardia real pidiendo un cambio ministerial, que se efectuó en sentido moderado.

Inculcado Espartero con justicia por no haber tenido la suficiente energía de sofocar la insurreccion de sus subordinados, solo pudo hacer olvidar esta falta con la pasion que mostró despues por organizar el ejército, que empezaba á desmoralizarse de un modo funesto. Nada mas un momento de aberracion pudo inducir á unos soldados que tantas veces derramaron su sangre por la patria; asesinaran y arrastraran á los mismos valientes gefes que les habian conducido á ganar las cruces que ostentaba cada uno sobre el corazon. Sarsfield, Escalera y Mendivil fueron las víctimas inmoladas al furor de una soldadesca desenfrenada; sus manes ilustres pedian venganza, pero ¿quién osaba vengarlos? ¿qué general arrostraría las iras de un ejército? mas no, no era el ejército todo criminal, y el honor de todo un cuerpo requería el condigno castigo de sus miembros malos. La empresa, pues, era árdua; mas no para arredrar á Espartero, que formando al ejército en cuadro en los viñedos de Miranda de Ebro, se presenta á caballo, y parándose ante aquella fuerza imponente, no tanto por su número como por el silencio que guardaba, comienza á arengarla con enérgica voz, diciéndole que habia caído una mancha en el hasta entonces puro honor del ejército, y que no pudiendo borrarse sino con sangre, tenía que quedar lavada en aquel momento. Preséntense los criminales, dice, y sino se consigue descubrirlos... el regimiento provincial de Segovia que sea diezado en el acto. No fué necesario; delataronlos los mismos compañeros, y hechas las averiguaciones competentes, fueron diez pasados por las armas en el acto, y veinte á presidio. Varió desde entonces el estado del ejército, que se regocijó el mismo de tan imponente acto; pues aunque no estaba revestido de todas las formas legales, deben disculparle los rigoristas, porque era una necesidad en las criticas circunstancias en que se hallaba la nacion, tener subordinadas las tropas á toda costa; aquel ejército, en el que tenia puesta la patria sus esperanzas. Poco despues vengó un tribunal militar los manes de Sarsfield, siendo fusilados entre otros el coronel don Leon Iriarte y don Pablo Barriat, comandante del segundo batallon de tiradores.

Nuevos y gloriosos hechos de armas y la toma de Peñacerrada sobre todo, le valieron ascender á capitán general de los ejércitos. Desde entonces era Espartero el único hombre en quien creía el partido liberal decidida resolución de acabar la guerra. Celoso el gobierno de esta predileccion, ora disponia el proyecto de Muñagorri, ora la formacion de un ejército de reserva, de 40.000 hombres al mando de Narvaez, militar que no podia competir con el colosal prestigio de Espartero. De aqui nació la rivalidad que ha existido entre ambos gefes, para mal de nuestra desgraciada patria, y de aqui resultó tambien que anheloso el conde de Luchana de terminar la guerra, le halagó la noble idea de un convenio que además de honroso, ahorrara el derramamiento de mas sangre española. Comenzáronse tratos que eran tan pronto interrumpidos como vueltos á anudar, ocasionando algunos interregnos la ruptura de hostilidades en las que conquistó Espartero nuevos laureles, aunque bien ensangrentados. Tal sucedió en Ramales y Guardamino; acciones que fueron premiadas con el título de Duque de la Victoria y la grandeza de España de primera clase.

El mes de agosto de 1839, declinaba á su fin: los tratados, avanzaban, y despues de inesperados acontecimientos, de irresoluciones y de honrosas consideraciones que detenian á Maroto, el mismo don Carlos, ó mas bien algunos de sus ineptos consejeros apresuraron la terminacion de un acto que pudo haber sido algun tanto provechoso á aquel engañado príncipe. El 31 del citado mes, fué en el que agrupadas las fuerzas de uno y otro bando, á la margen izquierda del rio Deva dando frente al parador de San Antonio en Vergara, se abrazaron como hermanos los que pocos dias antes se destrozaban como leones. Toda la gloria del Convenio de Vergara recayó en Espartero: la merced; pero tambien deben participar de ella otros que, como Aviraneta, Echaide, etc. contribuyeron por diferentes medios al mismo fin.

Este golpe finalizó la guerra de las provincias vascongadas. Quedaba Cabrera en Aragon, y el conde de España en Cataluña: el mas temible era el primero; y contra él revolvió el Conde-Duque sus huestes triunfadoras. Segura, Castellote y Morella, acabaron de coronar el templo de su fama, y aumentó sus títulos de grandeza con el nombre de esta última plaza. Sin enemigos Aragon, siguió á Cataluña, y con la toma de la importante plaza de Berga, cuartel general de los carlistas catalanes, dió fin á la guerra civil, y marchó á Barcelona á deponer á los pies de la reina sus numerosos y verdes laureles.

Tal fué la vida militar del que recibió el justo dictado de pacificador de España.

III.

Identificado el duque de la Victoria con la opinion pública del partido liberal, y condescendiendo en ponerse á su frente, para luchar con los poderes que dominaban la España, fué una consecuencia precisa de su posicion el célebre manifiesto de Mas de las Matas; pues aunque no es dado á un gefe militar declarar que reprobaba altamente la resolución del que lo era del estado, que disolvió las cortes, en uso de su prerogativa, estaban admitidas y aun celebradas estas manifestaciones que empezó Llauder mucho antes, y le

imitaron casi todos los generales. Esto, prescindiendo de otros motivos de pública conveniencia, y de la mision de Espartero al ponerse á la cabeza del ejército, la milicia y el pueblo de los que derramarán su sangre en el campo de batalla por asegurar el trono de Isabel y las libertades patrias. Consecuencia de lo anterior fueron los sucesos de Barcelona, y mas adelante el pronunciamiento de Madrid el 1.º de setiembre, que se extendió á toda España ocasionando la marcha de la reina gobernadora, idea ante la que tembló Espartero, que no tuvo la menor parte en la sublevacion de Madrid, cuya poblacion estuvo en una mortal ansiedad hasta saber si el duque se adhería á sus sentimientos.

Dueño Espartero de la España, no podía menos de ser el candidato para la regencia que á pesar de los que la querian triple, fué como deseaba el candidato elegido, única.

El regente del reino, inauguró su poder con medidas benéficas para el pueblo; pero que envolvian algunas los feos sentimientos de la ingratitud. El ejército del que habia sido caudillo y padre, á quien debía la mayor parte de su gloria, fué casi abandonado, disueltos algunos cuerpos que tantas victorias consiguieron, y desatendidos mil oficiales beneméritos. Era su objeto, sin duda, hacer economías, rodearse de las bayonetas ciudadanas; pero todo era posible atendiendo para los destinos públicos á los gefes de reconocida actitud, y adoptando providencias conciliatorias, en vez de optar por los extremos.

Introdujose el descontento en las filas, y de este pasó á la insurreccion, que no suele mediar mas que un paso de aquel. Triunfó el regente; pero á cara costa; porque se derramó la sangre de varios de los hijos mas predilectos de la patria, que tuvo que cubrir con un crespon las trofeos de su triunfo.

Después del 7 de octubre ya no tenia el regente, ó lo que es lo mismo el partido progresista, enemigos que combatir; pero como sucede comunmente la victoria los engendró en su seno: y no sabiendo vencerse á sí mismo los que supieron vencer á sus contrarios, alargaban á estos aquella mano armada siempre para esterminarlos, y se valieron de sus mismas armas para clavarlas en su seno. El resultado fué la sublevacion de Barcelona. Corre á Cataluña Espartero, y no admitiendo otra avenencia que el rendirse á discrecion á pesar de las proposiciones que hacian, reúne un consejo de generales, y decide bombardear la ciudad, que recibió desde Monjuich 1014 proyectiles. Tal determinacion, sin embargo de toda su legalidad; era antipolítica. Estaba muy bien cuando peleaba en Navarra: estaba muy mal cuando era el gefe de una nacion pacífica, é iba solo á castigar el estravio de una ciudad. Debiera haber sido el padre que corrija la aberracion de un hijo; no el general que desea el esterminio de su enemigo.

Ante los muros de Barcelona se estrelló gran parte del prestigio de Espartero, que en vano luchó por recuperarle. Socavados así los cimientos de su fama, tambaleaba el edificio, que caeria al menor empuje, como sucedió. Pudo haber evitado la ruina; pero apogado el regente á las formas legales, sin energia, sin accion, contemplaba impasible la tormenta que se preparaba sobre su cabeza. Cuando oyó la célebre parodia del himno nacional inglés, ya no habia salvacion para él....

Propensos siempre los corazones españoles á todos los grandes sentimientos de nobleza, aclamaron la amnistía proclamada por el ministerio Lopez; y estraviada la opinion pública de las provincias hasta por la prensa progresista de la corte, se comprende el pronunciamiento de 1843, que empezando por pedir la caída de un ministerio, acabó por conseguir la del regente del reino; que despues de establecer un simulacro de sitio delante de Sevilla, se embarcó en el vapor español *Betis*, en el puerto de Santa María, hasta donde le acompañaron sus tropas, despidiéndole con los ojos bañados en lágrimas. A bordo del *Betis*, estendió y firmaron los ministros que le acompañaban, la protesta firmada en la bahía de Cadiz á 30 de julio de 1843, por cuyo documento fué privado y los firmantes, de todos sus títulos, grados, empleos, honores y condecoraciones. Trasladado al buque inglés *Malabar*, emprendió su ruta á Lisboa, trasbordándose aqui al *Prometheus*, que le condujo á Londres.

Al cumplir el término legal de su regencia, publicó el documento en que deponia tan importante cargo, del cual no se creyó despojado.

El tiempo luego apagó los resentimientos, ahogó la voz de las pasiones, y despertando las nobles ideas de olvido y reconciliacion de lo pasado, hizo que los mismos enemigos del ex-regente le devolvieran todos los títulos, etc., de que habia sido privado, señalándole un digno puesto en el senado.

Las consecuencias de la revolucion de 1843 y la emigracion de Espartero, cambiaron totalmente los sentimientos que el partido progresista tenia respecto á su caudillo. Olvidáronse los dictérios de coalicionistas y ayacuchos, y aprendiendo en lo pasado sublimes enseñanzas para el porvenir, rindieron juntos sus ovaciones al espatriado cuando regresó á Madrid, ovaciones que, aunque pacíficas, tomaron un carácter tan alarmante, que para evitar lamentables consecuencias abandonó el duque la corte y marchó á establecerse en Logroño.

Allí se halla en el dia alejado de las contiendas políticas; viviendo como simple ciudadano, y deseando, como Washington, la gloria y felicidad de su patria.

SEMANA CIENTIFICA.

La aglomeración de materiales y la necesidad de dar cabida á otros artículos de interés mas inmediato, es causa de que no hayamos podido ensanchar como quisiéramos los límites de esta sección en el presente número. Nuestro pensamiento es que tengan cabida en ella, íntegras ó extractadas, todas esas obras de viajes que están llamando la atención de Europa, en particular las de Alejandro Dumas, cuyo interés dramático supera en mucho á la mejor de sus novelas, y que en España apenas son conocidas. Las impresiones de viaje por Suiza y el Piamonte, por Italia, por las márgenes del Rhin, etc. nos suministrarán materiales suficientes para dar á esta parte de la *Semana* toda la amenidad, todo el aliciente de que es susceptible.

GEOGRAFIA.—ARGEL.

El país que se conoce con el nombre de Argel ó Argelia, está poblado de moros berberiscos ó kabias, árabes, judíos, negros y europeos de diferentes naciones, cuyo número total asciende á dos millones de habitantes, entre los cuales hay mas de veinte mil europeos.

Atraviesan este país los montes Lobat y Ammer

que son ramificaciones del Atlas, y estas montañas, no siendo muy elevadas, están cubiertas de viñedos y bosques hasta su cumbre; el monte Jurjura que puede considerarse como otra ramificación de la cordillera general, se extiende en el interior á unas 18 leguas á S. E. de la costa; esta montaña es muy elevada y su cumbre está cubierta de nieve durante la mayor parte del año. De los ríos que bajan de estas montañas, los mas considerables son: el Chelliff y el Nadijiddi; el primero tendrá un curso de 84 leguas; el segundo se dirige al Sud por el desierto y corre á perderse en el lago Melgig en el país de Zab: en este país se encuentran varias fuentes minerales.

Los manantiales son muy abundantes, la vegetación es rica y variada; los temblores de tierra son frecuentes, pero no temibles. Este país ofrece desiertos arenosos de los cuales el mas estenso es el de Angara; su terreno es generalmente fértil en trigo, cebada y frutas, aunque estas últimas no son tan sabrosas como las de España, Francia ó Italia.

Ademas de los animales domésticos de Europa, poseen el camello; y en los desiertos y montañas escarpadas se encuentran leones, leopardos, avestruces, y otros animales silvestres. Tiene minas de hierro, plomo y sal en abundancia: el lago Marks queda en seco en verano, y deja un lecho profundo incrustado de sal.

La industria de este país se reducía antes de la con-

quista de los franceses á la fabricación de tegidos de seda, particularmente fajas, pañuelos, tapices menos hermosos que los de Turquía, y una especie de lienzo ordinario: á lo largo de la costa se pesca el coral.

La regencia de Argel era antes una provincia del imperio otomano, y estaba regida por la autoridad de un dey; dividíase en cuatro provincias: las de Argel y Titeri en el centro; la de Tlemcen al O.; la de Constantina al E.; estas tres últimas estaban gobernadas por un bey sometido al dey; las demas se dividían entre las tribus casi independientes, que no reconocían mas autoridad que las de sus jeques. Cada una de estas tribus formaban una aldea ó campo ambulante llamado aduar; las familias vivían en sus tiendas particulares, y este pueblo errante arrendaba las tierras de los habitantes de las ciudades, pagando al dey un tributo proporcionado al número. Las tiendas las formaban con pieles de carnero blancas y negras; pero muy sucias. La tienda del jeque estaba mas elevada que las otras y ocupaba el centro del campamento.

Los alimentos que usaban, y aun usan en el día los individuos de estas tribus son muy sencillos y se reducen á pan, arroz y leche. Raras veces comen carne, y esto solo en los días festivos; en sus mismas tiendas duermen los caballos, los asnos, las vacas, las cabras, los perros, los gatos y la volatería que constituye toda su riqueza. El perro persigue á la zorra y avisa cuando se acerca el león; el gato persigue los ratones y hasta



Episodio de una *razzia* por las tropas regulares de Abd-el-Kader contra los árabes sometidos á los franceses.

las serpientes, que son muy enormes en aquellos parajes.

Las ciudades principales despues de Argel, que es la capital son: Oran, Tlemcen, Bona, Constantina y Bugia. El país ofrece una temperatura elevada, pero refrescada por los vientos; el invierno es muy benigno, y únicamente se deja sentir por lluvias abundantes que duran hasta el mes de abril.

Este país, despues de haber estado obedeciendo mucho tiempo á los reyes indígenas fué conquistado por los romanos, bajo cuyo poder estuvo muy floreciente; luego por los vándalos, y últimamente por los árabes.

Desde muy remotos tiempos tenían proyectado los reyes de España la conquista de Argel, deseosos de evitar el mucho daño que á toda la cristiandad hacían los piratas, que en esta ciudad se albergaban. Hubo sin embargo una temporada, en que los moros de Argel se pusieron bajo la obediencia de los Reyes Católicos, haciéndose sus vasallos, y prestando juramento los enviados en Zaragoza el día 4 de abril de 1510; pero estinguida en breve esta momentánea alianza, el cardenal Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo y gobernador de los reinos de España, envió una expedición contra Argel á

los órdenes de Diego de Vera en 1516. Habiendo llegado ya á España el emperador y rey don Carlos, envió otra expedición contra Argel á las órdenes de don Hugo de Moncada en el año 1518, y por último, el mismo emperador partió con otra expedición en el año de 1541. Todas estas expediciones se malograron, contribuyendo principalmente á ello, el mal fondeadero ó inseguridad de las costas, espuestas ó serios temporales.

Los dos hermanos Barbarojas, llamados al socorro de los argelinos contra los españoles, se apoderaron de la ciudad de Argel en 1516, conquistaron la mayor parte del territorio que le rodea, y para sostenerse mejor contra sus enemigos, se hicieron reconocer vasallos de la Puerta (1520).

El sultan Selim mandó allá al instante un bajá con un cuerpo de genizaros, pero estos mas adelante, so pretexto de ponerse al abrigo de las vejaciones del bajá, obtuvieron de la Puerta en 1600 la autorización de elegir entre ellos un gefe que defendiera sus intereses, al cual se llamó dey, que vale tanto como tío ó tutor; mas estos dos gefes estaban en continua disidencia, y en 1710 el dey Baba-Aly espulsó al bajá y reunió en su persona todos los poderes.

Este gobierno subsistió hasta la invasión de los franceses, y la toma de Argel en 1830. Desde esta

época la Argelia está bajo la autoridad de la Francia, que la ha gobernado, primero por generales en gefe y despues por gobernadores.

Los hechos principales despues de la conquista son: la ocupación de Bona en 1830; de Oran, 1831; de Arczew, Mostagan y Bugia, 1833; la expedición de Macta, 1833; victoria de Sikka, 1833; tratado de Tafna concluido en 1837 con Abd-el-Kader, por el cual se obtuvo la paz en Oeste dejando á los árabes gran parte de la regencia; toma de Constantina, 1839; rompimiento de hostilidades con Abd-el-Kader á fines del mismo año; paso de las puertas de Hierro, 1839; de la garganta de Muzzaia, 1840; heroica defensa de Mazagran, ocupación de Cherchelt, Medeah y Milianah, 1840; de Tahedempt, 1841; de Biscara 1844, y por último la sumisión de todo el país.

El grabado que acompaña al presente artículo representa una *razzia* (1) hecha por las tropas mismas de Abd-el-Kader sobre los árabes ya sometidos.

(1) *Razzia*, palabra de origen árabe, que se emplea hace pocos años para designar las invasiones hechas por tropas sobre el territorio extranjero ó enemigo, con el objeto de robar los rebaños, los granos, etc. Esta palabra lleva consigo la idea del pillage, saqueo, etc.

LOS CUERVOS MARINOS. (1)

Los cuervos marinos son grandes consumidores de pescados, y especialmente á los de los rios, son á los que persiguen con una rapidez extraordinaria. Desde el momento que el cuervo marino distingue su presa que nada apaciblemente en el seno del agua, de pronto se sumerge, coge la víctima que acechaba, que en vano procura desprenderse de la fatal membrana, y la lleva á la superficie de la onda; allí, por medio de una maniobra ágil, el pez, lanzado en el aire, cae inmediata-

mente de cabeza, y es recibido sin resistencia por las aletas, cuyos rayos quedan naturalmente situados hacia atrás y en la garganta muy dilatada del ave; si esta última carece de destreza, lo que no sucede á menudo, el pez no por eso se liberta de la voracidad de su terrible adversario, pues es de nuevo cogido y lanzado hasta que se verifica su caída de una manera conveniente.

En muchos países ha salido bien utilizar la habilidad de los cuervos marinos en la pesca, y ha llegado á hacer á un pescador los mismos servicios que obtiene el cazador del halcon que ha enseñado. Esta pesca muy

usada en otro tiempo en Inglaterra, está todavía en uso (véase el grabado) en toda la parte oriental del Asia; el cuervo marino doméstico lleva al cuello un anillo bastante apretado; de pie en la extremidad de la navecilla que dirige su amo, zambulle, se lanza sobre el pez que ha distinguido, y le trae á bordo con una fidelidad cuyo mas seguro garante es el anillo que impide la entrada del pez en el estómago del cuervo marino.

La mayor parte de estas aves, tan buenas voladoras como nadadoras, buscan la sociedad de sus semejantes; fuera de la estación de sus amores, durante



Una escena de pesca del cuervo marino en los mares de la China

la cual están constantemente apareadas, se las ve casi siempre en pequeñas manadas. Su gran consumo de alimento se halla en el agua de los estanques, y esto les impide quedar mucho tiempo sedentarios en el mismo canton. El pez de que mas gustan es la anguila, al menos es el que mas á menudo se halla en el estómago de los cuervos marinos que se han examinado. Su carne fétida y negra es un alimento que repugna, y por eso no se usa mas que por necesidad. Este cuervo pertenece al pequeño número de palmípedos dotados de la facultad de posarse, y por eso se entregan al sueño en las playas desiertas; tambien en los árboles y en las hendiduras de las rocas, establecen sus nidos compuestos de yerbas situadas en medio de un grosero tejido de juncos. Su puesta ordinaria es de tres ó cuatro huevos perfectamente ovalados: el cuervo de la China tiene las partes superiores de un moreno negruzco; las inferiores blanquizas, manchadas de moreno y la garganta blanca; tiene el pico amarillo, iris azul, y pies negruzcos. A esta especie es á la que los chinos adiestran para la pesca.

(1) Los cuervos marinos presentan los caracteres siguientes: pico bastante largo, recto, comprimido, redondeado en la parte superior; mandíbula superior surcada, muy encorvada la punta; la inferior comprimida, mas corta, obtusa y poco curvada; narices lineales colocadas en la base del pico, que se cambia en una pequeña membrana que se extiende sobre la garganta que está desnuda de fás; pies cortos, robustos; cuatro dedos reunidos por una sola membrana, el exterior mas largo. Los cuervos marinos pertenecen á aquella pequeña division que Cuvier ha calificado de talpalmas, y que no pertenecen mas que á las aves cuya conformidad del pie ofrece la mas grande semejanza con la rama antigua.

SEMANA LITERARIA.

Damos principio en este número á una novela histórica de Alejandro Dumas, de cortas dimensiones, que no tenemos noticia se haya publicado hasta ahora en España, y cuyo interés es tanto, que bien puede colocarse al nivel de las mejores del autor. Tenemos otras tambien inéditas de este célebre novelista, y de varios autores de igual reputacion, asi nacionales como extranjeros, por manera que nos hallamos en estado de satisfacer cumplidamente aun á los mas exigentes aficionados á esta clase de lectura.

LA PESCA CON REDES.

NOVELA HISTORICA

POR ALEJANDRO DUMAS.

I.

Cuando tenia la dicha de habitar en Nápoles, plaza de la Victoria, fonda de M. Martin Zirr, piso tercero, frente por frente del Chialamone y del castillo del Huevo, todas las mañanas, en cuanto me despertaba, me asomaba á mi ventana, y dirigiendo mis miradas tan lejos como alcanzaba mi vista sobre aquel brillante y limpio espejo del mar Tirreno, me preguntaba á mi mismo, de donde podria venir el triste proverbio *Ver á Nápoles y morir*, precisamente en el pais mas alegre, indolente y feliz que hay en el mundo. A fuerza de reflexionar creia sin embargo haber encontrado el origen de aquel extraño y siniestro presagio, debido sin duda, á que no hay una sola época de la historia napolitana, en que por una ironía cruel de la naturaleza, aquella ciudad, tan feliz en la apariencia, no haya sido asolada por algun terrible azote; en que aquel pueblo tan apacible y tranquilo no haya sido agitado por las convulsiones y la guerra civil, y en que aquellas

aguas tan transparentes y puras no hayan sido enrojecidas con la sangre. Subamos únicamente algunos años, y veremos á Caracciolo ahorcado del mástil de un navío en medio de una escuadra empavesada con los mas brillantes colores. Subamos todavía mas y se nos presentará Masaniello envenenado entre las aclamaciones del pueblo de la ribera, y acibillado de balas al pie del altar. Si continuamos siempre subiendo, la imaginacion retrocederá horrorizada ante las luchas de los Anjou y de los Duras, ante los asesinatos y crímenes de las dos Juanas, constelaciones sombrías, que han dejado en el hermoso cielo de Italia un largo surco de sangrientos recuerdos. Detengámonos aqui, y desgaremos una ó dos páginas de esa espantosa historia. Es una narracion que nadie ha hecho, que nosotros sepamos: un drama sencillo y terrible que se desenvuelve en medio de los incidentes mas risueños y pintorescos: es un cuadro lúgubre, con los personajes adustos y mudos, y el fondo gracioso y espléndido.

Era el año de 1414. La noche del 25 de julio fué una de las mas ardientes del mes, cuyo calor es habitualmente sofocante en Nápoles, y que en aquel infausto año en que se coloca nuestra historia, escedió todos los grados de temperatura que la humana naturaleza puede soportar. El sol, rodeado de una aureola de vapores, encendido como el hierro que sale de la fragua, se habia sumergido con impaciencia en un mar de plomo derretido. Hubiérase dicho que el astro del dia, cuya aparicion ordinariamente es saludada con cánticos de alegría, cuya ausencia suele acompañar el poco grato sonido de las campanas, habia procurado sustraerse aquel dia al espectáculo de los padecimientos y maldiciones de los hombres. Pero la noche tan vivamente deseada, no habia traído ningun consuelo á la poblacion abrasada: una brisa imperceptible y ligera que habia vagado errante al declinar la tarde, semejante al aliento de un moribundo, acababa de extinguirse completamente, y la naturaleza yacia anhelante, inmóvil, estenuada, como una vírgen de la antigüedad

en poder de un dios desapiadado y vencedor. El golfo tan azulado, tan bullicioso y animado en mejores días, parecía á uno de aquellos lagos aplomados y malditos, como el Averno, el Fucino y el Aguano que cubren con una inmensa mortaja los volcanes apagados. Ni una vela, ni una luz, ni la canción de un pescador rezagado, rozaban su impenetrable superficie: un silencio sepulcral reinaba en la ciudad y en el mar, como si fuese otra Pompeya. El Vesubio producía un ruido sordo en sus inmensas profundidades, pronto á vomitar su abrasadora lava sobre la campiña ya medio seca. En las espaciosas llanuras de los Eliseos, los manes de los antiguos parecían regocijarse con aquella atmósfera de humo infernal que bien pronto no podría respirar ningún mortal. La Merjellina se cubría con un velo, el Pausilipo no se atrevía á mirarse en las aguas que le rodean, y la hermosa y voluptuosa sirena, símbolo de poesía y de amor, la madre del Tasso, la nodriza de Virgilio, parecía exhalar el último suspiro, semejante á Proserpina luchando por desasirse de los brazos de Plutón.

A medida que la noche avanzaba se apoderaba de los habitantes de Nápoles un entorpecimiento irresistible. Todos habían cedido á un cansancio que participaba mas de letargo que de sueño, se hubiera dicho que las estrellas temían mostrar su faz risueña y serena y que atravesaban débilmente el espeso velo de vapores, como los rayos de una lámpara que se está apagando, por medio de una doble pared de alabastro. Un resplandor incierto y blanquecino alumbraba confusamente los objetos, y el único ruido animado que se oía en aquella calma universal, era el sonido lento y monótono de la campana que marcaba la hora en el reloj del palacio. Sin embargo, á pesar de la postración general, velaba un hombre. El odio y la ambición habían hecho desaparecer para siempre de sus miembros la fatiga, el sueño de sus párpados, y el reposo de su corazón. De pie é inmóvil detrás de la ventana de una casita de Chiatamone fijaba obstinadamente sus ojos sobre un punto del horizonte hacia la parte de Caprea. De repente se despojó su frente de veinte y cinco años, sus cejas negras y fruncidas se dilataron, y una sonrisa de satisfacción se asomó á sus contraídos labios, porque había divisado á lo lejos, sobre el golfo, una lucecita que había brillado un momento en el horizonte, y se había desvanecido con prontitud, como los fuegos fatuos que no dejan rastro alguno de su paso. Indudablemente era una señal convenida, porque en el mismo instante el joven se estremeció, se apartó rápidamente de la ventana junto á la que estaba en observación, se embozó en una capa negra, colocó en su cintura una cuerda, tomó en la mano una tea y un estoque de tres filos, y avanzó con precavido y lento paso hacia el muelle de Santa Lucía.

El reloj de Pizza-Falcone daba lentamente la última campanada de las doce de la noche. El nocturno faro que el desconocido parecía aguardar con tanta impaciencia brilló segunda vez á mas corta distancia y desapareció de nuevo. Desgraciadamente nuestro joven al dirigir sus miradas por la ribera, no descubrió ni un bote ni una lancha amarrada á la orilla. Los pescadores y marineros ahuyentados por el *sirocco* habían ido á buscar en las grutas ó detrás de los escollos un abrigo y un poco de fresco. Además, aun suponiendo que hubiese encontrado alguno en aquella fatal noche, no habría sido fácil decidir de grado ó por fuerza á aquella persona á que se hiciese á la mar. El pescador napolitano teme al *sirocco* casi tanto como los lazzaroni á los esbirros, y con semejante tiempo un descendiente de Masaniello no hubiera tocado á un remo por todo el oro del mundo. Aun cuando se hubiese tratado de arrojar al diablo nadie se habría llevado la mano á la frente para hacer la señal de la cruz. Absorto en su profunda preocupación, el joven no había reflexionado en un obstáculo, que podía preverse muy bien atendido lo caluroso de la estación, y la pereza natural de las gentes del país. ¿Qué debía, pues, hacer? Ponerse á buscar á los ausentes podía prolongar demasiado la expedición, y le esponsa á ser reconocido. Esperar en el puerto y hacer desde él la señal al barco misterioso que venía á su encuentro era un partido por que no se atrevía á decidirse, porque la conversacion que iba á entablar no debía tener mas testigos que el cielo y el mar.

Mientras recorría la ribera entregado á la mayor agitación, al pasar casualmente al lado de un poste al que por lo comun solía sujetarse algun buque de gran porte desmantelado ó en estado de reparacion, descubrió una barca medio encallada en la arena, y en el fondo de ella un joven barquero como de diez y ocho á veinte años, que dormía profundamente. Lo que podía ver de sus facciones y figura al través de la fosforescente claridad de aquel aire abrasado, inspiraba interés y simpatía. De su largo gorro encarnado se desprendía una espesa y rizada cabellera negra. De su cuello robusto y bien modelado pendía un escapulario con la imagen de la virgen del Carmen. Su vestido se componía de una especie de cha co de paño encarnado y unos calzones anchos de tela rayada que le llegaban hasta un poco mas abajo de las rodillas: los brazos, pecho y piernas del pescador estaban enteramente descubiertos. Al ver aquel encuentro inesperado y milagroso, el hombre de la capa negra aunque tuviese grandes deseos de rodearse del silencio y del misterio, lanzó una exclamación de júbilo. Ya era tiempo: el barco extranjero que conducía hacia él al esperado mensajero, había llegado á la mitad del golfo, y hecho la tercera señal. El desconocido dobló el paso, se incli-

no con presteza hacia el dormido barquero y le sacudió con fuerza agarrándole de un brazo.

—Excelencia, murmuró el pescador maquinalmente, vedme aquí: estoy pronto, señor excelentísimo.

Y despues de dos ó tres ensayos infructuosos para abrir los ojos y sostenerse sobre sus pies, abrumado del fatiga y de sueño, se tambaleó y volvió á caer en el fondo de la barca.

—Levántate, muchacho, necesito tu barca, dijo el desconocido sosteniéndole por la cintura: no hay que perder tiempo, vamos, echa pronto el remo al agua y marchemos.

—Hablaís muy bien, señor, dijo el pescador que comenzaba á despertarse y á fijar sus miradas sobre su interlocutor que no le parecía merecer ya el tratamiento de excelencia; hablaís muy bien en cuanto á vuestro negocio, pero antes de despertarme tan bruscamente, me parece que hubiérais obrado mejor informándome si me encontraba dispuesto á trabajar en semejante noche, en que aun las almas del purgatorio, que deben estar bien acostumbradas al calor, no se atreverían á dejar sus hogares aunque fuese para ir al paraíso.

—¿Y cómo, bellaco, podía adivinar tus intenciones sin despertarte? contestó el joven caballero, pudiendo apenas reprimirse.

—Entonces valia mas que me dejáseis dormir.

—Por vida del demonio! dijo el desconocido dando un fuerte golpe con el pie, ¿no estás ahí, bribon, para servir al público?

—Durante el día podrá ser, mas por la noche soy libre. Asi, pues, si no tienes nada mas que decirme, concluyó el pescador, que se había despertado completamente y pasado sin mucha ceremonia desde la excelencia hasta el mas sencillo tuteo, puedes irte con mil diablos.

—Vamos, vamos, repuso el desconocido viendo que no era prudente irritar á un hombre de quien tenia tanta necesidad, házme este pequeño favor y tele recomendaré como quieras.

—¿Me darías una onza? preguntó el pescador con tono chocarrero.

—Aunque sean dos con tal de que te despaches.

—Entonces ya es diferente, replicó el barquero dirigiendo una mirada fija y penetrante sobre el desconocido y podemos entendernos.

Y añadió en tono muy bajo.—O este hombre es un príncipe disfrazado, é un presidiario que se ha fugado.

—Vamos á ver si acabas, desdichado, dijo el desconocido entrándose de un salto en la barca.

—Aguardad un momento, señor mío: ¿vamos muy lejos? porque en verdad, esta noche, aun con la mejor voluntad del mundo, no puedo mover los brazos.

—Dos millas á lo sumo.

—Dos millas de ida y dos de vuelta.... hacen cuatro: dejadme buscar un compañero.

—Es inútil, yo mismo te ayudaré, dijo el joven tomando un remo y haciendo con un solo golpe partir la barca tan ligera como una flecha.

—¿Y me daréis como hemos convenido dos onzas.

—Hé ahí cuatro, respondió el desconocido arrojándole su bolsa con desprecio, y te prometo tres tantos mas cuando estemos de vuelta: silencio y buen ánimo.

—Perdonadme, excelentísimo señor, respondió el pescador avergonzado, y lleno de asombro y aun de cierto despecho. Verdaderamente estaba todavía dormido.... no sabia en donde tenia la cabeza.... lo siento en extremo. Volved á tomar vuestro oro: me he cansado. Ahora voy á manifestaros que sé servir bien al que me busca, y cumplir con mi deber (hablando asi remaba con todas sus fuerzas. ¡Qué diablos!... yo no soy judío y deseo salvar mi alma. Una piastra es bastante.... es quizá demasiado. Es verdad que por la noche no hay tarifa; pero yo no pido muy caro á nadie y si no fuera porque mañana es día de fiesta y se anuncian grandes diversiones públicas, una procesion, carreras y una hermosa pesca con redes, no os hubiera pedido mas que un carlino por milla, que es el precio ordinario. Pero me hallo sin un cuarto, porque todo lo he dado á mi padre y mi hermano menor.... muchacho holgazán... de que no os podeis formar una idea... todo cuanto yo tenia...

Mas el desconocido no escuchaba ya sus palabras. Viéndose á dos ó tres tiros de ballesta del punto á donde queria llegar, sacó su eslabon, dió golpes con él en la piedra, encendió su tea y la agitó por encima de su cabeza. Al punto se vió resplandecer á dos ó trescientos pasos un segundo fanal, y una barca impelida por vigorosos remeros, atravesó rápidamente la distancia que separaba á los dos misteriosos personajes de aquella cita nocturna. Entonces pudo percibirse sobre la popa del barco que venia de Caprea, un anciano como de sesenta años, con la barba y cabellos blancos, la espalda encorvada, vestido con una especie de hábito, y cubierto con una caperuza ó capucha larga.

—Apaga tu antorcha, dijo el anciano con voz baja, toda precaucion es poca.

—No me desagradaría examinar tus facciones, respondió el joven, y ver desde luego con quien tengo que entenderme.

—¿Y para qué si no me conoces? antes de explicarme te diré mi palabra de orden, y si la tuya no corresponde con la mia, no pasaremos mas adelante y me volveré como he venido.

—Es muy justo, dijo el joven arrojando su tea al mar; he aquí no obstante el inconveniente de no conocer las gentes de que uno se sirve, y de escoger los agentes por medio de procurador.

—¿Dios mío!... replicó el anciano con una sonrisa irónica; eso nos sucede con bastante frecuencia, pues ni conocemos á nuestros amigos, ni á los que nos sirven, ni á los que nos perjudican. Desgraciadamente no siempre hay una palabra que sirva de seña para salir de embarazos.

—Dime, pues, la tuya, astrólogo: *Ant Cesar, ant ni hil.* ¿A ver la tuya?

—Tres veces maldito, una vez condenado.

—Está bien; y poniéndose de un salto en la barca del joven con una fuerza y ligereza que no debía esperarse de un hombre de su edad; el anciano hizo seña á sus dos marineros para que se retirasen inmediatamente y no volvieran hasta que los llamase con un silbido.

Cuando la barca que había conducido al extranjero estuvo fuera del alcance de la voz, el anciano hizo un gesto significativo para indicar la presencia del barquero que estaba de mas en la conversacion que iba á seguir.

—Habla con seguridad, dijo á media voz el joven, respondiendo de la discrecion de ese hombre.

Si el pobre pescador hubiese podido oír aquellas palabras, ó ver la fatal sonrisa que las acompañaba, hubiera empleado los pocos momentos de vida que le quedaban en encomendar su alma á Dios; pero tenia veinte años, se sentia fuerte con su inocencia, y amaba á la mas hermosa lavandera de Nisida: así es, que en aquel instante terrible en vez de pensar en su alma, pensaba tranquilamente en su bella prometida.

—Habla, repitió el joven con tono imperioso: ¿qué noticias me traes de nuestro conquistador?

—Monseñor, murmuró el anciano con voz lenta y lúgubre, desde que el enviado de V. E. vino á ponerme á vuestro servicio, no he cesado de observar los astros para....

—Yo te he tomado para que observes las acciones del rey, y no el curso de las estrellas.

—Pero, monseñor, yo me llamo Galvano Pedicini, soy médico y astrólogo....

—Y yo te pago como espía y como envenenador.

—Perdonadme; excelentísimo señor, me haceis merced de la mitad: hasta ahora he consentido en teneros al corriente de los progresos de Ladislao en la guerra de Toscana: en cuanto al otro punto jamás se ha tratado de él ni en vuestras cartas ni en vuestros mensajes.

—Eso se daba por supuesto, y he aquí por que antes de darte mis últimas instrucciones, he querido hablarte por mí mismo, y no fiarme ya de ninguna mediación.

—Me hallo pronto á recibir las órdenes de V. E. pero debo deciros, monseñor, que si los servicios que esperarais de mí, son de tal naturaleza que puedan turbar mi conciencia, entonces la probidad me impone....

—¿El pedir un precio duplicado?... es muy justo. Veamos ahora como has desempeñado tu primera comision. ¿Qué os han dicho hasta el presente las constelaciones, mi señor astrólogo?...

—¡Ay!... Monseñor, continuó el mágico con voz doliente, los astros me han engañado otra vez, ó mas bien, puesto que las constelaciones son infalibles, yo mismo, en mi aceleramiento por descubrir el porvenir, he debido cometer algun error en mis cálculos, y os habia predicho que el orgullo y el poderío de Ladislao se estrellarian contra las murallas de Bolonia.

El eclipse total de Marte no admitia dudas en cuanto á eso. Pues bien, á pesar del eclipse, tengo el dolor de anunciaros que el rey....

—Ha tomado no solo á Bolonia sino tambien á Siena....

—¡A Siena tambien!... exclamó el astrólogo con asombro y terror: ¿quién os lo ha podido decir?

—¿Quién me ha dicho que habia tomado á Bolonia?

—Vos sabiais, pues....

—Que los vientos te sirven tan mal como los astros.

—No es posible.

—Si todavía lo dudas, entra mañana en la ciudad, y si un hombre que como tú ha vendido su alma á Satanás, no teme entrar en una iglesia, verás que yo y la princesa regente acompañados de toda la corte, iremos á dar gracias á Nuestra señora del Carmen, por la doble victoria que ha tenido á bien otorgar á su magestad herética, nuestro augustó amo, tres veces escumalgado.

—Paciencia, murmuró el hechicero, cogido en falta: si me encuentro con vos en descubierto de dos victorias, vos tambien, monseñor, lo estais conmigo en dos meses de paga.

—Si, pero yo, dijo el joven, enseñándole una bolsa llena de oro, vengo á reparar mi descuido.

—Y yo tambien espero hacer que se perdone el mío. —Veamos.

Aunque monseñor se halla tan bien informado de los progresos del rey Ladislao, quizá no tendrá un conocimiento tan exacto de sus intenciones. No sabe monseñor tal vez que Ladislao, inmediatamente despues de esta campaña, renunciando á sus vastos planes de conquista, piensa volver á Nápoles cuando menos se le espere. ¿No es verdad que monseñor no sabia esto?

—No, pero lo supongo.

—Monseñor no supondrá que en el momento en que regrese el rey, confiará el gobierno á un hombre firme y adicto, y mandará á su augusta hermana Juana de Duras, que no se mezcle mas en la política.

—No, pero lo temo.

—¿Y monseñor no teme que el rey principie por hacerle ahorcar?

—No, pero en todo caso lo evitaré.

—¿Y cómo, señor excelentísimo?
—Escucha, ¿tus remedios son infalibles?
—Mucho mas que las estrellitas.
—¿Tu profesión de astrólogo te permite un libre acceso al lado del rey?
—De día y de noche.
—¿Qué precio pides por encargarte del rey Ladislao?
—¿Me entiendes?
—No pido mas que desempeñar cerca de V. M. cuando haya podido sentarse al lado de Juana en el trono de Nápoles, el mismo empleo de astrólogo que sirvo ahora al lado de Ladislao.
—Si, añadió el joven sonriéndose, pero no el de médico.

El anciano alargó su descarnada mano, tomó la bolsa que le presentaban, y despues de dar un silbido á sus dos marineros se despidió de su interlocutor.

—Adios, Galvano, le dijo éste viéndole alejarse.
—Hasta la vista, Pandolfello, murmuró el mágico con un acento extraño y una sonrisa diabólica.

El joven se volvió de repente hacia aquel magnífico anfiteatro de casas, jardines, villas é iglesias que se estiende desde Portici al Pausilipo, abrazándolo todo entero con una mirada ambiciosa y codiciosa.

—Para mí, Nápoles!... dijo, ¡para mí la reina!... ¡para mí el reino!...

Despues, acordándose de que no está aun concluido todo, y de que había un hombre de mas entre los vivos, dió un golpecito en la espalda al barquero, que casi había olvidado en el fondo de su barca, y que parecía sumergido en el mas profundo sueño.

—Bastante has dormido, muchacho, gritó el joven favorito con voz siniestra. Toma tu remo y volvámonos á la ribera.

El pescador no había cerrado los ojos ni un solo instante. Por el tono con que su extraordinario pasajero había pronunciado aquellas palabras, comprendió que ya no tenía ninguna esperanza de salvacion. Aun cuando hubiera hecho todo lo posible para que ninguna palabra de aquella terrible conversacion llegase hasta sus oidos, desde el momento en que su fatalidad le había escogido para ser testigo de un secreto de muerte, estaba perdido. Asi fué que no se dejó engañar ni un solo instante por la hipócrita dulzura de su compañero. Volvió, pues, á tomar tristemente sus remos, dirigiendo con precaucion sus miradas por todas partes para ver si descubria una barca, una luz ó un eco lejano. Pero nada: todo era silencio y soledad. Espiaba un momento favorable para arrojarle de improviso sobre aquel hombre, é intentar una resistencia desesperada, ó bien para arrojarle al mar y salvarse á nado, pero el favorito le estrechaba muy de cerca, y veía brillar en su mano un largo estoque que le hubiera introducido en la garganta al menor movimiento. Cuanto hubiese intentado para defenderse, solo habría servido para acelerar su muerte. El pescador dirigió una súplica mental y suprema, y continuó remando, y al observar que se aproximaban á la playa, sin que se viese en ella alma viviente, presentó su pecho á su compañero de viaje, y con voz reposada le dijo:

—Sé, monseñor, la recompensa que me aguarda por haberos conducido á vuestra cita: solo y sin armas, no puedo resistir ni defenderme. He hecho lo posible para no ver ni oír nada, pero he debido comprender demasiado que se trataba de un secreto terrible. Os juro por la memoria sagrada de mi infeliz madre, por Dios y por todos los santos del paraíso, os juro, señor, que jamás trataré de penetrar los misterios de esta noche, y que de mis labios no se escapará ni una palabra que pueda comprometeros, aun cuando me quebrasen los huesos con una rueda. No temo á la muerte, pero os ruego me perdoneis, no por mí, sino por mi padre de quien soy el único apoyo. Es un veterano mutilado que ha perdido ya dos hijos en servicio de su patria, y que ya no tiene brazos para ganarse el sustento. Gracias por él y por mi joven hermano, monseñor, y Dios tendrá misericordia de vos en este mundo y en el otro: ademas latirán tres corazones que rogarán por vos noche y día: escuchad la voz del inocente, y fíaos en la palabra del pobre barquero.

—¿Quién es tu padre? preguntó el favorito acercándose cada vez mas al pescador.

—Giordano Lancia. ¿Habeis oido por ventura pronunciar su nombre?...

—Lancia, exclamó el joven con acento de rencor y de cólera. Si, le conozco muy bien: me ha salvado la vida...

—En ese caso si y muerto, contestó el pescador suspirando. Y en efecto, antes que tuviera tiempo de dar un grito, el desconocido le atravesó el corazón con su puñal.

Despues dejándole caer al mar, dirigió con rapidez la barquilla á un sitio solitario y llegó á su casa, para presentarse al día siguiente temprano, como tenía de costumbre, al tiempo de levantarse la regente.

II.

La hora del medio día acababa de dar en el reloj de la iglesia de la *Incoronata*, y en el mismo instante, y como para atestiguar la exactitud del antiguo reloj gótico, se oyó de repente el repique inmenso, universal y atronador de las innumerables campanas que en todos tiempos han herido los oidos de los napolitanos, y especialmente en la época bastante remota de la historia que nos ocupa. Despues de una noche como la que acabamos de describir, puede imaginarse que la sucederia un día caluroso é intolerable. Sin embargo,

en los barrios situados á orillas del mar, el calor era menos sofocante. Una brisa casi insensible y que no tenía bastante fuerza para arrugar la superficie del golfo, parecía suficiente para los pulmones de aquellos hombres habituados á una temperatura que pudiéramos llamar propiamente infernal. La mas delgada sombra proyectada por la caña de una columna ó por la cornisa de una ventana, un abanico improvisado con algunas ramas de adelfa, la vista de aquellas aguas serenas y limpias que convidaban á los nadadores con todo el atractivo de una joven risueña y coqueta, era mas de lo que los napolitanos necesitaban para desafiarse la canícula, y pasar la vida con paciencia. Ademas se habían adoptado todas las precauciones de costumbre en las grandes solemnidades, para preservar á una parte de la ciudad de una lluvia de fuego, que el leon celeste deja caer sobre los pueblos abatidos, al sacudir su melená. Todas las calles que se estendian desde el real palacio de Castel-Nuevo hasta la iglesia del Cármen, estaban cubiertas por grandes toldos listados con mil colores: flores y arbustos se hallaban esparcidos por el suelo, sobre el que por una especie de comodidad verdaderamente sibarítica, se había estendido una doble capa de arena fina y húmeda: fuentes construidas á la ligera por medio de tres ó cuatro toneles colocados unos sobre otros, arrojaban por las bocas de sus tritones de yeso una plateada cascada que servia para refrescar la atmósfera y regar á los que paseaban. Todos estos aparatos anunciaban evidentemente alguna fiesta extraordinaria, algun regocijo público, ó el cumplimiento de un deber imperioso y solemne, que no se había creído oportuno diferir para momento mas favorable. En efecto, la regente Juana de Duras, sobrina de la terrible Juana I, de homicida y adúltera memoria, despues de recibir en cuanto se levantó á los grandes funcionarios de la corona, y los principales barones del reino, se trasladó con extraordinaria pompa, y seguida de toda su corte, á la iglesia de nuestra señora del Cármen, para dar gracias á la milagrosa imagen que en ella se venera, por la doble victoria que había conseguido su hermano y señor, Ladislao I, rey de Hungría, de Jerusalem y de Sicilia.

La noticia había llegado la víspera, é inmediatamente se dió orden de comunicarla al pueblo por medio de una fiesta improvisada, y dar gracias á Dios con una ceremonia piadosa y solemne, lo cual probaba á un mismo tiempo la devocion de Juana, y su inmenso amor fraternal. El acompañamiento había atravesado una vez los malecones, para ir á la plaza del Mercado, y la multitud cuya curiosidad estaba muy lejos de quedar satisfecha con aquel primer espectáculo, aguardaba con impaciencia el regreso de la brillante cabalgata. Sin embargo, algunos grupos mas indolentes ó desdenguados, se separaban de la masa de los espectadores y se entregaban á sus ocupaciones, completamente extraños al bullicio que reinaba en derredor suyo; escepcion tanto mas chocante, cuanto que formaba un singular contraste con la curiosidad general. Era un *aparte* en aquel coro de gritos de todas clases, un horizonte de cuadro en desacuerdo con los primeros planes, contra todas las reglas del arte, y aun diríamos mejor de la naturaleza. Uno de aquellos grupos le formaba una docena de pescadores á quienes se reconocia fácilmente por su tez tostada por el aire solano, por sus largos gorros encarnados, y la dulce y monótona melodía con que se movian lentamente sacando sus redes del mar. Se mantenian separados en un pequeño rincón de la playa, y para disminuir la fatiga que el calor hacia insostenible, se dividian en dos trozos ó pelotones que se relevaban puntualmente de cuarto en cuarto de hora. Los pescadores que tenían derecho al descanso, iban á sentarse á la sombra debajo del arco de un puente medio hundido, y formaban círculo en derredor de un personaje que animaba en gran manera su recreo. Era un veterano de Avelino, de facciones duras y bronceadas, cabello blanco y encrespado, y pecho ancho y musculoso. Bastaba echar una ligera mirada sobre aquel hombre para convencerse de que había debido tomar una parte activa y gloriosa en todas las guerras, que medio siglo hacia agitaban á su desgraciado país, codiciada presa de tantos príncipes y pueblos diversos. El número de las cicatrices que en todas direcciones cruzaban el cuerpo del anciano, ere verdaderamente prodigioso. Las había tan profundas, que manifestaban haberse abierto muchas veces, como si el hierro del enemigo, no encontrando ya mas sitio, se hubiera visto obligado á penetrar por la misma herida. Sus brazos y sus piernas, cuyos huesos fracturados se habían colocado bien ó mal, parecían á las ramas nudosas y quebradas de un viejo tronco hendido por el rayo. ¿Por qué lazos misteriosos y desconocidos el alma de un cristiano podía hallarse retenida en aquel conjunto de miembros mutilados, en aquellos restos de amazon humana, en aquella ruina viviente? Era un secreto de la Providencia. Lo que era incontestable, que andaba, hablaba, regañaba, y acusaba á todos con impotente ó irrisoria cólera. Hacia ya algunos días que el rencor y los arrebatos del anciano habían llegado á tal grado de exasperacion, que el mayor de sus hijos, el barquero, apenas podia calmarle. ¿Era acaso efecto de un nuevo pesar, cuya causa ignoraba el joven? ¿Era tal vez alguna nueva escapatoria de Peppino, muchacho holgazán é incorregible, verdadero lazaroni en toda la estension de la palabra? Nadie sabia lo mas mínimo; mas sin embargo, la última de sus dos conjeturas era la mas probable, porque siempre que el barquero se alejaba para pescar ó conducir pasajeros, el padre irritado lanzaba una mirada

severa y de desprecio sobre el último y el mas indigno de sus hijos. Sea como fuere, las espresiones de veterano eran tan violentas, que á otro cualquiera que no fuese él, le habrían costado bien caras. Pero la única venganza que solian tomar de sus estériles quejas, era entregarle como un juguete á la burla del populacho, que solia aprovecharse de la ausencia del barquero, ó de la debilidad del lazaroni, para escitar los denuestos del buen hombre, y escuchar riéndose sus bravatas.

En aquel momento el anciano Giordano Lancia (porque era el mismo) se encontraba sin defensa. Su hijo Lorenzo, que así se llamaba el barquero, estaba ausente desde la víspera, y no había vuelto todavía, lo cual le ocurría muy á menudo, pues el pobre joven tenía que trabajar para tres, y aun así, á duras penas podia mantener á su achacoso padre y á su hermano. Inquieto é incomodado mas que de ordinario el viejo Lancia, dirigia desde el mar á la ribera, y desde esta al mar, el único ojo que le quedaba, pues un fuerte golpe de partesana le había reducido al estado de cíclope. Sentado sobre un banco de encina carcomido y cojo, digno pedestal de semejantes restos, el soldado no hacia caso de las burlas y provocaciones de los que le rodeaban. Absorto completamente en sus ideas, parecía olvidar el lugar en que se hallaba, la causa que á él le había conducido, y las palabras que acababa de cambiar con algunos pescadores que sacaban las redes. En fin, despues de muchas preguntas que quedaban sin respuesta, y despues de algunos minutos de aquella inspeccion continuada y silenciosa, Lancia dejó escapar un grito de satisfaccion, y casi al mismo tiempo un lazaroni de doce á trece años, cuyas delicadas facciones, agradable sonrisa, y su aire casi femenino, contrastaban completamente con la fisonomía dura del soldado, se puso á su lado de cuatro saltos, y se echó á sus pies como un galgo fatigado de la carrera.

—Y bien ¿qué hay? dijo el viejo con tono severo.

—No le he encontrado; pero su novia, la linda lavandera, me ha dicho que le vió ayer tarde; Lorenzo estaba alegre y bueno como de ordinario, y esperaba trabajar mucho por la mañana por que...

Al decir esto el niño se detuvo tímido y confuso.

—Por que... le dijo el padre con una voz fuerte y destemplada.

—Por que me ha prometido un gorro nuevo para hoy, en que todo el mundo se compone para ir á la fiesta.

—Miserable bribon, por tí se mata siempre á trabajar ese pobre muchacho. Tú conseguirás que sucumba.

—Pero padre mio...

—Cállate, cobarde, haragan, incapaz.

—Pero padre mio, ¿tengo yo la culpa de no poderme ganar la vida? Nadie me quiere ni para remar ni para sacar la red. Los mas vigorosos no encuentran ocupacion ni trabajo, y ó se pudren en el suelo, ó se hacen matar en la guerra. Y si yo me separase de vos, ¿quién sostendria vuestros pasos? ¿quién os defenderia contra los insolentes que os faltan al respeto?

Una risa estrepitosa y universal fué la acogida que obtuvo la última excusa del niño. Coloreáronse sus mejillas, se levantó lleno de vergüenza y de cólera, y enseñó los puños á los que se burlaban, los cuales no se dignaron hacer ni un solo gesto para rechazar aquella demostracion de furor.

—Echate, miserable, gritó el padre con voz de trueno; échate, mal perro, en dónde estabas antes. ¡Hé aquí el apoyo que tú me das; excelente defensa!...

—Pero, padre mio, balbuceó el niño, dejándose caer en el suelo con un movimiento convulsivo.

—¡Silencio!... ¿quieres que les refiera tu último rasgo de valor?...

—Perdon, padre mio, murmuró el lazaroni con voz suplicante, y se puso á besarle las rodillas para enternecerle.

—Veamos, veamos, Lancia, gritaron los pescadores acercándose al anciano, dejad en paz al pobre Peppino, y hablemos de nuestro negocio. Lo convenido, convenido.

—Teneis mi palabra, contestó el soldado con gravedad, y apaciguándose gradualmente; aunque á decir verdad, añadió volviendo la vista en direccion de la iglesia, en la que acababa de entrar la corte, valdria mas reservar el convenio para otro momento. Hoy reza el diablo.

Los pescadores se miraron sonriéndose.

—¡Ah! ¡Ah! no reparéis en eso; haced vuestra señal de la cruz, y el diablo no se mezclará en nuestros asuntos.

—Para hacer la señal de la cruz, sería preciso tener brazos, amigos míos, y yo no los tengo. Asi, me contentaré con rogar mentalmente al Señor, que envíe, aunque no sea mas que por tres minutos, un buen temblor de tierra, cuando la corte vaya á pasar por debajo de la cúpula del Cármen.

—Eso no es de un buen cristiano, y mucho menos de un buen soldado. Volvamos, si os place, á nuestro convenio; ¿quereis correr sus eventualidades?

—Ya os he dicho que teneis mi palabra.

—Todo el pescado que saquemos en la red que vamos á echar, sean veinte *rotoli*, sean dos libras, es vuestro, teneis el derecho de llevároslo á venderlo, mediante seis carlinos de vuestra moneda. Si no sa-

camos mas que guijarros, el precio será el mismo ¿os acomoda?...

—Tocad aquí, gritó vivamente el anciano, estendiéndole su brazo mutilado.

—Olvidais que no teneis ya manos, pero esto no importa, porque vuestra palabra es buena, y ademas debéis encontraros con fondos, pues hoy es día de paga para los veteranos. Así, pues, continuó el pescador, dirigiendo una mirada á sus compañeros, toda la pesca contra seis hermosos carlinos, con el busto de ese buen Carlos de Anjou, cuya alma tenga Dios en su eterno descanso.

Y recalcó maliciosamente estas dos últimas palabras.

—El alma de Carlos está en lugar seguro, respondió el viejo con una risa irónica, y espero que toda su raza irá bien pronto á reunirsele.

—¡Oh! ¡Oh! repitieron muchas voces, eso nos parece oscuro.

—Hé aquí lo que son los soldados, dijo el pescador que primero había tomado la palabra, jamás vais al sermón, señor Lancia, ni os habeis encontrado en el Molo un domingo despues de vísperas, cuando el padre Girolamo, por media libra de pescado por cabeza, viene á referirnos cosas tan escelerentes de esos buenos amos que Dios nos ha enviado desde el fondo de la Provenza, verdaderos santos de padres en hijos.

—Si, si, es verdad, murmuró el soldado con voz apagada; ¡el rey Carlos era un gran rey! ¡Un rey de la rama menor como ellos dicen! Protegia á los pobres pero maltrataba á sus hijas en secreto: creaba nobles, pero los despojaba de sus privilegios; fundaba conventos, pero aprisionaba á Santo Tomás de Aquino. Si, ha fundado dos magníficas iglesias, la del Carmen, en la misma plaza en que había hecho decapitar á Conrado, monarca legítimo, y la de San Lorenzo, donde se reunian en otro tiempo los nobles y el pueblo en el antiguo palacio comunal; si, el padre Girolamo tiene razon; ved ahí dos altares que hacen bendecir la memoria de su santo fundador; ved dos capillas preparadas de antemano con solicitud verdaderamente paternal, para los dos últimos descendientes de ese buen rey, Juana y Ladislao; hoy la hermana ha ido á orar al Carmen; la hija del asesino sobre la tumba de la víctima; mañana tal vez el hermano irá á hacer oración á San Lorenzo, el hijo del usurpador sobre la tumba de la libertad!...

Cesaron las risas y cuchicheos, y fué estrechándose el círculo en derredor del anciano.

—Si, continuó, son reyes muy nobles de padres á hijos... En efecto, Carlos II, ese maldito cojo.

—¡Oh! en cuanto á eso tambien cojeais vos, señor Lancia.

—Yo he cojeado por primera vez al levantarme del campo de batalla, en que había caído todo ensangrentado. ¡Pero él!... Dios le marcó desde su nacimiento. Ese maldito cojo oprimió de tal modo al pueblo, que levantándose como un solo hombre, exterminó hasta el último de sus opresores.

—El pueblo tuvo razon, gritó el auditorio.

—¿Y Roberto no ha usurpado á su vez el trono que pertenecía á su hermano primogénito? ¿no atrajo la guerra, la desolacion y la miseria sobre nuestro desgraciado país? ¿Y Juana su digna hija, la digna tia de esa otra que lleva su nombre, y que la ha escedido ya en virtudes, no ha ahogado á su marido? ¿Y cuando el pobre Andrés, viéndola ocupada en teger un cordon de seda y oro, la preguntó para qué podía servir, no respondió con la mas infernal impudencia: es para ahorcaros, monseñor?...

—¡Qué horror! dijo todo el círculo aterrado.

—Es verdad, prosiguió el anciano, que Carlos III, su querido hijo adoptivo, padre de los principes que nos gobiernan, ahogó despues á Juana, que no le había hecho mas mal que salvarle la vida siendo niño, y haberle dado un reino, mas ¿qué quereis? el reconocimiento es hereditario en esa familia. Así es que Carlos III no tardó mucho en recibir la recompensa de su buena accion. La viuda de Andrés le regaló la corona de Nápoles, y la viuda del hermano de Andrés la de Hungría. Pero no tuvo tiempo de pagar este segundo beneficio como había pagado el primero, porque un momento despues de haber brindado á la salud de la reina Isabel y su hija María, ambas señoras levantaron á un mismo tiempo su vaso, y á aquella señal, un soldado que se hallaba oculto detras de él, levantó el hacha y le dividió el cráneo. Y luego, como no muriese tan pronto como descaban sus parientas, se le arrastró á un calabozo y se envenenó su herida. ¿No es verdad, hijos míos, que la genealogia de nuestros buenos principes no puede ser mas edificante, y que yo conozco un poco mejor nuestra historia que el padre Girolamo?... Ya veis que todo lo que os digo vale lo menos dos libras de pescado por cabeza, pero soy un pobre soldado, y me contento con comprar el que cómo.

Los pescadores que habían tratado de divertirse, incitando al anciano para que prorumpiese en locas amenazas, permanecian inmóviles y como clavados por el asombro y el terror. Pero el cuarto de hora de reposo había pasado, y era preciso relevar á los que trabajaban en las redes; levantáronse, pues, preocupados con las graves palabras que acababan de oír, y volvieron á comenzar lentamente su faena, y su monótona cancion. Los recién llegados se acomodaron en la arena, y la conversacion interrumpida un momento, continuó bajo otro tono.

(Se continuará).

Costumbres.

UN DIA DE TOROS EN MADRID (1).

Tiempo ha que el deseo de bosquejar un cuadro bajo las condiciones que impone el título que acabamos de escribir, nos traía desasosegados é inquietos, y mas de una vez hemos arrojado el lienzo dispuesto ya para este trabajo. Hasta el momento de empezar el boceto, nunca teníamos por árdua la empresa; pero llegado ese caso nos decíamos á nosotros mismos: el trabajo es inútil; para los españoles el cuadro será siempre incompleto, pálido y desentonado: para los extranjeros será confuso, y se vengarán de la copia hablando mal del original. Estos temores nos hacian abandonar el proyecto, y hasta llegamos á formarnos el compromiso de no escribir el artículo; pero hoy hemos resuelto faltar á nuestra palabra. La inclinacion ha triunfado de los dos razonamientos; nos creemos incapaces de seguir pintando cuadros de costumbres nacionales, sino destinamos el primer lienzo de nuestra galería al verdadero espectáculo español. Para merecer con menos injusticia el título de escritores populares, necesitamos solicitar la confirmacion del público, intentando bosquejar un cuadro de las fiestas de toros. El tribunal que ha de juzgar nuestro trabajo es mas numeroso que de ordinario; todos los españoles son votos competentes en el asunto, y por difusos y minuciosos que seamos, el público sabe de memoria y con creces cuanto podamos decirle. Sin embargo, estas consideraciones tampoco menguan nuestro propósito, antes por el contrario nos facilitan el desempeño. Y como quiera que la materia es larga y el espacio corto, sin mas preámbulos, queremos dar principio á la tarea.

No nos entrometeremos en la historia de las luchas del hombre con el toro, ni en averiguar si los romanos fueron los primeros que alancearon esas fieras en nuestro suelo, ó si no se conoció esa diversion hasta que vinieron los africanos; ni si don Juan II las protegió mas que Carlos V, ó este menos que Felipe II, Felipe III y Felipe IV; ó ninguno de ellos como Carlos II. Consecuentes con nuestra mania de respetar el polvo que cubre los cronicones en las bibliotecas, nos basta saber que hoy lucha el hombre cuerpo á cuerpo con el toro, y que el estudio y la práctica han hecho un arte de lo que solo era una fiesta bárbara y una serie de lamentables desgracias. Pero no queremos tiranizar al lector, ni hacerle cómplice de nues-

desde el caballo, le ha de valer para decir si el picador de ahora saca la puya que marca la estacion, ó si remata ó no los toros; ni el indagar si en las bodas de Alfonso VII hubo corridas de toros en Saldaña, les ha de servir para saber si el diestro de á pié recibe ó no recibe la fiera al buscarla para darla muerte. Pero quedémosle sentado que no queremos privar al dicho lector de la citada prerogativa, siempre que se retire de la Biblioteca, hambriento de lectura para pasar la vista por los siguientes renglones.

Empecemos el cuadro:

Para pintar un día de toros en Madrid, nos bastaría un lienzo de cortas dimensiones; para la obra que nos hemos propuesto, es necesario un lienzo colosal. Un día de toros no tiene 24 horas como los ordinarios



tiene las 24 horas de todos los días de la semana. El verdadero aficionado encuentra en esa diversion un oficio, con el que todos los demas son incompatibles. Para desempeñarle dignamente, necesita distribuir la semana del modo siguiente:

El lunes por la mañana, observar el estado atmosférico y calcular si las nubes que se ven en lontananza, llegarán á Madrid, antes de empezarse la corrida; sino hay peligro de que se suspenda la funcion, frotarse las manos, (símbolo europeo de felicidad completa) y salir de casa á saludar á los que despachan los billetes en la calle de Alcalá. A las doce á ver el apartado de los toros que han de lidiarse por la tarde; comer luego de prisa en su casa ó en la misma plaza, y mirar el reloj á menudo para no llegar tarde al gran espectáculo. El martes salir de casa temprano para informarse de la salud de los lidiadores que se retiraron estropeados, y disputar el resto del día sobre los incidentes del día anterior. Es de rigor el miércoles ir á la Muñozá á ver elegir el ganado para la corrida de la semana próxima. El jueves le falta tiempo para poner las escencias de los toros

que no ha elegido y hablar de las suertes atrevidas que pudo haber hecho desde el caballo. El viernes va á las esquinas á leer los carteles que sabe de memoria, y á informarse de que color piensa vestir el primer espada, y si el picador estrena la moña que le regalaron los aficionados del 5.º tendido. Hacer el sábado una visita á la plaza es cosa indispensable; primeramente á ver probar caballos y á juzgar de las esperanzas que ofrecen los chicos que se ensayan en saltar la barrera; y por último... á ver si la plaza está en el mismo sitio, y á preguntar si se sabe cuando llega tal ó cual diestro que fué á las corridas de la Virgen del Pilar de Zaragoza, ó á las de otro punto cualquiera. El domingo es preciso montar á caballo y dirigirse al arroyo Abroñigal para venir escoltando el ganado hasta el encierro.

Hé ahí, algunos de los principales accesorios de este cuadro, que nos contentamos con apuntar ligeramente para no distraer la atencion del asunto principal, y porque habríamos de necesitar el papel de todas las fábricas del reino, para pintar los cuadros que resultasen. Otra consideracion nos obliga á la reserva y es la de no creernos autorizados para copiar minuciosamente esas escenas privadas de la vida del aficionado á la tauromaquia; el cual tiene tambien



tra ignorancia histórica, y le dejamos en completa libertad para que averigüe si quiere, lo que despues de sabido no ha de servirle para nada.

Ni el evocar la sombra de Rodrigo Diaz del Vivar, para saber si él fué el primero que alanceó los toros

(1) Cadiendo gustoso á la indicacion del autor de este artículo, contenida en el último párrafo, he mandado copiar los grabados que le sirven de adorno, de una obra francesa moderna; debiendo advertir que son los menos ridiculos y los que mas se acercan á la realidad de cuantos hasta ahora han visto la luz en el extranjero. De la misma especie que los grabados son las descripciones que hacen de las corridas de toros.

(N. del E.)

sus horas de estudio, siendo la única obra declarada por texto, la «Tauromáquia completa, del célebre lidiador Francisco Montes.» El idioma del aficionado es el castellano, adulterado con muchas voces técnicas, y su acento el andaluz. Nuestros lectores nos dispensarán si se nos escapa alguna pincelada del lenguaje taurómico; procuraremos que sean las menos posibles, aunque estamos persuadidos de que no hay un solo español que necesite diccionario al efecto. Y dejemos al aficionado pasando al libro mayor, los apuntes que hizo en el diario sobre la última corrida, empezando de una vez nuestra tarea.

Ya nos han elegido los bichos que han de lidiarse: los tienen por ende enchiquerados con arreglo al sistema celular, y son las tres de la tarde del lunes. La corrida (si el tiempo lo permite) se va a empezar a las cinco. La Puerta del Sol está llena de carruages que van a dar muy pronto la señal de partir: la gente que va a los tendidos, no quiere llegar tarde; y los que no han podido estirar su capital, hasta poder pagar con él, amen del billete, un asiento de omnibus, o la tercera parte de una calea, van pisando hormigas hacia la puerta de Alcalá. La calle de este nombre, presenta un cuadro que por sí solo necesitaba un lienzo extraordinario si hubiésemos de copiarlo con precisión; cien carruages arrancan a un tiempo, semejando cuatro o cinco ferro-carriles en competencia; pasan unos sobre otros sin apercibirse de ello... los mayores de los faetones se olvidan de lo que van ganando en el viaje, y de lo que pagaron por el tiro... al calesero no le importa reventar el caballo, que es su único patrimonio, a trueque de llegar el primero a la plaza... y por la puerta de Alcalá, entran todos a la vez, sin que nadie haya podido explicar aun si eso es efecto de que la puerta se ensancha, o de que los carruages se sutilizan. Lo primero parece imposible, y lo segundo no es probable. Los centinelas que están para impedir los atropellos, se limitan a no ser atropellados, y cuando piensan detener el primer vagón del ferro-carril, se encuentran que ya ha pasado el último. Por las aceras

espectadores tuertos, salen al encuentro de la fiera. Abrese por fin el toril y entra el bicho en la arena. El aficionado sabe de antemano el nombre del toro, la casta, la edad y otras mil particularidades biográficas, réstale rectificar la filiación o tomársela de nuevo si no asistió al apartado; en cualquiera de ambos casos toma razón del color del pelo, y de si tiene o no muchas libras, si es buen mozo, si está bien armado, si es cornialto o cornigacho, o corniveleto, y forma de antemano un juicio frenológico que generalmente suele rectificar el toro. Con el estado en la mano, se dispone a tomar razón del número de varas que toma el bicho, de los marronazos, de las caídas de los picadores, de los caballos que mata, de las banderillas que recibe, del número y calidad de las estocadas que da el espada, y de todos los incidentes de la corrida.

Mientras tanto el toro ha tomado dos varas y ha muerto los caballos de los picadores; uno de estos ha quedado sin sentido y lo llevan entre cuatro hombres a la enfermería. El público se entusiasma, agita los pañuelos, grita pidiendo caballos y picadores, y sintiendo que el toro se enfrie y que en vez de matar ocho jameigos no mate sino cuatro o cinco. Las gentes del tendido por donde pasan al picador herido o tal vez muerto, cosa que ya hoy en día va siendo por fortuna muy rara, gritan:—

Tumbon.—maulon.—Eso es lo que tú quieres,—lástima que no te duela de veras, y otros desahogos por el estilo. Los alguaciles, a pie entre barreras, están mirando al palco del presidente, parten en distintas direcciones; uno a informarse del estado del enfermo de parte de su señoría, y otro a apremiar al contratista de los caballos, y a decir al picador que vaya al toro. A lo que contesta el lidiador:—Diga ozté a su señoría que esto ni se come mu cruo ni mu cozio, y que desde el parco se ponen mu guenaz varaz.

El público que en estos momentos está siempre de parte del presidente grita:—A la cárcel.

.. otro pasito.... Vaya vd. al toro so mandria.

Si el toro no entra y el picador sale a buscarle a los medios de la plaza, gritan los unos:—No seas bárbaro borrachon.... no te espongas. Al paso que otros le dicen:—¡A que nó!... a que nó!... pensando obligarle de ese modo a que haga un disparate que le prohíben las reglas del arte. Los banderilleros salen en medio de la plaza con un par de rehiletes en las manos y el público silba a la autoridad, si le parece que aun podía el toro tomar algunas mas varas. La suerte de las banderillas es de las mas difíciles, pero de mucha defensa; el lidiador por lo regular ligero y esbelto, se planta delante del toro, le cita a distancia proporcionada y cuando la fiera parte, la sale al encuentro y la clava con inconcebible seguridad los palos que lleva en la mano. Cuando el toro ha recibido tres o cuatro pares de sanguiuelas, suena el clarín y anuncia la gran suerte de esa fiesta; la escena final... el momento en que el hombre vestido de seda, con un estoque en la derecha y en la izquierda un trapo colorado se arroja a quitar la vida a una fiera irritada que acaba de matar media docena de caballos.

El espada con la muleta y el estoque en la izquierda, se para delante del presidente, se descubre la cabeza y le brinda el toro con estas o semejantes palabras: *Por la reina, por uzia, por las personas de su querencia, y por too el pueblo de Madrid.* Arroja con garbo la montera, aplauden los del tendido el brindis, y el diestro se va derecho a buscar el bicho. Ya le ha estudiado las mañas y sabe la manera de hacerle tragar el anzuelo; las capas se le han traído a la suerte, y el espada, despliega la muleta, y cita al toro. Le da los pa-

ses de muleta necesarios y se arma para la muerte. En esa airosa posición, cita al toro, lo deja llegar a jurisdicción y cuando lo tiene bien humillado, mete el brazo de la espada, marca la estocada dentro, y cuando el toro tira la cabezada, el torero se halla fuera de las astas a favor de la muleta. Si la estocada ha sido de ese modo, el toro queda muerto y el público victo-



de la calle marchan presurosos los aficionados pedestres.... y como todos los caminos tienen un término la gente que invadía la calle de Alcalá desde las tres y media, se halla reunida en la plaza a las cinco menos cuarto.

Para pintar el sorprendente golpe de vista, que ofrece el circo en ese momento, no hemos podido hallar colores en nuestra paleta; diferentes veces hemos cogido el pincel con ese objeto, y nunca hemos acertado a trazar otra cosa, sino una mano señalando con un dedo la plaza, y remitiendo al lector al original, cuya copia es imposible. Doce mil cabezas apiñadas en 110 palcos, en las gradas, en los tendidos y en las contrabarreras, muestran su impaciencia por la tardanza del espectáculo. Suena por fin la hora... los músicos que están encima del toril, apagan el griterio con las voces de sus instrumentos... contéstales el pueblo con una salva de aplausos, y entra en la plaza el alguacil mayor del ayuntamiento, seguido de otros dos, y precedidos los tres de los lidiadores, se dirige a la comitiva a saludar al presidente de la plaza, y a tomar su venia para empezar la lid. Retíranse los picadores que están de reserva.... colócanse dos a la izquierda del toril, y la cuadrilla se desparrama por la plaza, echándose al brazo el capote, y deslumbrando con la plata y el oro de que están recamados sus trajes. Uno de los alguaciles, recoge la llave del toril que le arroja el presidente, la entrega al chulo y cruza la plaza en su caballo ligero, recibiendo gran cosecha de silbidos. La gritería del alguacil es tan indispensable, que se cuenta de uno de esos prógimos, que pareciéndole no haber obtenido esa distinción por completo, se creyó desairado y presentó al ayuntamiento la dimisión de su empleo.

En ese crítico momento todas las miradas están fijadas en el toril; los amantes se olvidan de sus parejas, los celos hacen tregua, las conversaciones se suspenden, y veinte y cuatro mil ojos, rebajando los de algunos

rea con frenesí al afortunado espada, que recorre la plaza, devolviendo los saludos. Los aristócratas, le llaman, le arrojan cigarros, y escita la envidia de todos el que es saludado por el héroe en aquellos momentos. El cachetero armado de un puñal se llega a la fiera cuando ha caído sobre la arena y la remata. Si no lo consigue al primer golpe, el público le administra gratis una silba y le repite a coro, *una, dos, tres*, etc.

Los tiros de mulas destinadas a servir de sepultureros arrastran los muertos fuera de la plaza, sin faltar nunca a la precisa condición, pena de una multa, de sacar primero los caballos dejando para el último arrastre el cadáver del héroe de la fiesta.

Inmediatamente vuelve el clarín a anunciar la salida de otro toro, que aunque ha de ser lidiado con los mismos preceptos que el anterior, es para los aficionados un espectáculo enteramente distinto. La alcurnia, la educación, las cualidades físicas, las circunstancias que ocurren en las primeras suertes, la manera de estar presidida la plaza, todo influye para hacer diferente y única la historia de cada toro. A todos los pican, los ponen banderillas, los capean y los matan; pero de mil toros que salen a la plaza no se sacan dos iguales. Creemos que el lector nos dispensará que no le hayamos descrito ni todas las clases de toros, ni todas las suertes de la lidia; necesitaríamos para ese trabajo algunos in-folios. Nuestro objeto no era pintar las corridas sino el pueblo que asiste a ellas; quizá nos hayamos entrometido demasiado; volvámonos antes de concluir el cuadro a nuestro punto de vista.

A la parte exterior de la plaza, hay multitud de aficionados, a quienes la pereza o la falta de recursos metálicos les privó de alcanzar una localidad, y juzgan y disputan del mérito de la corrida por los aplausos que oyen desde su humilde observatorio. Ven sacar los toros y los caballos y eso menos tienen que preguntar luego, y en sus semblantes se revela que el estar allí les aminora el pesar de no haber asistido al espectáculo.



Oyese de repente ruido en las escaleras interiores, presagio seguro de que ha terminado la fiesta, y pronto se llena el campo de gente, que como de ordinario sucede al final de todas las diversiones, sale mustia y afligida; pero en las funciones de toros el disgusto

no le produce el cansancio, sino que es por el contrario dolor de que no se hayan lidiado doce toros en vez de seis. Han sobrevenido mil circunstancias diversas, bastantes por sí solas á dar en tierra con esa diversion; pero nada, el público se ha hecho el desentendido y sigue asistiendo con igual constancia. En poco tiempo se ha suprimido el despejo de la plaza y el paseo; no hay sino dos picadores en plaza, los caballos ni lo parecen ni lo son, el capeo se ha olvidado, y si alguna vez se hace, es para estropear la res; se matan pocos toros recibiendo, y otras mil faltas que equivalen á media corrida, y sin embargo el pueblo toma lo que le dan con tal que sea en la plaza de los toros.

De los extranjeros que tanto se divierten con nuestra fiesta nacional, y despechados de no poderla tener en su patria nos llaman bárbaros, hubiera querido decir cuatro palabras; pero el lienzo se acaba... estoy pintando ya en las orillas y no me es posible hacerlo. Si el editor de LA SEMANA fuese tan amable que quisiera tomar mi consejo, yo quedaria en parte satisfecho, y el público español vengado. Yo le ruego que adorne este artículo con algunos grabados, de esos con que los franceses se afanan por dar á conocer en su país las corridas de toros, y habré logrado mi objeto.

ANTONIO FLORES.

SEMANA RELIGIOSA.

Aunque no toda la que quisiéramos, tiene ya en el presente número la suficiente estension esta parte de nuestro periódico, para que se pueda juzgar de lo que será en lo sucesivo tanto en las materias como en el desempeño. Únicamente tenemos que añadir que no solo no decaerá, sino que procuraremos mejorarla incesantemente.

2 DE NOVIEMBRE.

LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS.

Todo el pueblo de Madrid fué en la tarde de este religioso día á visitar los cementerios de la capital.

Igual fúnebre visita se repite todos los años en todas las ciudades, en todos los pueblos de la católica España. En este día, consagrado á la memoria de los muertos, se renueva el luto de las familias, se recibe un aviso nuevo del fin inevitable que espera á todos los mortales. Los vivos van á visitar á los que murieron en este suelo de proseripcion. Como las hojas que una primavera ve nacer y que arrebatan los vientos del otoño, todos los días el soplo de la muerte se los lleva y aclara nuestras filas: pronto sucede una nueva generacion, los huecos se llenan, y siempre la gran selva del linaje humano se ofrece vigorosa y entera á los golpes de la muerte, y parece desafiar los esfuerzos de su implacable guadaña. Todavía no ha llegado la hora señalada por los eternos decretos, en que la tierra, reina del espacio, y tan preciada de su hermosura, volverá á caer deshecha en un rincón del caos. Entre tanto las generaciones nacen y mueren, y los desgraciados riegan con su llanto el ingrato suelo que los vio nacer y que debe recibirlos en su seno. ¡Ay del hombre si la religion no le dejase la esperanza de una otra vida!

Así la iglesia católica declara ella misma que es la congregacion de los fieles unida en Jesucristo, que forma un mismo cuerpo, cuya cabeza visible es el papa, y la invisible Jesucristo mismo, comprendiendo en su universalidad á los bienaventurados que gozan del cielo, á los justos que padecen en el purgatorio, y á los fieles que viven en el mundo. Es un cuerpo que se compone de muchos miembros, un árbol que tiene muchas ramas, la iglesia del cielo, la iglesia del purgatorio, la iglesia de la tierra. Los unos han triunfado, los otros espían, los otros pelean. Así la iglesia se llama *triumfante, paciente, militante*.

La iglesia celebra el día 1.º de noviembre, en la gran festividad de Todos los Santos, la conmemoracion de la iglesia triunfante; el día siguiente lo consagra á la conmemoracion de la iglesia paciente. Celebra á los que triunfaron ya, demanda oraciones, lágrimas y recuerdos por los que espían sus faltas, por los que abandonaron ya el suelo de la proseripcion, por aquellos cuyas tumbas hemos ido á visitar. Ninguno de ellos ha dejado su huella en el mundo, y su memoria se ha ido borrando poco á poco como la señal de un astro que se apaga, como el surco que deja la quilla de un barco sobre las aguas. Todos han arrastrado la carga de padecimientos y miserias bajo la cual gemimos. Todos han prestado el oído á las pérdidas insinuaciones del mundo y de las pasiones; y como Jonatás, se apartaron un momento del campo de batalla para untar su vara en el arroyo de miel.... y por eso lloran y gimen en su abrasada cárcel.

No se oye el menor rumor en esos cementerios llenos de nuestros parientes, de nuestros amigos, de los hombres á quienes envidiábamos, á quienes combatíamos, ruinas invisibles de nosotros mismos, ora haya pasado su vida silenciosa ó en el tumulto, ora alegre ó triste en el poder y en la riqueza ó en el abatimiento y en la miseria.

Todo se reduce á una losa fria y silenciosa. La vista de esas losas que con ávida curiosidad leía el pueblo, tiene cierta cosa de grave y solemne que hace temblar al mas insensible; es una muda advertencia de la muerte, esa austera segadora que nada detiene,

que todo lo sujeta á su terrible hoz. Los hijos del siglo y de la voluptuosidad, los incrédulos, y los que afectando un orgulloso desprecio hacia la fé de sus padres recorrian los campos santos, solitarios todo el año, llenos de gente este día, se asustaban al contemplar los nichos vacíos, esperando los cuerpos que han de sepultar eternamente en ellos. La sonrisa que contrae sus labios, su fingida indiferencia disimula mal sus secretos terrores; aunque pasen para aturdirse por su cabeza volutuosos pensamientos, óyese una voz interior, parecida á un remordimiento que grita: *se acerca el término fatal*.

Los días y las noches pasan insensiblemente. lo mismo que las semanas, y los meses, y los años. Todo se nos escapa como el agua que cogemos con el hueco de las manos, todo nos acerca á agigantados pasos al silencio de la tumba.

¡Cuántos nombres nuevos hemos leído sobre esas losas fúnebres, tristísimo registro de la muerte, que en el año anterior estaban llenos de vida y de salud, y que asistieron á esta funeral visita! ¡Cuántos mas se leerán en el año próximo! ¡Cuántos al recorrer los cementerios habrán fijado distraídos sus ojos en el vacío nicho que próximamente espera sus cuerpos!....

¡Ah! ¡Cuán doloroso espectáculo ofrece el hombre en el mundo buscando la felicidad, con un ansia siempre burlada, recuerdo de la grandeza primitiva de su creacion, eco de voz celestial que se pierde entre las ruinas; la realidad solo es el dolor. Ese no se le escapará, le sigue desde la cuna al sepulcro. El luto rodea la humanidad como un inmenso crespon, y la alegría no ilumina sino á raros intervalos su sombrío horizonte, semejante al fugaz relámpago que solo interrumpe un momento la densa noche para hacer mas profunda luego su oscuridad.

Poco importa que la vida sea larga ó corta, ilustre ó desconocida, risueña ó triste, la muerte debe pasar sobre todo, pues que el tiempo se lleva con la misma rapidez las penas y las alegrías; la vida mas larga no es mas que un punto imperceptible en la eternidad. Solo el astro de la esperanza puede alumbrarnos y conducirnos á la felicidad. Á ese fantasma tras del que corremos siempre en el mundo y que siempre se nos escapa.

Alcemos los ojos al cielo. Allí arriba, en aquellas regiones eternas, donde nos han precedido nuestros hermanos, donde nos llama Dios, es donde mora la verdadera felicidad. Para alcanzarla es preciso pelear, es preciso sufrir, por eso nosotros componemos hoy la *iglesia militante*.

Los que nos han precedido están espionando sus faltas en horribles martirios, que templa empero la esperanza, bálsamo divino que hay en el fondo del cáliz de sa dolor, brillante perspectiva que termina el inflamado horizonte que los rodea; pero entre tanto sufren cruelmente, y ruegan á sus hermanos de destierro que los alivien.

Esta es la *iglesia paciente*.

Nosotros, tan débiles, aunque impotentes para asegurar nuestra propia felicidad, tenemos su suerte en nuestras manos. ¡Ah! Si nos hubiera sido dado abreviar los padecimientos de los que tanto amábamos sobre la tierra, ¿cuántos sacrificios no hubiéramos hecho por salvar de la enfermedad, de la muerte, de la amargura, á nuestros padres, á nuestros hermanos, á nuestros amigos?... Y esas almas que componen la *iglesia paciente* son nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos. ¡Tened compasion de nosotros, claman, oh vosotros, los que nos amabais en la tierra, porque la mano del Señor ha probado sus iras en nosotros!

Por eso la iglesia demanda en ese día, de los que aun podemos merecer, oraciones, y las buenas obras que podamos ofrecer al Dios de justicia en compensacion de los pecados que espían aquellos desventurados.

Nos precedieron en la vida, los seguiremos muy en breve. El término fijado por Dios á nuestros días, es desconocido para nosotros, pero seguro é inevitable.

El progreso material que se advierte en todas las cosas, el lujo que ha decorado las casas de los vivos, ha penetrado en la mansion de los muertos.

Se han construido nuevos cementerios, en que con la decoracion del arte se procura hacer menos horrible la mansion de la muerte.

Los cementerios, antes áridos, desnudos de toda vegetacion, se han transformado en jardines; pero puede decirse de ellos lo que decía la inscripcion del sepulcro de Lúculo, rodeado de verdes arbustos: *Por fuera estoy rodeado de flores, por dentro no soy mas que un cadáver*.

Arboles funerales dan sombra y magestad á estos terribles sitios. Arboles de caracteres opuestos, de diverso emblema. Unos inclinan hasta la tierra sus largas y menudas ramas, que agita á su arbitrio el viento, y parecen llorar el infortunio, y así han tomado el nombre de sauces llorones. Los antiguos los plantaban ya cerca de las tumbas, los hebreos cautivos suspendian de sus ramas sus cítaras, y por eso se llaman tambien sauces de Babilonia.

Otros árboles fúnebres se levantan como un obelisco, como una pirámide: si los llorones doblando sus ramas parecen atraer nuestras miradas hacia la tierra, los cipreses dirigen con sus ramas nuestras esperanzas hacia el cielo.

El ciprés, con sus flotantes hojas en forma de espiral, parece una larga rueca llena de lana, tal cual la imaginaron los poetas en manos de las Parcas que

hilaban nuestros destinos. Su aromático olor, su verdor sombrío y perpétuo, su forma piramidal, que parece lanzarse hasta las nubes, un no sé qué de lastimoso que hay en el sonido que produce entre sus ramas la brisa de la mañana y de la tarde, hacen del ciprés el mas magnífico compañero de la tumba, y mantiene en los vivos el sentimiento de la inmortalidad.

Nosotros aplaudimos el ver introducidos en nuestros cementerios estos árboles llenos de melancólica expresion.

Bernardin de San Pierre, en sus Armonías de la naturaleza, dice que los vegetales son los caracteres del libro de la naturaleza, y un cementerio debe de ser una escuela de moral.

Allí, á la vista de los poderosos, de los ricos y de los malvados reducidos á polvo, desaparecen todas las pasiones humanas; allí se despiertan los sentimientos mas dulces de humanidad con el recuerdo de los hijos, de los esposos, de los padres, de los amigos. Allí se desvanecen las ilusiones del mundo con el espectáculo de tantos hombres que ha derribado la muerte.

¡Cuántos nombres hemos leído en este año!... Ministros, generales, oradores célebres, mugeres llenas de juventud y hermosura y que han hecho palpar de amor y de placer mas de un corazón. ¿Que queda de su poder, de su gloria, de su saber, de su hermosura?... Un débil recuerdo, que se perderá cuando al año próximo nuevos nombres de ilustres muertos vengan á extinguirlo.

¿Quiénes serán estos?... Solo Dios lo sabe; empero es seguro que muchos de los que han recorrido los campos santos en este año, que mas de uno de los que leen estas líneas que escribimos al volver de esta piadosa romería, irán á llenar los vacíos nichos de los cementerios, antes de que la *iglesia militante* vaya á dirigir otra vez sus oraciones por la *iglesia paciente*.

¡Solo Dios sabe sobre quién deben recaer sus golpes!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

HISTORIA Y CRONOLOGIA DE LOS PAPAS.

El interes que todavía escitan los asuntos de Roma, cuya definitiva resolucion se hace esperar demasiado, y la circunstancia de hallarse aun ausente de la capital del mundo cristiano el sumo pontífice que gobierna la iglesia católica, nos ha hecho creer que serán de algun interés para nuestros lectores las siguientes noticias históricas sobre los papas, y la cronología de todos los que han ocupado la silla de San Pedro.

El nombre de *papa* en griego significa padre: dábase en la antigüedad á todos los obispos; mas desde San Gregorio el VII se ha reservado únicamente para designar al pontífice romano, vicario de J. C. y cabeza visible de la iglesia. De varios modos se han elegido los papas en los diferentes siglos de la iglesia: en los primeros se verificaba la eleccion por el clero, presente el pueblo; habiéndose abrogado los emperadores el derecho de confirmarla, derecho sin mas origen ni explicacion que la ley del mas fuerte, y la costumbre, hija del paganismo, de que los gefes temporales lo fuesen tambien de la religion. Justiniano y sus sucesores no solo ejercieron la atribucion de la confirmacion, sino que exijian crecidas sumas en metálico al tiempo de concederla. CONSTANTINO POGONATO, en cuyo tiempo la division del sacerdocio y del imperio era una doctrina mas respetada, porque principiaba á conocerse su necesidad é importancia, libertó á la iglesia de esta esclavitud en 681. Mas tarde Ludovico el Pio, sucesor de Carlo-Magno, declaró por una constitucion solemne en 824, queria fuese completamente libre la eleccion del papa. Esta libertad, que desde entonces comenzaron á respetar los principes temporales, no dejó sin embargo de sufrir graves ataques durante la anarquía turbulenta de los siglos X y XI. A pesar de tales inconvenientes, luego que el cisma de Pedro, de Leon y de Victor VI hubo concluido, los cardenales todos reunidos, bajo la obediencia de Inocencio II, asociados y fortificados con los principales miembros del clero romano, adquirieron tanta autoridad, que á su muerte hicieron solos la eleccion de Celestino II en 1143. Desde entonces han permanecido en la posesion de este derecho, en el que han dejado de tener parte el senado, el pueblo y resto del clero. Segun unos, por Honorio III en 1216, y segun otros, por Gregorio X en 1274, se mandó que solamente en un cónclave se hiciese la eleccion de papa.

El papa se puede considerar bajo cuatro relaciones distintas: 1.ª Como pastor de la Iglesia universal; 2.ª como patriarca de Occidente; 3.ª como obispo particular de Roma, y 4.ª como príncipe temporal. El primado le da el derecho de autoridad y jurisdiccion sobre la Iglesia universal, y por él los fieles, sin escepcion, le debemos sumision, respeto y obediencia, segun está definido en el santo concilio de Trento. Los derechos de patriarca, si bien en un principio fueron mas limitados, hoy se estienden á todo el Occidente. Como obispo de Roma, ejerce en aquella diócesis las funciones de ordinario, y como príncipe temporal, es el soberano de Roma y Estados pontificios. El primado del pontífice romano, de honor y de jurisdiccion, es una verdad tan probada por la Escritura, los PP. y la historia, que apenas debemos dete-

ernos en considerarla. Desde los primeros momentos de la instalacion del cristianismo, vemos á San Pedro y sus sucesores ejercer una autoridad en todas materias y sobre todas las iglesias, tan marcada, que es preciso cerrar los ojos á la luz para no conocerla. La iglesia romana fué siempre la cátedra de la verdad, su doctrina en todos tiempos ha sido la luz puesta sobre el monte que ha iluminado la tierra. Si esto no fuera cierto, nos veríamos obligados á creer que el divino autor de nuestra religion quiso establecer la universalidad de su iglesia sobre la base de las creencias particulares, cosa contraria á la unidad, é incapaz de sostener entre los hombres el orden y la gerarquía. Allí donde ha de haber orden, gerarquía y asociacion completa, fuerza es haya una autoridad suprema, cuyo fallo sea cierto é inapelable. Despojemos á la Iglesia católica de la autoridad y jurisdiccion del primado, y no tendremos sino un conjunto de opiniones particulares, que llevarán la sociedad á la disolucion por medio de la anarquía ó la indiferencia. Esta verdad es hoy tan palpable, que vemos á los mas en-

230. S. Ponciano, romano.
233. S. Antero, griego.
236. S. Fabian, romano.
231. S. Cornelio, romano.
232. S. Lucio I, romano.
233. S. Esteban, romano.
237. S. Sisto II, ateniense.
239. S. Dionisio, griego.
269. S. Felix I, romano.
270. S. Eutichiano, toscano.
283. S. Cayo, dalmata.
296. S. Marcelino, romano.
308. S. Marcelo, romano.
310. S. Eusebio, griego.

taciones en la Iglesia.
314. S. Hormisdas, de Campania.
323. S. Juan I, toscano.
327. S. Felix IV, de Benevento.
330. S. Bonifacio II, romano.
332. Juan II, romano.
333. S. Agapito, romano.
336. S. Silverio, de Campania.
340. Virgilio, romano.
353. Pelagio I, romano.
360. Juan III, romano.
374. Benedicto I, romano.
378. Pelagio II, romano.
390. S. Gregorio, romano.

896. Esteban VII, romano.
897. Romano, gallego.
898. Teodoro II, romano.
Id. Juan IX, de Tívoli.
900. Benedicto IV, romano.
903. Leon V, adreatino.
905. Cristoforo, romano.
Id. Sergio III, romano.
911. Anastasio III, romano.
914. Lando, sabino.
914. Juan X, de Rávena.
928. Leon VI, romano.
929. Esteban VIII, romano.

1227. Gregorio IX, italiano.
1228. Quinta cruzada.
1241. Celestino IV, milanés.
1243. Inocencio IV, genovés.
1248. Sesta cruzada.
1254. Alejandro IV, italiano.
1264. Urbano IV, francés.
1265. Clemente IV, del Languedoc.
1270. Séptima y última cruzada.
1271. Gregorio X, italiano.
1276. Inocencio V, francés.
Id. Adriano V, genovés.
1277. Juan XX, portugués.



Trages de los papas y obispos en la edad media.

carnizados enemigos de la autoridad pontificia apelar á sus decisiones, para remediar los desórdenes que el rompimiento de la unidad ha producido. La Inglaterra y la Francia, recurriendo á Roma para cortar en su origen luchas siempre terribles y peligrosas, son testigos bastante autorizados de que el primado de honor y de jurisdiccion es una institucion necesaria para el buen orden y armonía de la Iglesia.

Lo propio puede decirse de la soberanía temporal de los Estados romanos. Si el papa estuviese á merced de la fuerza ó la violencia de un príncipe secular, no pasara año sin que tocásemos los funestos efectos de esta dominacion. No habria podido ser padre universal el que se viera obligado á seguir los mudables intereses de una corte, ó á tener que sostener á cada instante una lucha ó una perniciosa guerra. Semjante posicion, que por lo violenta no podia ser duradera, hubiera terminado con el estado ó con la Iglesia, y cualquiera de los dos poderes que hubiese sucumbido, habria privado á la humanidad de uno de los necesarios elementos del orden social. Sea verídica ó no la donacion de Constantino y Carlo-Magno, cosa que no nos proponemos averiguar por ahora, es lo cierto que los títulos del papa á sus estados temporales, se pierden en la oscuridad de los mas remotos tiempos. Así lo han comprendido las potencias católicas, cuando á consecuencia de los acontecimientos del año último que obligaron á Pio IX á abandonar su capital, se apresuraron á ofrecerle su cooperacion para que recobrase la plenitud de sus derechos.

S. Pedro establece su silla en Jerusalem, despues en Antioquia, y luego en Roma el año de 44, donde sufre el martirio el 29 de junio de 66.
66. S. Lino, mártir, sucesor de San Pedro.
78. S. Cleto, mártir.
91. S. Clemente abdicó.
100. S. Evaristo, mártir.
109. S. Alejandro I, mártir.

119. S. Sisto I, mártir.
127. S. Telesforo, mártir.
139. S. Higinio, mártir.
142. S. Pio I, mártir.
157. S. Aniceto, siro.
168. S. Soter, italiano.
177. S. Eleuterio, griego.
193. S. Victor I, africano.
202. S. Ceferino, romano.
219. S. Calisto, romano.
223. S. Urbano I, rom.

311. S. Melchíades, africano.
314. S. Silvestre, romano.
324. Conversion del emperador Constantino: el senado romano erige una estatua de oro á Jesucristo.
336. S. Marcos I, romano.
337. S. Julio I, romano.
352. S. Liberio, romano.
353. S. Felix II, fué legítimamente nombrado.
366. S. Dámaso, español.
384. S. Siricio, romano.
398. S. Anastasio I, romano.
402. S. Inocencio I, albano.
417. S. Zosimo, griego.
418. S. Bonifacio I, romano.
423. S. Celestino I, romano.
432. S. Sisto III, romano.
440. S. Leon Magno, toscano.
461. S. Hilario, sardo.
467. S. Simplicio, italiano, Tívoli.
483. S. Felix III, romano.
492. S. Gelasio I, africano.
496. S. Anastasio II, romano.
498. S. Simaco, sardo.
508. El Trisagio dió motivo á muchas agi-

731. Gregorio III, siro.
741. S. Zacarías, griego.
752. Esteban II, romano.
Id. Esteban III, romano.
753. El rey Pipino da al papa el exarcado de Rávena.
757. Paulo I, romano.
767. Esteban IV, romano.
772. Adriano I, romano.
795. Leon III, romano.
816. Esteban V, romano.
817. Pascual I, romano.
824. Eugenio II, romano.
827. Valentino, romano.
828. Gregorio VI, romano.
844. Sergio II, romano.
847. Leon IV, romano.

(Aqui injieren los enemigos de la Santa Sede la fábula de la papisa Juana; mas para convencerse de la falsedad de semejante asercion, recomendamos á nuestros lectores que lean la disertacion del calvinista Blondel).

833. Benedicto III, romano.
838. Nicolao el Magno, romano.
867. Adriano II, romano.
872. Juan VIII, romano.
882. Martino II, toscano.
884. Adriano III, romano.
885. Esteban VI, romano.
891. Formoso, portugués.

1048. Dámaso II, bávaro.
1049. S. Leon IX, alemán.
Vaca la Santa Sede un año.
1054. Victor II, alemán.
1057. Esteban X, lorenés.
1058. Nicolao II, saboyano.
1061. Alejandro II, milanés.
1073. S. Gregorio VII, toscano.
1086. Victor III, beneventino.
1087. Urbano II, francés.
1096. Se predica la primera cruzada.
1098. Pascual II, toscano.
1118. Gelasio II, de Gaeta.
1119. Calisto II, francés.
1124. Honorio II, boloñés.
1130. Inocencio II, romano.
1143. Celestino II, toscano.
1144. Lucio II, boloñés.
1145. Eugenio II, de Pisa.
1147. Segunda cruzada.
1153. Anastasio IV, romano.
1154. Adriano IV, inglés.
1159. Alejandro III de Sena.
1181. Lucio III, de Luca.
1185. Urbano III, milanés.
1187. Gregorio VIII, Benevento.
Id. Clemente VIII, romano.
1191. Celestino III, romano.
1198. Inocencio III, italiano.
1204. Cuarta cruzada.
Id. La Inquisicion.
1216. Honorio III, rom.

1404. Inocencio VII, italiano.
1406. Gregorio XII, veneciano.
1409. Alejandro V, de Pisa.
1410. Juan XXIII, napolitano, fué electo en los estados romanos.
1417. Martino V, romano. Terminó con esta eleccion el gran cisma de Occidente.
1431. Eugenio IV, veneciano.
1447. Nicolao V, italiano.
1453. Calisto III, español.
1458. Pio II, de Sena.
1464. Paulo II, veneciano.
1471. Sisto IV, italiano.
1487. Inocencio VIII, genovés.
1492. Alejandro VI, español.
1503. Pio III, de Sena.
Id. Julio II, italiano.
1513. Leon X, florentino.
1522. Adriano VI, de Utrech.
1523. Clemente VIII, florentino.
1534. Paulo III, romano.
1550. Julio III, romano.
1555. Marcelo II, romano.
Id. Paulo IV, napolitano.
1559. Pio IV, milanés.
1566. Pio V, piomontés.
1568. Bula *In cena Domini*.
1572. Gregorio XII, boloñés.
1582. Correccion del Calendario.
1585. Sisto V, de la Marca de Ancona.

1390. Urbano VII, genovés.
Id. Gregorio XIV, de Cremona.
1391. Inocencio IX, boloñés.
1392. Clemente VIII, florentino. Institución del jubileo de 40 horas.
1603. Leon XI, florentino.
1603. Paulo V, de Sena.
1621. Gregorio XV, boloñés.
1623. Urbano VIII, florentino.
1644. Inocencio X, romano.
1633. Alejandro VII, de Sena.
1661. Clemente IX, toscano.
1670. Clemente X, romano.
1676. Inocencio XI, milanés.
1689. Alejandro VIII, veneciano.
1691. Inocencio XII, napolitano.
1700. Clemente XI, de Urbino.
Id. Publicase la bula *Unigenitus*.
1721. Inocencio XIII, romano.
1724. Benedicto XIII, romano.
1730. Clemente XII, florentino.
1740. Benedicto XIV, boloñés.
1783. Clemente XIII, veneciano.
1769. Clemente XIV, italiano. (Ganganelli).
1775. Pio VI, italiano.
Id. Agitación universal en la Iglesia con motivo de las doctrinas de Jansenio y las ideas de los enciclopedistas; la Iglesia francesa fué la primera víctima de esta hidra.
1800. Pio VII, italiano.
1809. La Italia es incorporada a la Francia; el papa escomulgado a Napoleón, que trae preso a Francia al sucesor de San Pedro.
1823. Leon XII, de Espoleto.
1829. Pio VIII, italiano.
1831. Gregorio XVI, Capellari, de Beluno, electo el 2 de febrero y coronado el 6.
Pio IX que actualmente gobierna la Iglesia, natural de Sinigaglia, ducado de Urbino en Italia. Nació el 13 de mayo de 1792. Fué elegido papa el 16 de junio de 1846, proclamado el 17 y coronado el 21 del mismo mes. Abandonó a Roma a consecuencia de la revolución en 24 de noviembre de 1848, y vá a establecerse en la ciudad de Gaeta en el reino de Nápoles, desde donde se trasladó a Portici, donde reside. Forma el ducentésimo cuatragesimo séptimo de la cronología de los papas.

Gacetiña devota de la capit al.

Día 5. En la real iglesia de Loreto: seguirá la devota novena a María Santísima del Amparo y Buena Muerte; por mañana y tarde. En la de santa María de la Almudena: continuará la de su Virgen titular; solamente por la tarde. En las iglesias de Calatravas, Buena Dicha, san Cayetano; por la tarde. En san Andrés, san Pedro, Italianos, Monserrat, Rosario, Arrepentidas y en santo Tomás; por la noche se está celebrando la novena dedicada a Jesús y María en sufragio de las almas del Purgatorio. En san Isidro el Real; por la mañana a las nueve y por la tarde a las tres se rezan las horas canónicas por el coro dicha real iglesia. En la bóveda de san Ginés ejercicios espirituales, según instituto de su venerable congregación del santísimo Cristo; por la noche. Además, en el Carmen calzado, honras con oración fúnebre, por los hermanos difuntos de la congregación de la santísima Trinidad.

Día 6. Además de las iglesias citadas arriba, en las que siguen los mismos novenarios ya indicados, habrá el obsequio que todos los martes al glorioso san Antonio de Padua, en su colegio titular de Portugueses.

Día 7. En la parroquia de santa María y en el Colegio real de Loreto, continúan celebrándose las novenas a María Santísima. En santo Tomás; idem el Mes consagrado a las benditas almas, al toque de oraciones. En san Pedro, san Andrés, Monserrat, Italianos, Arrepentidas y Rosario, proseguirán las novenas en sufragio de los Difuntos. En la capilla de la Escuela de María, por la tarde, habrá piadosos ejercicios para señoras solas. Y en la bóveda de san Ginés, por la noche, los acostumbados como miércoles.

Día 8. Además de las referidas novenas que seguirán como el día anterior en las mismas iglesias; habrá la solemnidad mensual al Santísimo Sacramento en la capilla real de Palacio, siendo por mañana y tarde. En la iglesia de san Isidro el Real, parroquia de Santa Cruz, san Ginés, san Pedro y en la de san Lorenzo, se hará renovación de sagradas formas, por la mañana, como todas las semanas.

Día 9. En la capilla de Jesús Nazareno, por mañana y tarde se tributará el culto semanal a su divino titular. En la parroquia de santa María, se dará fin a la novena de María Santísima de la Almudena, habiendo funcion por la mañana en memoria de la Aparición de esta Señora en el muro de la cueva de la Vega, tal día como hoy del año 1083. En el convento de monjas trinitarias; por la tarde ejercicios, en obsequio de los sagrados Corazones de Jesús y María, según todos los viernes. En el oratorio del Olivar y bóveda del Cristo de san Ginés, seguirán los ejercicios semanales de costumbre, por la noche. En la comunidad de Arrepentidas y en la orden tercera de Servitas, se andará el Viacrucis de tres a cuatro de la tarde. La novena de Animas terminará hoy.

Día 10. En la iglesia de san Cayetano, se festejará solemnemente a san Andrés Avelino que se venera en dicho templo, y comenzará su anual Triduo, siendo por mañana y tarde. En la capilla de Palacio, finalizará el otro Triduo, a Jesús Sacramentado, según queda dicho el día 8 (solo por la mañana). En los conventos de religiosas de san Fernando, Góngora, Alarcón, iglesias de santo Tomás, san José, Carmen, Desamparados, Escuelas Pías, san Antonio de los Portugueses, Recogidas, san Francisco, Nuestra Señora de Gracia, Atocha, santa María y Rosario, se celebrará por misma tarde ó noche a la Santísima Virgen María, lo mismo que se acostumbra todos los sábados. En la parroquia de san Martín, solemnes visperas a su santo titular. En el colegio de Loreto, sigue la novena ya anunciada a Nuestra Señora del Amparo y Buena Muerte, y al anoecer solemne Salve, precedida de gozos y letanía, con acompañamiento de orquesta. En santo Tomás, continúa la devoción ó sea el Mes de las Animas, por la noche. Y en el hospital de Monserrat y en san Luis rey de Francia, concluye la novena de Animas, por la noche.

Día 11. En la iglesia de señoras Descalzas Reales, será la función mensual a María Santísima del Milagro (por mañana y tarde). En la citada de Loreto, es la fiesta principal y concluye la novena a la Virgen del Amparo y Buena Muerte, todo el día. En santo Tomás, por la mañana, solemne fiesta a Nuestra Señora del Buen Ruego, por el colegio de escribanos

reales. En Jesús Nazareno, a Nuestra Señora del Olvido. En la capilla de Palacio, asisten SS. MM. a la cortina, a misa solemne y sermón en celebridad del día. En la parroquia de san Millán, vispera por la tarde a su glorioso titular. En el Rosario y santo Tomás, por la tarde, se hará procesión con el Niño Jesús, como todos los segundos domingos de cada mes. En los oratorios del Espíritu-Santo, Caballero de Gracia, Olivar, iglesia de Servitas y Arrepentidas, ejercicios espirituales de Dominica, según instituto de sus respectivas congregaciones. Además como se practican todos los meses. En san Antonio del Prado, Escuela Pia de Lavapiés, Carmen y en la Casa-Galera.

DISTRIBUCION DE CUARENTA HORAS

PARA LA PRESENTE SEMANA.

Días 5, 6, 7, 8 y 9, en santa María, y los días 10 y 11, en san Martín, donde se gana la indulgencia plenaria del referido jubileo.

SEMANA MOSAICO.

Destinada esta sección de LA SEMANA, a insertar todos los artículos que por su naturaleza no pueden tener cabida en las demás, abraza una escala tan estensa que fuera imposible en un número recorrerla toda. Basta sin embargo lo que contiene el presente para dar una idea aproximada de nuestro pensamiento, que en esta parte, como en todas, recibirá las mejoras que el tiempo y la experiencia aconsejen como necesarias.

CARICATURA.



HAY GUSTOS QUE MERECE PALOS.

RAZONES CONVINCENTES. Habiéndose confesado un alumno de Baco de su pasión por el vino, contestó a su confesor, que le reprendía por tan funesto vicio. — ¡Oh! padre mío, perdonadme, pero yo creo que estais en un error; el buen vino hace buena sangre; la buena sangre produce buen humor; el buen humor hace nacer los buenos pensamientos; los buenos pensamientos engendran las buenas obras, y las buenas obras conducen al hombre a la celestial morada. He aquí por qué el vino es el verdadero manantial de todos los bienes. — Así es, dijo el fraile, que no era mal amigo del néctar de Lieo.

Un periódico de Barcelona refiere el siguiente triste suceso:

«Parece que á cierto sugeto de apariencias sospechosas que iba á cruzar una de las carreteras transversales de esta provincia, le fué pedido por unos guardias civiles el pasaporte. Contestóles con enfado que no lo llevaba, y los guardias civiles, que eran dos, cumpliendo con su deber, intimaron su arresto y en su compañía prosiguieron su marcha en dirección á la población inmediata. Para llegar á ella era preciso pasar por un camino muy escarpado rodeado de precipicios. Al llegar en mitad de aquella senda, el sugeto arrestado dió de repente tan fuerte empujón á uno de sus vigilantes, que faltándole el equilibrio cayó

rodando hasta el fondo del precipicio. Instantáneamente iba á hacer otro tanto con el otro, cuando conociendo éste su intencion, abalanzóse á él y abrazado y luchando á brazo partido largo tiempo permanecieron de aquel modo, hasta que llevados por su propio impulso fueron á parar también al fondo del derrumbadero. Algunos viajeros que mas tarde pasaron oyendo algunos gemidos al pié del monte, dieron parte á la autoridad mas cercana, la cual dispuso inmediatamente fueran socorridos, y parece que aun fueron hallados con vida el sugeto sospechoso y uno de los guardias civiles, si bien ambos en un estado deplorable.»

UN MARIDO POR DOS PESETAS. La gaceta de Cambrai, refiere el siguiente hecho que es un ejemplo más de la sordida avaricia que caracteriza las gentes de campo de todos los países, y muy particularmente las del vecino reino, al propio tiempo que de los finestros resultados que suele producir. Un día del mes de octubre último, atravesaba un médico de la ciudad por uno de los arrabales, cuando fué llamado para visitar á un hombre que se sentía atacado de los primeros síntomas del cólera. El médico se apresuró á trazar un plan curativo, encargándose la muger del enfermo de ir á la ciudad á proporcionarse los medicamentos recetados. Habiendo exigido el boticario de pesetas por la medicina que despachaba: ¿cómo, he de dar dos pesetas por unas simples drogas? No señores, no las doy; se pasará mi marido sin ellas. En vano

esforzó el boticario en demostrarle el peligro que había en combatir rápidamente la enfermedad que acababa de desarrollarse. La muger permaneció sorda á sus amonestaciones, se marchó. Aun no había dado algunos pasos cuando topó con un amigo suyo y le refirió el estado de su marido y la escena de la botica. Aconsejóla este sugeto que por miseria, por una avaricia no se espusiese á una irreparable desgracia. — Su esposo de V. puede morir, dijo el amigo. — ¡Pero ¡dos francos! ¡dos francos!... ¿No le parece á V. que...? — Bueno, si por tal mezquindad lo hace V. ya se lo prestaré yo. — No, no, replicó la avara muger, porque al fin y al cabo tendría yo que pagarle los dos francos á V.

En fin para terminar, para la muger, llegó á su casa, no sin haberse detenido en el camino en algunas tabernas; la enfermedad había hecho rápidos progresos, encontró á su marido tendido en el suelo y luchando con las mas terribles convulsiones pocas horas despues espiró, pero su muger economizó 40 sueldos.

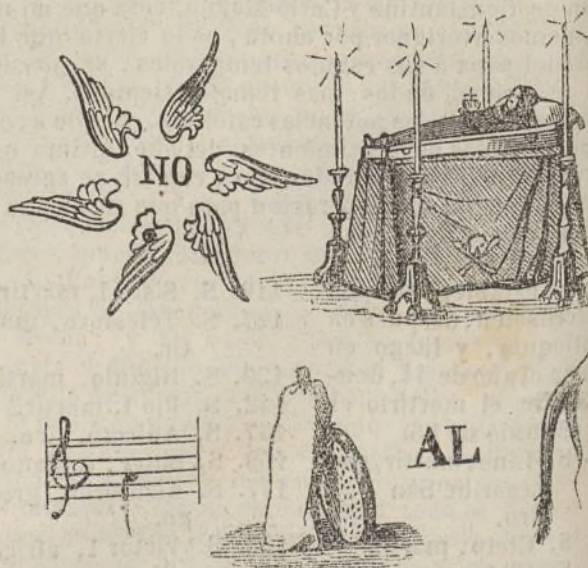
Es de advertir que esta familia estaba bastante acomodada.

MÁXIMA. En el camino de la vida la medianía es una posada que alaban todos los viajeros pero nadie se detiene mas que cuando se ha roto su carruaje.

La guardia civil ha capturado en todo el reino, durante el mes de setiembre próximo pasado.

Delincuentes.	49
Ladrones.	21
Reos prófugos.	10
Desertores.	10
Culpables de faltas leves.	18
Contrabandistas.	1
Total	273

LOGOGRIFO.



La solución en el número inmediato.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa núm. 8.